

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador
Departamento de Antropología, Historia y Humanidades
Convocatoria 2014-2016

Tesis para obtener el título de maestría en Antropología Visual

Migración internacional y subjetividades juveniles: el caso de la violencia posconflicto en
Colombia

Diego Echeverri Sánchez

Asesora: Ana Lucia Ferraz

Lectores: Susana Wappenstein y Hugo Burgos

Quito, marzo de 2017

Dedicatoria

A mis interlocutores.

Tabla de contenidos

Resumen	VII
Agradecimientos	VIII
Introducción	1
Capítulo 1	7
Un acercamiento teórico a los fenómenos de la violencia y la movilidad humana y al concepto de subjetividad.....	7
1. La dificultad de conceptualizar la violencia.....	9
2. Tratamiento y tipificación de las violencias.....	11
3. Lo emergente, las apuestas que exige el momento actual.....	16
4. Sobre la subjetividad	17
5. Movilidad humana, migración y refugio.....	24
Capítulo 2	28
Sobre las diferentes formas contextuales	28
1. Contexto literario.....	28
2. Violencias, democracias, acuerdos y posconflicto: los casos de Guatemala y Colombia 39	
3. Acuerdos y posconflicto.....	44
4. Posconflicto y subjetividades	46
5. El trasfondo del posconflicto y el contexto de desplazamiento y de refugio	48
6. Contextos, intermedios, móviles, presentes y en construcción.....	52
Capítulo 3	59
Un acercamiento digital: Silencios, necesidad de olvido, estéticas de lo mórbido y subjetividades en internet	59
1. Sobre las percepciones, pertenencias y subjetividades	61
2. Un error como motor autoetnográfico.....	68
3. Relación del ejercicio reflexivo, con las experiencias y formas de nombrar de los otros 72	
4. El viaje, otra forma de narrar, un anclaje y una fuga, una secuela y una solución	75
5. Imágenes en redes sociales, subjetividades, comunicabilidad y estéticas de lo mórbido 79	
6. Comunicación digital en relación a las maneras de enfrentar lo violento.....	87
Capítulo 4	91
La movilidad, concreción desde las metodologías y la etnografía: confianza, cuerpo y narrativas como expresiones de la experiencia	91
1. Panorama general	91
2. Confianza y narrativas en el contexto actual de los jóvenes	92

3. Metodologías, cuerpo y narrativas	97
Conclusiones	123
Lista de referencias	126

Ilustraciones

Figuras

Figura 3.1 Post de Saray asociado a estéticas de lo mórbido.....	80
Figura 3.2 Post de Karol alusivo a estéticas de lo mórbido	82
Figura 3.3 Post de Alicia alusivo estéticas de lo mórbido	83
Figura 3.4. Post de Alicia 2	84
Figura 3.5 Post de Marino alusivo a estéticas de lo mórbido.....	85
Figura 3.6 Post de Echelon alusivo a las estéticas de lo mórbido	86
Figura 3.7 Post de Uvanid	88
Figura 3.8 Post de Mr.B.	89
Figura 3.9 postde Mr.B. 2	90
Figura 4.10 Infografía del panorama general de la investigación	91
Figura 4.11 Fotografía elegida por Echelon para el momento posterior a su migración	104
Figura 4.12 Foto elegida por Marino para representar el momento inmediatamente posterior a su migración	105
Figura 4.13 Lectura de Uvanid a Echelon.....	106
Figura 4.14 Lectura grupal a Marino que toca el tema de las raíces.....	107
Figura 4.15 Asociación agresividad-paz en la lectura de Marino.	108
Figura 4.16 Explicación de mi cartografía corporal. Registrado por Marino.	109
Figura 4.17 Cartografía corporal de Uvanid.	110
Figura 4.18 Cartografía corporal de Echelon	113
Figura 4.19 Cartografía corporal de Marino	117
Figura 4.20 Captura de pantalla de la entrevista realizada por Echelon, Uvanid y Marino a Mao, un interlocutor que ellos mismos eligieron.....	121

Resumen

Comprender el fenómeno de la violencia en Colombia ha supuesto un reto para los teóricos porque es una realidad que se escapa a la razón y a la posibilidad de definirse, ya que posee un carácter multiforme y cambiante espaciotemporalmente, motivo por el cual se ha preferido recurrir al término de violencias, pues permite demarcar tipologías y formas de nominación que puedan variar discursivamente según el momento histórico, como es el caso de la acepción discursiva del posconflicto que se emplea en la actualidad para referirse a un período de transición política. Sin embargo las tipificaciones suelen desconocer los componentes subjetivos que se tejen alrededor de las violencias y que han dado lugar a diferentes afectaciones y procesos de movilidad acompañados de solicitudes de refugio en el exterior, siendo Quito-Ecuador uno de los lugares más receptores. Esos procesos migratorios implican una movilidad física, pero también de ideas, expresiones y formas de vivir que están asociadas a las experiencias violentas que dotan de sentido las vidas de los sujetos. Dentro de los solicitantes de refugio, un alto porcentaje corresponde a población joven, que migró en compañía de su familia o individualmente, por ello y porque son los jóvenes quienes son pensados como el futuro y la transición, éstos constituyeron la muestra y fueron los interlocutores de la investigación. Partí de la hipótesis de una postura crítica por parte de los jóvenes frente al “posconflicto” al no considerarlo una transición hacia la “paz”, lo cual pudo comprobarse como resultado de la construcción de conocimiento aportada por la etnografía y la aplicación de diferentes metodologías, que dejaron de manifiesto que el posconflicto sigue siendo violencia y es ella quien ha actuado a nivel transversal en la experiencia de los sujetos. Por ello ésta investigación responde a las preguntas ¿Cuáles son las subjetividades de los jóvenes refugiados frente a la violencia “posconflicto”? ¿Cómo los jóvenes diseñan sus vidas tanto en Colombia como en Quito? Entender las subjetividades es un elemento clave en la aprehensión del fenómeno, razón por la cual se constituyó como el objetivo de investigación. Como la experiencia violenta se torna irrepresentable para los sujetos, acudí a formas de elicitación por medio de la fotografía, el video, el dibujo y la corporalidad, al ser el cuerpo el lugar de la memoria en el que se instalan todas las vivencias; los cuerpos revelaron las marcas, los silencios, los miedos, la necesidad de olvido, pero también la agencia, la reconfiguración de la experiencia y las formas de afrontación, ya que la praxis de la experiencia es ineluctablemente corpórea y representa la fuente mayor de comunicabilidad de un individuo, el cuerpo es en si el contenedor y la expresión del sujeto.

Agradecimientos

Quiero agradecer a mis interlocutores por participar activamente en este proceso y brindarme su confianza y amistad; A Sofía Córdova por su inmenso apoyo en los talleres de cámara y técnicas de realización audiovisual, a Ana Lucía Ferraz por su constante asesoría y su cuidadosa lectura, y finalmente quiero agradecer a mi familia por su apoyo en todas las etapas de mi vida.

Introducción

Colombia ha vivido una situación de violencia que ha perdurado durante más de 60 años y que se mantiene hasta la actualidad. Las expresiones de la violencia, sus formas de nombrarla, las maneras de abordarla, los actores y la intensidad, han sido muy fluctuantes. Sin embargo, se presentaron picos de incremento extraordinario en los 80 con el aumento de los actores armados en confrontación y en la primera década del 2000 como resultado de estrategias contrainsurgentes, apoyadas por Estados Unidos e impulsadas durante los dos gobiernos de Álvaro Uribe Vélez. Ambas temporalidades fueron el escenario de múltiples migraciones hacia el exterior, dando lugar a un fenómeno conocido como la *diáspora colombiana*, la cual se relaciona con la posibilidad de encontrar un(a) colombiano(a) en cualquier lugar del mundo. Pese a ello, los países fronterizos siempre han sido los más receptores, por cuestiones de cercanía y economía, dentro de los cuales Ecuador encabeza la lista, por poseer una política de fronteras abiertas y una ausencia de campos de refugiados. Adicionalmente, los procesos de dolarización del país, el escalamiento económico en la primera parte de los 2000 y la posibilidad de ingresar sólo con la cédula de ciudadanía, motivaron a los colombianos solicitantes de refugio a acudir a dicho país.

A Ecuador llegaron familias enteras y familias recompuestas, por lo general acompañadas de niños y adolescentes, que alcanzaron su etapa de juventud y su mayoría de edad legal estando en Ecuador. Esto implica que su vida se segmentara en dos, una parte, por lo general la primera infancia, la vivieron en Colombia y la otra parte en Ecuador. No obstante, el peso que la primera etapa tiene en la construcción como sujetos y que finalmente es la que condujo a su reasentamiento en Ecuador, se ve marcada por las experiencias violentas, las cuales a su vez dan sentido a su presente.

Pese a que durante los últimos treinta años han tenido lugar diferentes intentos de negociación, ceses de hostilidades y acuerdos de paz en Colombia, nunca antes como en el momento actual, había tenido tanta fuerza el despliegue mediático y discursivo de solución del conflicto o "*posconflicto*". Se ha difundido la idea de que la violencia ha llegado a su etapa terminal y que existe un panorama "prometedor" para retornar a Colombia, en el caso de las personas que se encuentran por fuera; se han prometido medidas de reparación de las afectaciones generadas por las violencias, restablecimientos de derechos, restituciones de tierras, garantías de no repetición, entre otros muchos aspectos que se convirtieron en políticas

públicas, pero lejos se encuentran de ser efectivas y ello es percibido por las personas, quienes no terminan de creer en el panorama ofrecido por el discurso oficial.

La idea de que las personas se muestran críticas ante el “*posconflicto*”, se tomó inicialmente como una hipótesis, pero pronto, al escuchar las posturas de muchos colombianos, mirar las redes sociales, realizar algunos acercamientos al tema con compañeros y compañeras de maestría, hablar con administradores de locales comerciales colombianos en la ciudad de Quito, ver la falta de claridad frente al proceso y la necesidad del Estado colombiano por obtener inversiones extranjeras a costillas de una “paz en construcción”, tal hipótesis se convirtió en un hecho comprobado. La gente efectivamente no creía en que se tratara de una transición hacia la paz. Entonces si esa paz imaginaria, no es otra cosa que una nueva forma de llamar a la violencia desde el discurso oficial, si las personas han tomado distancia de los procesos de negociación, si las personas han migrado como resultado de la violencia, ¿Cómo la enfrentan? ¿Cuáles son sus estrategias de afrontación?, ¿Cuáles son las subjetividades que se tejen alrededor de esa noción del “posconflicto”? ¿Cómo los jóvenes refugiados y solicitantes de refugio diseñan sus vidas desde sus experiencias?, intentar responder estos interrogantes permite expandir las narrativas de las violencias en Colombia, generando un distanciamiento del discurso y revelando una apropiación por parte de los sujetos que se basa en la subjetividad.

Este es el problema del cual se desprende esta investigación, pues al estar por fuera del país de origen, donde se vieron afectados por las violencias de mayor impacto, no son cubiertos por las normatividades de reparación y restablecimiento de los derechos, que se diseñaron tras la implementación de los procesos de negociación y la desmovilización de los grupos paramilitares durante el gobierno de Álvaro Uribe. Adicionalmente es de suma importancia tener en cuenta las subjetividades, pues es precisamente uno de los elementos que ha sido menos explorado en los estudios sobre la violencia en Colombia, siendo ello una limitación para comprender el fenómeno. A lo anterior se suma la condición a la que se somete a la juventud, pues lo habitual es que la piensen como el “futuro”, sin embargo sus espacios de construcción colectiva, participación política e incidencia en la construcción de sociedad son altamente restringidos y cuando existen, rara vez son explorados por la antropología y las ciencias sociales en general.

Es muy importante para mí señalar desde un inicio el peso que tuvo el componente etnográfico dentro de la investigación, la cual se vio apoyada por diferentes estrategias metodológicas orientadas a ubicar las experiencias empleando a la imagen como mediadora y como el dispositivo capaz de romper silencios y activar memorias de manera no invasiva. Con todo, logró realizarse un video etnográfico de 33 minutos de duración, que a su vez fue utilizado como material de análisis para este texto. Tanto en el texto escrito como en el video se conservan algunas citas idénticas de los interlocutores, esto con el fin de respetar su voz y en la medida de lo posible compartir la autoría, además de teorizar también desde allí, dado que tales fragmentos de diálogo hacen parte de los conceptos centrales. De este modo, como lo señala Minh Ha, los conceptos son tan prácticos como las imágenes y esto hace que la fabricación de la película sea también un campo de práctica en la que la teoría debe ser deconstruida para construir a los sujetos que participan en el estudio (Minh Ha 1991).

Esas memorias y narrativas activadas por la imagen como mediadora no ocurren en tiempo real, es decir, no reflejan el momento mismo de los eventos, pero si tienen lugar en el preciso momento de la remembranza corporizada y dotada de sentido, siendo otra de las razones para la conservación de las mismas citas en texto y video, pues siguiendo con Minh Ha y con Rouch (1991), aunque en el documental la percepción del realizador siempre está presente, se trata de una cuestión de honestidad, en la que el realizador muestra su ojo subjetivo y la manera como vio determinada realidad, esto es llamado por Rouch como *verité* y por Minh Ha como sinceridad (1991).

En suma se trata de una mirada, definida por Ardévol como el cruce de intersubjetividades y, es que precisamente las representaciones audio-visuales hacen parte de nuestra realidad cotidiana y conforman nuestra memoria individual utilizando la representación de los hechos históricos, así pues el valor etnográfico se encuentra no en el documento como prueba histórica, sino en la relación que el investigador establece con el tema de investigación, los participantes y las mediaciones técnicas, conduciendo a una expresión de la subjetividad que introduce a una forma distinta de conocer que en este caso esta dada por la mediación técnica de la imagen, la cual no ha de ser entendida como una copia del mundo real o como un instrumento meramente metodológico, sino como un espacio de mediación entre poder e identidades y como un medio de descubrimiento experimentación y comunicación (Ardévol y Muntañola 2004, 13-23).

Pensar al video y la fotografía “*desde la mirada es reconocer que en la relación entre nuestra mirada y la imagen interviene nuestra experiencia, nuestra memoria y nuestro conocimiento del mundo y en esta relación la imagen nos da nueva información y conocimiento. Así pensar la imagen como mirada también no vierte hacia el sujeto*” (Ardévol y Muntañola 2004, 24). De este modo la imagen es en esta investigación no solo la mediadora sino también el punto de conexión de las miradas desde las experiencias y lo que posibilita pensar como la gente produce sus propias narrativas alrededor de la violencia posconflicto.

En este orden de ideas, ésta investigación exploró diversas metodologías (con mediación de la imagen) para ver las diferentes narrativas y formas subjetivas en relación al tema de la violencia “posconflicto” y de la violencia como constructora de sentido en el presente, lo cual se constituye como el objetivo principal de este estudio. Consideré lo atractivo que resulta para la población joven las temáticas relacionadas con la imagen la fotografía, el internet, los medios digitales, el arte, los performances y el uso de la cámara, por haber crecido en la era digital y de las nuevas tecnologías. Durante todo el proceso se capacitó a los jóvenes en el uso de la cámara y se registró audiovisualmente gran parte de los procesos, ya que se empleó la cámara como diario de campo, a partir de allí se construyó un material audiovisual de tipo colaborativo y que es un texto en sí mismo y representó el material de análisis para la generación de este texto.

El video da muestra de dos formas de interlocución: la primera de ellas corresponde a una interacción individualizada con uno de los interlocutores, para la cual recurrimos al uso del *stopmotion* gráfico y a los planos subjetivos en aras de no revelar el rostro por razones de seguridad. La segunda forma consistió en el registro y edición de una serie de talleres que involucraron componentes participativos, el uso de la cámara por parte de los participantes, la corporalidad, la espacialidad y la construcción de lazos de confianza. A su vez el grupo de jóvenes que se encontraban adscritos a la ONG RET (*Refuge Education Trust*), seleccionaron su propio interlocutor y le realizaron varias entrevistas grabadas audiovisualmente, que también quedaron incluidas de manera acotada en el material (el video se adjunta a este material impreso y se encuentra también disponible en:

<https://www.youtube.com/watch?v=EzMdoyZVQdA>).

Del objetivo central se desprenden otros cuatro, que se desarrollan cada uno en un capítulo. De este modo, en el capítulo uno se busca comprender cómo han sido teorizados desde el mundo académico los fenómenos de la violencia en Colombia, la movilidad y la subjetividad. Inicio desarrollando las formas como se ha intentado llegar a un concepto de violencia y la dificultad que ello ha representado para los diferentes teóricos, pues en primer lugar existe una imposibilidad de univocidad y en segundo lugar hay una primacía en la necesidad de comprender el fenómeno antes que definirlo. En un segundo momento muestro como ha sido necesario que exista una tipificación de la violencia en aras de delimitar los campos de análisis y seguidamente me refiero a las diferentes exigencias que plantea el momento actual frente al tratamiento y abordaje del tema por parte de los científicos sociales, siendo la aprehensión de las violencias desde las subjetividades una de esas necesidades apremiantes. Dada esa necesidad, continúo con el desarrollo del tema de la subjetividad propiamente dicha, en aras de exponer aliados teóricos y posturas personales de concatenación temática y perspectiva analítica, a lo que sucedo con la exposición de algunos trabajos en relación a la violencia que se desarrollaron considerando el aspecto de la subjetividad y que se configuran como contra narrativas que contrastan con la marcada tendencia narrativa de la temática de violencia. Finalizo el capítulo refiriéndome a los temas de migración, movilidad y refugio como efectos derivados de las violencias, los cuales no han sido explorados a nivel teórico y se ubican más dentro del marco de las construcciones institucionales y organizacionales.

En el capítulo 2 se busca conocer las diferentes formas contextuales de la violencia y la violencia “posconflicto”, indagando la forma como han sido historizadas, los trasfondos del llamado “posconflicto” y su relación con las subjetividades y los procesos de movilidad humana. En el primer segmento de este capítulo revelo los contextos ofrecidos por la literatura académica y la manera como se han emprendido los diferentes diálogos, procesos y negociaciones. Seguidamente, expongo el caso guatemalteco, que sirvió de referente para el diseño de una “paz estable y duradera” en Colombia, el cual no tuvo éxito en el país centroamericano debido a las falencias en el desmontaje de estructuras estatales, reflejando como en el caso de Colombia una construcción discursiva descontextualizada. Después de ello expongo el tema en relación a las subjetividades, para continuar con la enunciación del trasfondo que encierra el posconflicto en términos económicos, políticos y de relaciones internacionales. En la sección final del apartado indago sobre otro tipo de contextos que se encuentran en construcción y que responden a otras formas narrativas que incluyen los componentes subjetivos y que ocupan un lugar intermedio entre lo descriptivo y lo

experiencial de la violencia, la movilidad y la migración. Que además responden a una perspectiva más actual, es decir, en esta parte me centro en las coyunturas del hoy y de las situaciones que viven las personas refugiadas o solicitantes de refugio en el marco de los acuerdos y negociaciones.

En el capítulo 3 busco indagar las percepciones del fenómeno desde el componente subjetivo, en las formas de comunicación y sociabilidad juvenil, la autoetnografía entendida acá más como un espacio reflexivo que me permitió pensarme con los “otros”, las formas de nombrar de los “otros”; las necesidades de olvido, la irrepresentabilidad de la violencia, el viaje como narrativa, secuela, solución, anclaje y fuga; y las estéticas de lo mórbido en el terreno de la virtualidad digital de la red social *Facebook*, como escenario de expresión y construcción subjetiva, demarcada por las experiencias violentas en un entorno de amplia difusión que combina lo público con lo privado.

Finalmente en el capítulo 4 le apuesto a evidenciar a la movilidad como la agencia que permite afrontar a las violencias y que se constituye como la opción permanente de los jóvenes refugiados, haciendo una concreción desde los procesos etnográficos y metodológicos. Al inicio de este segmento realizo un esbozo del panorama general de la investigación teniendo en cuenta todos los aspectos que intervienen, para luego entrar a hablar de la construcción de lazos de confianza como un elemento central en la expresión y narrativa de las subjetividades asociadas al tema de la violencia y la violencia “posconflicto”, seguidamente detallo cada una de las metodologías empleadas en el proceso etnográfico, desde las cuales emergen diferentes formas expresivas y subjetivas. En gran parte de ellas se empleó a la corporalidad como forma de comunicación y de expresión subjetiva, lo que permitió ver que el cuerpo es el espacio de la memoria y que es éste el que finalmente reúne la experiencia.

Capítulo 1

Un acercamiento teórico a los fenómenos de la violencia y la movilidad humana y al concepto de subjetividad

Este capítulo está destinado a los abordajes teóricos de los conceptos y fenómenos principales de la presente investigación, siendo estos: violencia (dentro de la cual se incluye al posconflicto), subjetividades y movilidad humana (que abarca también migración y refugio). Inicialmente realizaré una breve aproximación teórica al fenómeno de la violencia, el cual en la actualidad sigue escapándose a una definición precisa y demarcada, para ello me valdré principalmente de los aportes de Elsa Blair, una de las teóricas que se han dedicado al estudio de dicho fenómeno, pero también tendré en cuenta los planteamientos de Santiago Villaveces (1998), Veena Das (2008) y Ferrándiz y Feixa (2004) que abordan violencia y subjetividad de manera conjunta. Acto seguido, esbozo de manera general la forma como ha sido abordada la violencia en sus intentos explicativos y descriptivos, los cuales han tenido cierto grado de sostenimiento en el tiempo pese a que las dinámicas de violencia han sido cambiantes.

Al situarme en el escenario actual y la principal preocupación de esta investigación: el surgimiento de subjetividades de jóvenes refugiados en la ciudad de Quito, en relación a lo que discursivamente se denomina como posconflicto, destacaré la manera como se comienza a visibilizar la necesidad de inclusión de las subjetividades en los estudios sobre la violencia, siendo el “posconflicto” una nominación más dentro de las diferentes variables terminológicas de la violencia en Colombia. Desde luego, para poder llegar a ese punto fue necesario hacer una revisión de la historiografía de la violencia colombiana y las formas de narrarla y entenderla desde las ciencias sociales y la antropología. Estos abordajes a los que hago mención se caracterizan por una vaguedad en la aprehensión y ésta es quizá, la mayor dificultad que enfrenta una intención de dar por terminado un conflicto que lleva cerca de 60 años. Quizá parezca algo duro definir como vagos aquellos esfuerzos por entender el fenómeno de la violencia colombiana, la cual como se verá más adelante, trasciende las fronteras y no se limita a la extensión geográfica de dicho país, pues países externos han tenido incidencia en los procesos de violencia, principalmente Estados Unidos, en lo que se refiere a la contrainsurgencia y Ecuador, Panamá, Brasil y Venezuela en aspectos relacionados con movilidad humana y el tratamiento internacional de los Derechos Humanos.

Quiero hacer hincapié en el hecho de que tal vaguedad en la comprensión de los motivos propiamente dichos de la violencia, no es sinónimo de poco esfuerzo, pocas investigaciones relacionadas con el tema o de análisis superficiales, pues incluso han surgido subdisciplinas como la violentología o la polemología que han destinado todos sus esfuerzos al entendimiento de dicho fenómeno, sin embargo la complejidad, la constante transformación, la multiplicidad de actores y el escalamiento del conflicto, hacen que en primer lugar no pueda existir un consenso de aprehensión, ni unos factores claramente fundantes de los procesos violentos, porque la coexistencia temporal de lógicas, ideología, intereses y formas de operación de los diferentes actores tienen orígenes y razones diferentes, pero se terminan articulando de forma poco clara (Zuluaga 2013). Ciertamente los actores sociales más afectados han sido la población civil y a su vez han sido quienes menos han podido expresar su postura o sus intenciones frente a fenómenos como la violencia o la idea discursiva de “posconflicto”. Este punto es importante porque en el territorio colombiano, el tema genera escozor, miedo y difícilmente puede ser tratado sin correr graves peligros o sentir la vida en riesgo absoluto, pues a pesar de las diferentes transiciones y variaciones en la intensidad y características de la violencia, la situación de riesgo tangible e intangible permanecen en total estado de vigencia. En Ecuador, aunque la necesidad de olvido y el silencio siguen siendo constantes, la libertad de hablar se hace un poco más fluida una vez se ha construido relacionamientos de confianza entre interlocutores e investigador, pues a pesar de que la violencia de Colombia trasciende las fronteras y hostiga incluso en el exterior a algunas de las personas víctimas, la sensación de tener que cohabitar en el mismo espacio residencial o área local con el victimario desaparece y permite hablar. En Colombia aunque no es imposible, esto representa una mayor inversión de tiempo y además de un reto, un riesgo para el propio investigador y los interlocutores, es por ello que dentro de la amplia lista de víctimas se encuentran numerosos investigadores, periodistas independientes y defensores de derechos humanos, como pude constatar en mis experiencias empíricas.

Seguidamente y habiendo aclarado la necesidad de incluir la esfera de la subjetividad en el análisis sobre las violencias, reúno las aportaciones de algunos autores frente al concepto e intento integrar diferentes posturas en una sola conceptualización.

El último segmento del capítulo está destinado a la conceptualización de la movilidad humana, la migración y el refugio, definiciones que por cierto tienden a ser de tinte institucional y organizacional.

Una última aclaración que considero pertinente antes de iniciar con el desarrollo de los ejes centrales a nivel teórico, tiene que ver con el tratamiento del tema del “posconflicto”: el cual no se deslindará del tema de la violencia, pues parto del hecho de que el posconflicto al ser una construcción discursiva aun en desarrollo, sigue haciendo parte de las expresiones de la violencia como fenómeno macro.

1. La dificultad de conceptualizar la violencia

Autores como Ferrándiz, Feixa y Blair, arguyen que no existe una forma única de violencia o una definición de violencia universal, por el contrario es un término esquivo en términos de conceptualización, pues no han sido pocos los intentos por dar una definición de violencia, ni en Europa, ni en los llamados países del tercer mundo (Blair 2009, Ferrándiz y Feixa 2004). Como lo señalan Ferrándiz y Feixa para que la complejidad del fenómeno de la violencia sea descifrada “*no hay más remedio que segmentarla en modalidades significativas... violencia juvenil, de género, sexual, étnica, racista, familiar, ancestral, endémica, terrorista, discursiva, abierta o simbólica, corporal o psíquica, cotidiana o estructural, de alta o de baja intensidad, legítima o criminal*” (Ferrándiz y Feixa 2004, 159).

Independientemente de las formas en que se nombre, cualquier modalidad de violencia, representa en todo caso, la existencia de relaciones de poder y políticas de carácter asimétrico (Ferrándiz y Feixa 2004). Esta postura y, en especial un centramiento político es lo que siguen la mayoría de los autores que han trabajado el tema, sin embargo, Blair problematiza este énfasis, a razón del carácter cambiante de la violencia y de los contextos, en su lugar los particularismos históricos y las subjetividades tienen prioridad para ella, principalmente en sus últimos trabajos.

Nancy Scheper-Hughes y Philippe Bourgois, también asumen que la violencia es algo que está en constante movimiento y presenta una elevada multivalencia, por ello apelan a su tipificación, también acuden a las violencias y las delimitan en subcategorías, aclarando que la manera como se nombra la violencia es una cuestión de perspectiva que dependerá siempre del momento histórico, de los enfoques teóricos, de las representaciones culturales y de los medios de comunicación (Scheper-Hughes y Bourgois 2003).

En este orden de ideas, es importante desvincular a las violencias de los actos concretos, porque ellas son un contínuum, lo que implica ver también a los discursos sobre las

violencias. Esto conduce a mirarlas “*no tanto como acto de guerra sino como negociación de paz y no como estructura sino como símbolo*” (Scheper-Hughes y Bourgois en Ferrándiz y Feixa 2004: 160). Pues es en este último campo, el simbólico donde tienen mayores repercusiones. Esta cita revela una de las caras de la violencia contemporánea en Colombia y los países fronterizos como Ecuador: aquello que ha sido llamado como “posconflicto”, que no es otra cosa más que una mutación de los fenómenos violentos u otra forma de llamar a la violencia, que se vale de perspectivas y coyunturas concretas que se ciñen a un momento histórico específico de transición política, en el que los efectos de la globalización reclaman el uso de territorios para jornadas extractivistas, para lo cual deben estar libres de guerra de guerrillas. Así planteadas las cosas, la violencia, no se refiere únicamente a la fuerza física o la agresión corporal, sino también a la posibilidad de su ejercicio y a las amenazas que se suscitan en planos diferentes a los físicos, por ejemplo las amenazas de impacto simbólico, que se acompañan de miedo, terror e inseguridad. Es por ello que cada acto de violencia tienen no solamente un motor sino también un fin que convierte a la violencia en un medio para lograrlo, como bien puede ser la generación de desplazamientos forzados, el incremento de la movilidad humana y el desalojo de territorios enteros, estos fenómenos son particularmente usuales en zonas de extractivismo y zonas de frontera (Ferrándiz y Feixa 2004).

Lo anteriormente descrito guarda concordancia con las propuesta que realiza Walter Benjamin, de situar a la violencia como un medio y no como un fin, lo cual representa una postura de oposición a las teorías jurídicas y naturalistas, las cuales moralizan a la violencia de manera positivista, situándola en convenciones de legítima-ilegítima o justa-injusta. La violencia desde la óptica benjaminiana es un medio puro.

En palabras de Benjamin: el acuerdo no violento surge donde quiera que la cultura de los sentimientos pone a disposición de los hombres medios puros de entendimiento. A los medios legales e ilegales de toda índole, que son siempre todos violentos, es lícito por tanto oponer, como puros, los medios no violentos. Delicadeza, simpatía, amor a la paz, confianza y todo lo que se podría aun añadir constituyen su fundamento subjetivo. Pero su manifestación objetiva se halla determinada por la ley que establece que los medios puros no son nunca medios de solución inmediata, sino siempre soluciones mediatas. Por consiguiente, esos medios no se refieren nunca directamente a la resolución de los conflictos entre hombre y hombre, sino solo a través de la intermediación de las cosas (Benjamin s.f. 10).

Si bien autores como Ferrándiz y Feixa, o como Benjamin, Das y Blair, adoptan una postura que le da prioridad a los aspectos subjetivos de la violencia incluso en el terreno político, la tendencia de los teóricos no ha sido la misma. En un recorrido histórico que hace Blair sobre el tratamiento que se le ha dado a la violencia da cuenta de ello. Esa tendencia y la falta de profundización en esos aspectos es quizá uno de los factores que junto con el carácter cambiante de las violencias y sus formas de nombrarlas dificulta la comprensión del fenómeno en contextos localizados, conduciendo a investigaciones más descriptivas que reflexivas.

A continuación, muestro de manera acotada como se ha abordado el fenómeno de la violencia por parte de las ciencias sociales, la historiografía y el tránsito de las cualidades descriptivas a las subjetivas.

2. Tratamiento y tipificación de las violencias

Ante esa dificultad de hablar de una sola violencia, varios autores se han esforzado por dividir las violencias, para lograr aprehender dichos fenómenos. Tomando como referente teórico a Bourgois, Ferrándiz y Feixa han señalado cuatro tipificaciones generales. La primera de ellas corresponde a la violencia política, que centra su atención en aspectos institucionalizados e incluye todas las formas de agresión empleadas por autoridades oficiales o sus opositores. Fenómenos como la Segunda Guerra Mundial, las guerras civiles, las guerras de guerrillas y otras confrontaciones que se asocian a lo político, dispararon el interés de las ciencias políticas y la historiografía por el estudio de dicha violencia, siendo hasta ahora la modalidad de violencia más indagada (Ferrándiz y Feixa 2004: 162).

La segunda categoría corresponde a la violencia estructural, la cual tiene que ver con la manera de organización económico-política de una sociedad, a través de la cual se imponen condiciones de sometimiento, el término fue postulado por Johan Galtung en el año de 1969, para evidenciar la necesidad de un compromiso social y democrático con respecto a los derechos humanos (Ferrándiz y Feixa 2004).

La tercera categoría, la violencia simbólica emana de planteamientos bourdieusianos y corresponde a aquellas humillaciones generadas por la inequidad y la legitimación de las jerarquías, que incluyen aspectos como género, clase y filiación poblacional, siendo claro un

estado de dominación frente a un individuo o grupo social catalogado como de menor jerarquía (Bourdieu 2000 en Ferrándiz y Feixa 2004:162).

Finalmente está la violencia cotidiana, que se refiere a las prácticas y expresiones en las formas de interacción diaria de los individuos. Este concepto es tomado de Sheper-Hughes, quien lo ideó en el año de 1997, para referirse a la normalización del “*ethos de la violencia*” (Ferrándiz y Feixa 2004: 163).

A pesar de la existencia de estas cuatro grandes categorías sobre la violencia, propuestas por Ferrándiz y Feixa (2004) es de resaltar que no por estar delimitadas en cuanto a expresiones o formas de violencia, tienen un carácter exclusivo, en cambio, pueden coexistir en los diferentes contextos o pueden emanar a partir de una de las categorías, por ejemplo, la violencia cotidiana suele tener sus bases en la violencia estructural, pero esta última puede surgir de la violencia política.

En las últimas décadas comenzó a existir un interés creciente por el estudio de las violencias por parte de ciencias sociales como la antropología y la sociología, pero es durante los finales de los 90 y principios de los 2000 que comienza a ganar una posición central. Anteriormente las investigaciones sobre las violencias se generaban principalmente en aquellos lugares donde existió o sigue existiendo algún tipo de violencia política y social, pero desde las 3 últimas décadas las investigaciones sobre las violencias han sido cada vez más extensivas, incluyendo violencias en campos de refugiados, militarismo en zonas de guerra, presos políticos, desaparecidos, excombatientes y exiliados guerrilleros; pasando por violencias médicas, médiums, reporteros de guerra, vendedores de crack, mercados clandestinos, niños institucionalizados, jóvenes privados de la libertad, sobrevivientes de desastres naturales, violencias contra la mujer y violencias en el mundo de la moda (Ferrándiz y Feixa 2004: 164-165).

En el caso concreto de Colombia, la violencia política ha sido no sólo la más analizada sino también la que mayor visibilidad presenta, esto gracias a los énfasis teóricos y a la difusión que los medios de comunicación han hecho de la misma, no obstante, existen en el país todas las formas de violencias, las cuales migran a otros territorios conforme se movilizan las personas a razón de las violencias. Por ejemplo, hay casos de personas refugiadas en Quito que han sido perseguidas hasta el vecino país y en otros casos, donde la persecución o la

situación de amenaza que produjo el desplazamiento cesaron, pero se derivan otro tipo de violencias como la simbólica y la cotidiana, o siguen latentes situaciones de temor, miedo, desconfianza y rencor.

Quiero centrar la discusión ahora sobre la violencia política, por varias razones, a saber: los estudios previos sobre el tema deben ser problematizados, se deben contemplar las subjetividades dentro de la violencia política, el período denominado como “posconflicto” hace parte de una intensión de transición política (cargada aun de mucha violencia) y finalmente, el fenómeno de movilidad humana, la migración y el refugio necesariamente se vinculan dentro de este tipo de violencia (aunque no solo dentro de ella).

La constante, ha sido que la gran mayoría de los autores, cuando se refieren a la dimensión política, se remitan casi que exclusivamente al problema del Estado, definiendo a la violencia como el “*<<uso ilegítimo o ilegal de la fuerza>>; esto para diferenciarla de la llamada violencia “legítima” con la que quieren designar la potestad o el monopolio sobre el uso de la fuerza concedida al Estado*” (Blair 2009,11). Esta concepción deviene de los planteamientos de Weber y sigue en vigencia cuando se reflexiona a la violencia desde las sociología y la politología, aun cuando los efectos de la globalización representan una manera diferente de relacionarse con el Estado, principalmente con aquello que se refiere a guerras y conflictos, esta postura como se dijo, sigue vigente, pero su período de difusión son los siglos XVIII y XIX (Blair 2009).

La polemología, fundada por Bouthoul, en años posteriores a la Segunda Guerra Mundial y “*definida como el estudio de las dos caras de la oscilación fundamental de la vida de las sociedades organizadas, es decir la guerra y la paz. Es definida también, de manera más general, como el estudio de los conflictos y de la violencia, en sus relaciones con la vida de los hombres y los grupos*” (Blair 2009, 11). Este enfoque ha reflexionado la violencia, pero se limita al marco específico de las guerras, no obstante, cuando se incluye a la dimensión social el análisis necesariamente se complejiza, al igual que las aproximaciones asociadas a “*orígenes, causas, manifestaciones y soluciones*” (Blair 2009, 11). En este orden de ideas es más que necesario indagar por las subjetividades y las dimensiones sociales, para trascender dicotomizaciones como guerra y paz y evitar seguir teorizando desde los discursos dominantes, que vuelven al terreno teórico un campo estéril y con baja o nula incidencia en los contextos o en la comprensión de los fenómenos estudiados. La razón de ello como lo

expresa Chesnais, radica en la obligatoriedad de dotar de “*relativismo histórico*” (Chesnais en Blair 2009, 13) los análisis sobre las violencias, dado que la violencia es tan antigua como el mundo y tan variable como los seres humanos, de modo que se expresa de formas muy diferente en cada momento.

En aras de atender a la necesidad de inclusión de las dimensiones sociales, los antropólogos también han realizado una serie de aportaciones en la materia, principalmente aquellos que se enmarcan dentro de la subdisciplina de la antropología política, como es el caso de Balandier. Haciendo uso de nociones de Hobbes, el teórico afirma que lo social se ha logrado constituir gracias a procesos de domesticación de la violencia, siendo las instituciones las que generan una acción reguladora por medio de ritos, símbolos y normas. Así se construyen procesos sociales de legitimidad política y conflictos sociales, que finalmente se tornan conflictos políticos y son estos últimos los que han sido regulados institucionalmente (Balandier en Blair 2009, 17).

Esta situación, claramente se dio en Colombia y se expandió a otros países, principalmente con los procesos migratorios y las situaciones de tensión en las regiones fronterizas, es por ello, que con todo y las dificultades que supone conceptualizar la violencia de una forma aprehensiva, ante lo cual coinciden la mayoría de los autores, Blair se vio obligada a generar su propia definición, en esta ocasión para la violencia del conflicto armado: “*conjunto de relaciones de fuerza donde el poder está mediado por las armas y cuyo fin último es la destrucción física del adversario*” (Blair 1999 en Blair 2009). Tras 10 años de generación de esta definición han cambiado algunas dinámicas de las violencias y de las realidades sociales vinculadas a las mismas, razón por la cual ha replanteado algunos elementos, no obstante, tal conceptualización surge en un momento de incremento de los homicidios y de las confrontaciones armadas entre grupos militares, paramilitares y guerrilleros, haciendo de la violencia y de la muerte realidades excesivas en términos de realidad y de análisis, pues es desde ese momento que se incrementan las investigaciones sobre el tema, pero al ser tan extensivo su uso, significa cada vez menos (Blair 2009, 19).

Blair exalta que, se debe estar dispuesto a lograr conceptualizar la violencia, pero principalmente a problematizarla, y esto es lo que se ha hecho en Colombia, problematizarla más que definirla, “*describir su regencia como fenómeno*” (Blair 2009, 21). En los estudios realizados en Colombia no se suele decir qué es la violencia sino como se manifiesta y qué

podría explicarla, dice Blair, y desde mi punto de vista, sigue estando en un estado muy difuso, pues en las narrativas de la historia de la violencia se suele dar una caracterización y secuencialidad de los actores violentos, más no de las razones por las cuales se genera la violencia o por las cuales se enfrentan las partes, salvo generalidades, no por ello desprovistas de importancia, como es el caso de las tan nombradas intensiones de reconocimiento político de sectores de oposición al Estado o el problema de la tenencia de tierras, realidades que se describen como causales, pero sin profundizar en su análisis.

A mi modo de ver se sitúa a las violencias de Colombia en una línea de tiempo donde se caracterizan los actores de cada momento histórico y se clasifica la violencia para darle un ordenamiento casi taxonómico. De este modo, la violencia que surge desde 1945 y hasta 1965, se ha denominado como LA VIOLENCIA (en mayúsculas). Posteriormente esta violencia se apellida y se nomina como “nuevo ciclo”, “violencia reciente”, “violencia política”, “conflicto armado”... (Blair 2009, 22) y actualmente “posconflicto”. Para Blair, son los apellidos los que entrarían a definir el término, por ejemplo, violencia política, sexual, familiar, entre otras. (Blair 2009)

Santiago Villaveces (1996), referenciado por Blair, cuestiona el lenguaje utilizado a la hora de tratar el tema de la violencia en Colombia, pues en las investigaciones que se realizan, la cara humana no aparece y esto hace que se generen discursos que encubren los hechos violentos. En términos de Blair, los discursos “*terminan configurando aparatos que difieren y disocian el hecho de su explicación, hasta el punto de que termina primando la explicación sobre el hecho*” (Blair 2009, 23).

Así, se ha intentado explicar mediante numerosas descripciones y caracterizaciones basadas muchas veces en los momentos políticos (en estricto sentido histórico y lineal) vinculados a los intereses institucionales y las agendas políticas. Este hecho se evidencia además en el desbalance que ha existido en relación al posicionamiento intelectual frente al Estado, tal y como lo menciona Villaveces: “*En general el carácter masivo, desordenado y frecuentemente acrítico -con el que se ha generado la producción de conocimiento frente a la violencia¹- puede estar contribuyendo más que a una mayor comprensión global del fenómeno, a una cierta confusión*” (Villaveces 1998, 82).

Subrayado mío

En lugar de posturas críticas que permitan la aprehensión y la proposición frente al fenómeno, se fue consolidando una rama de expertos y violentólogos, este hecho invita a reformular los caminos ya elegidos del sobrediagnóstico e intentar dirigirse a lo propositivo, a la formulación de contranarrativas y a los análisis sobre negociaciones (Villaveces 1998).

3. Lo emergente, las apuestas que exige el momento actual

Se pudo evidenciar como el hecho de indagar la violencia fue para el caso de los teóricos colombianos una manera de iniciar una “nueva disciplina”, en la que muchos fijaron su atención hasta llevarla al agotamiento, razón por la cual comienzan a surgir posturas que abogan por un giro en el tratamiento del tema, trascendiendo la tendencia de concebir a la violencia como el objeto de estudio en sí mismo, se apela ahora por contranarrativas que reclaman cambios en las actitudes de los intelectuales. Una de las exigencias para el académico es dejar en claro su posicionamiento epistémico, lo cual va muy de la mano con lo que en la antropología visual se conoce como reflexividad, del mismo modo es necesario para el teórico explicitar su postura con respecto a su objeto y sus sujetos de estudio. En concordancia con Haraway, es menester adquirir un compromiso con situar el conocimiento y desvincularlo de las miradas globales y en su lugar tener cuenta las miradas parciales y las múltiples voces a las que se acude para hablar desde un lugar determinado (Haraway 1991).

Lo anterior implica ver lo político en un sentido más amplio que lo institucional y comenzar a buscar nuevas formas de representación, así como diversificar los relatos y que de esta manera articulen lo que se venía trabajando con lo que ha estado invisible, con las voces “*infames*”, como lo diría Foucault (1996), además de explorar las memorias traumáticas y descentrar las violencias del marco meramente estatal o de actores beligerantes, redirigiendo la mirada hacia “*las manifestaciones y formaciones culturales en que la violencia se recrea, se transforma, se reinterpreta y se exorciza*”(Villaveces 1998, 87). Esto abarca por su puesto la manera como los individuos que se han visto afectados por las violencias, enfrentan, viven e interpretan a las mismas.

Hay que desmontar esa forma arquetípica en la que damos por sentado que la violencia es una narración histórica de carácter colectivo, pues como lo menciona Villaveces y como yo mismo lo he podido constatar en campo:

Para mucha gente la violencia es la vida diaria... los estudios han contribuido a socializar un lenguaje que invisibiliza el sufrimiento de las víctimas haciendo todavía más difícil la construcción de un lenguaje que transforme esas experiencias en algo inteligible para los ámbitos del poder (Villaveces 1998, 88).

Con todo lo abordado anteriormente, es posible ver que lo que exige hoy el tema de la violencia es tener en cuenta las subjetividades que se tejen en torno a ella, porque es lo que siempre permaneció invisible y porque además es lo que puede ayudar a conceptualizar y entender el fenómeno y de este modo pasar de la descripción a la proposición.

En esta investigación lo que se busca precisamente es indagar las subjetividades de jóvenes refugiados en Quito y las mías como adulto joven e investigador, en relación a esa forma de llamar o referirse a las violencias: “el posconflicto”, pues como bien lo dice Villaveces:

Quizá también podría ser provocador insinuar que las experiencias personales de la violencia de quienes hoy la piensan y la escriben, tienen incidencias profundas tanto en la configuración de interrogantes que se quieren abordar, como en los exorcismos que se esperan alcanzar (Villaveces 1998, 89).

4. Sobre la subjetividad

Me pregunto en esta tesis ¿Qué pasa con lo que no puede ser nombrado ni representado, como en el caso de algunos eventos traumáticos a razón de las violencias? ¿Cuáles son las subjetividades en los silencios? Como única contestación, se me ocurre que los silencios y las respuestas traumáticas son el resultado de las subjetividades que emanan desde las diferentes realidades violentas a las que se han visto sometidas las personas. Quizá los silencios sean el espacio donde confluyen las representaciones que se tejen alrededor de las violencias, pero tales representaciones que se dan desde los sujetos, muchas veces no pueden materializarse mediante la palabra, y al traducirse de la mente y la experiencia a la palabra, ocurre lo que con las transcripciones literales, cambian algunos sentidos de una lengua a otra o en su caso, cambian algunos sentidos de un espacio a otro.

Ante esto queda una inquietud: no hablar ¿es no hacer?, la persona finalmente está haciendo silencio y creo que el silencio que emana ante la evocación de la experiencia traumática estaría remplazando contundentemente a la palabra, pero no por ello deja de ser una expresión subjetiva, porque como lo diría Foucault, al ser el sujeto un producto del discurso, el hecho de

guardar silencio representa en este caso una forma de autocuidado o autodominación frente al poder, pues hablar es hablar por el poder, mientras que el silencio se configura como una forma de oposición y de resistencia, que a su vez responde a maneras de representación, a experiencias y a ordenamientos del mundo (Foucault,1993).

Con respecto al abordaje de la violencia que se ha hecho desde las ciencias sociales y la antropología Villaveces en el análisis que hace del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, al que se adscriben la mayor parte de los expertos en temas de violencias colombianas o “violentólogos” como se han autodenominado: en Colombia se vivió una ausencia en el fructífero debate latinoamericano de los años 60 y 70. Esto se debe a que por motivos de la intensidad de la violencia que se había estado viviendo al interior de Colombia, los estudios desconocieron la cara humana y subjetiva del fenómeno intentando conceptualizarla y objetivarla, cuando tal vez lo que más hacía falta era subjetivizarla (Villaveces 1998).

Villaveces achaca a la violencia esa situación, pero también a los violentólogos, quienes también se vieron atravesados y afectados por la violencia:

Yo creo que la violencia es en gran medida responsable de eso y a lo mejor los violentólogos también. Quizás también podría ser provocador insinuar que las experiencias personales de la violencia de quienes hoy la piensan y la escriben, tienen incidencias profundas tanto en la configuración de interrogantes que se quieren abordar, como en los exorcismos que se esperan alcanzar (Villaveces 1998, 89).

Sin duda las violencias hacen parte también de las subjetividades de los investigadores y académicos, es por ello que en esta investigación no sólo aparecen las subjetividades de mis interlocutores, las cuales pudieron ser aprehendidas por medio de mi interacción con ellos, como se verá en los capítulos 3 y 4.

Retomando la cuestión del sujeto, desde la lectura que hace Foucault, éste es el resultado “*a través y dentro del discurso, en el interior de formaciones discursivas específicas e históricamente situadas*” (Foucault 1993, 128). Visto de este modo la subjetividad se genera gracias a los mecanismos de normalización vividos por los sujetos, en la medida que producen

mentalidades y conductas acordes a las especificaciones culturales, impuestas por el discurso que domina el momento histórico.

En la perspectiva de Foucault, es de señalar su esfuerzo por salir de la filosofía basada en criterios humanistas. Su manera de romper con esa lógica, fue proponer una genealogía que estudia la construcción del sujeto a través de la historia, basándose en los planteamientos de Nietzsche, quien previamente había sugerido la historicidad del sujeto. Para llegar a esta genealogía del sujeto, Foucault emplea como metodología la realización de una arqueología del conocimiento, que condujera al conocimiento en sí mismo. Además de la historicidad del sujeto, Foucault considera determinante en la construcción del sujeto las tecnologías de dominación del sí (Foucault 1993). En suma se trata de situar el conocerse y cuidarse a sí mismo, así la historia del cuidado y conocimiento de sí, son concebidas por el autor como la experiencia, la cual está influenciada por formas de poder, que no deben ser entendidas como violencia o coacción pura, pero que si ejercen una presión sobre la construcción de la verdad de sí mismo, dentro de la cual el auto examen, las confesiones y otros elementos juegan un papel preponderante, es así como las personas tienen que proyectarse como individuos, sanos, limpios y puros (Foucault 1993) o en su defecto como víctimas, lo cual estaría incluido dentro de las confesiones.

Es claro que desde la perspectiva de Foucault, el poder juega un papel central en la construcción de subjetividad, no obstante, desde mi punto de vista, los individuos pueden agrietar determinadas estructuras y generar experiencias, que si bien tienen influjos de encuentros con una o varias formas de poder, están más enfocadas en sus propios ordenamientos y maneras de entender el mundo, que emanan de las propias experiencias, lo cual tiene que ver con el autocuidado del que habla Foucault, pues es en ese espacio en el que los sujetos incorporan sus encuentros con el poder para generar agencias personales, como es el caso del silencio, la necesidad de olvido o las narrativas selectivas, por ejemplo las políticas de refugio exigen de las personas migrantes un performance en el que han de situarse en el papel de la víctima y no en el de sobreviviente o afrontador(a), en este orden de ideas las personas han de saber que quieren oír de ellas para poder adquirir la condición de refugiadas. Foucault en su texto *La vida de los Infames*, reúne una serie de testimonios que según las estructuras de dominación o las esferas de poder, podrían catalogarse como de escaso valor, o expresiones de vida “inadecuadas” y que de no haberse encontrado con las acusaciones del poder, hubieran sido voces destinadas al anonimato. Se trata precisamente de confesiones y

denuncias registradas en archivos penales o más bien de los diagnósticos que se realizaron en tales establecimientos a partir de las confesiones y denuncias realizadas por terceros sobre personas “de conductas reprochables”. De esta manera, son los adjetivos que dan las instancias de poder los que entran a definir las personas y sus experiencias y no las mismas personas. Como el mismo Foucault lo menciona:

Para que algo de esas vidas llegue hasta nosotros fue preciso por tanto que un haz de luz, durante al menos un instante, se posase sobre ellas, una luz que les veía de fuera: lo que las arrancó de la noche en la que habrían podido, y quizá debido, permanecer, fue su encuentro con el poder; sin ese choque ninguna palabra sin duda habría permanecido para recordarnos su fugaz trayectoria. El poder que ha asechado estas vidas, que las ha perseguido, que ha prestado atención, aunque solo fuese por un instante, a sus lamentos y a sus pequeños estrépitos y que las marcó con un zarpazo, ese poder fue quien provocó las propias palabras que de ellas nos quedan, bien porque alguien se dirigió para denunciar, quejarse, solicitar o suplicar, bien porque el poder mismo hubiese decidido intervenir para juzgar y decidir sobre su suerte con breves frases. Todas estas vidas que estaban destinadas a transcurrir al margen de cualquier discurso y a desaparecer sin que jamás fuesen mencionadas, han dejado trazos –breves, incisivos y con frecuencia enigmáticos- gracias a su instantáneo trato con el poder, de forma que resulta ya imposible reconstruirlas tal y como pudieron ser “en estado libre”. Únicamente podemos llegar a ellas a través de las declaraciones, las parcialidades tácticas, las mentiras impuestas que suponen los juegos de poder y las relaciones de poder (Foucault 1996, 124-125).

En la cita es posible ver como la verbalización de lo cotidiano se convierte en un objetivo de quien ejerce el poder para poner en cuestión las conductas de determinados individuos, realizando una puesta en escena de la vida diaria. Entonces las demandas ejercidas ante la base del poder, daban lugar a declaraciones cotidianas pero era el poder quien decidía si las acciones confesadas debían ser combatidas. Desde las experiencias de mis interlocutores, observé algo muy similar: las personas migrantes de Colombia a Ecuador que requirieron solicitar refugio, debieron dar sus declaraciones como un requisito de las instancias de poder, así, fue menester exponer sus suplicios, narrar los excesos y las cotidianidades de lo atroz y de acuerdo a la magnitud de los padecimientos o a los intereses de las bases del poder, tales declaraciones eran tenidas en cuenta o no, o la condición de refugio era otorgada o no. Independientemente de lo que se determine, siempre se genera un registro y se verbaliza lo infame, opacando la propia enunciación de las personas solicitantes y desproveyendo las declaraciones de autonomía, por lo menos en una etapa inicial, pues poco a poco las personas

van adaptando sus narrativas al discurso oficial, nuevamente como una medida de autocuidado y autodominación, es decir, las personas al dirigirse de manera reiterativa a instancias institucionales y de poder, saben que deben situarse en el papel de la víctima y narrar lo que el poder quiere escuchar para alcanzar sus propios objetivos, que en este caso es la protección internacional o la condición de refugio, así aparece entonces una nueva forma de agencia en ellos, como resultado de la experiencia.

En el caso concreto de esta investigación, lo que busqué fue entender la producción de subjetividades de los jóvenes refugiados en el contexto que desde las instancias de poder se denomina como posconflicto, pero intentando que sus voces pudieran ser comprendidas y dando prioridad a sus propias narrativas, juntando y analizando conjuntamente una suerte de contra narrativas, que buscan una reivindicación de los sujetos y sus maneras de vivir los diferentes contextos.

Dicho esto, cabe añadir que los sujetos han de experimentar el mundo desde una posición particular, lo cual tiene que ver con aquello que Haraway (1991) nombró como conocimiento situado, ya que son las posiciones las que se definen espacialmente en relación con los otros. En este sentido la subjetividad describe los puntos de adhesión desde los cuales las personas vivimos el mundo.

Otros autores como Marcus y Fisher ponen su atención en la manera como la subjetividad interviene en el trabajo de campo y los procesos de escritura, hecho que claramente fue visible durante toda esta investigación, que no sólo representa una continuidad a mi propio desempeño profesional sino que también está marcada por las experiencias vividas en mi país de origen.

A partir de tales reflexiones intento elaborar una definición de subjetividad: el cruce de experiencias, interpretaciones, aprehensiones, significaciones y enunciaciones que se dan de manera simultánea a los discursos y las influencias del poder, sin deslindarse completamente de ellos, pero con cierto grado de autonomía que se debe a un procesamiento de los mismos. En este entramado tanto el espacio como las interacciones entre sujetos y los contextos tienen un papel importante, que incide igualmente en los procesos etnográficos y la manera como se junta y se sistematiza la información, bien sea en productos escritos o audiovisuales, y en este orden de ideas las interacciones y afinidades entre interlocutores e investigador también hacen

parte de los procesos de construcción y enunciación de subjetividades, las cuales representan una forma de contranarrativa.

Normalmente se ha desmeritado la importancia de lo subjetivo y particularmente ha sido frecuentemente ignorado en las conceptualizaciones y explicaciones de las violencias, no obstante, existen trabajos de teóricos que se han esmerado por incluir esta dimensión dentro de sus análisis. Algunos trabajos controvierten y diversifican las narrativas existentes, tomando la forma de contranarrativas, en la medida en que se distancian de las formas narrativas asociadas al poder.

Por ejemplo, Santiago Villaveces (1999) y Elsa Blair (1999 y 2005), le apuestan a nuevas maneras de abordaje y a contranarrativas que tienen en cuenta la subjetividad en la teorización de la violencia. Por su parte, Veena Das propone explorar el fenómeno de la violencia desde el lenguaje y las prácticas de las personas sobre las cuales ha recaído el accionar violento, es decir, las maneras como las personas viven la violencia, dentro de lo cual tiene en cuenta no sólo el padecimiento de las personas, sino también sus mecanismos de resistencia, sus cuestionamientos a los discursos dominantes y la reconstrucción de sus redes y vínculos sociales, en un afán de dignificación de las personas, por ello compila una serie de trabajos sobre las violencias a lo cual titula *Sujetos del dolor agentes de dignidad*. En general el centramiento se encuentra en todo aquello que les permite sobre llevar las secuelas y las marcas de la violencia (Das 2000 en Das 2008).

Para Das la subjetividad es vista como la experiencia que constituye al sujeto, pero ésta no es preexistente ni independiente de los discursos, por el contrario, representa una acción de procesamiento discursivo de las experiencias. De este modo, los relatos sobre las experiencias subjetivas incluyen una convergencia de aspectos políticos, culturales y subjetivos, lo que a su vez implica que exista una interacción entre emocionalidad y cognición, que en su conjunto, da sentido a la experiencia (Das 2000 en Das 2008).

Wappenstein (2012) reconoce el énfasis de los estudios e intereses de diversos sectores de la sociedad colombiana por entender y significar lo que se conoce como “*conflicto colombiano*”, el cual involucra un complejo entramado de actores y factores, no obstante, ella no indaga sobre esos elementos sino que asume su presencia y su influencia en la construcción de una “*identidad nacional*”, para lo cual se centra en la práctica del secuestro.

Para el análisis emplea como archivo, el programa de radio “*Las voces del secuestro*” (adscrito Caracol Radio²), el cual transmitió los mensajes de familiares de los secuestrados. A partir de allí categoriza el secuestro y las formas de organización dentro de la taxonomía del conflicto desde su aspecto sensorial, el cual emana de las narrativas sobre el secuestro. Los testimonios que reúne son los de Oscar Tulio Lizcano e Ingrid Betancourt, quienes estuvieron cautivos por las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) durante 8 y 6 años respectivamente.

En los testimonios y las experiencias subjetivas de Oscar Tulio Lizcano, destaca su proceso de relectura de los libros que él había escrito y las simulaciones o réplicas de clases a estudiantes que había performativizado mediante el uso de palos (ya que antes de ser secuestrado se desempeñaba como docente). Por supuesto estas actividades fueron realizadas durante el proceso de cautiverio, y constituyeron una forma de afrontación de la situación traumática o una forma de continuar en la medida de lo posible, con la vida que solía tener.

Otro de los elementos que dan cuenta de la subjetividad mediante recreaciones y elaboraciones sensoriales, no solo para Lizcano sino también para todos los secuestrados, es ese aliciente de vida propiciado por los programas de radio, que según los propios testimonios era lo que los ayudaba a mantenerse con vida. En este punto es preciso aclarar que ese aliciente no estaba representado por el programa de radio en sí, sino por la posibilidad de escuchar a sus seres queridos. En esa dinámica que Lizcano testimonia como “*supervivencia y bienestar mínimo*”, se dio un proceso de reconfiguración del tejido social, pues de tanto oír las diferentes voces con mensajes para los demás cautivos, terminó conociendo y reconociendo a los emisores, los cuales se constituyeron para todos los privados de la libertad en una *familia auditiva*, que según lo expresan, les dio la fuerza para vivir. Este punto es problematizado por Wappenstein, porque representó un instrumento de control para los cautivos, ya que ante la vulneración de los derechos y la restricción de la libertad, es aquello que los hacía seguir viviendo, lo cual era un objetivo de quienes ejercían el poder de manera violenta sobre los reclusos (Wappenstein 2012).

Y es que en efecto el ejercicio violento del poder había generado esas subjetividades, sin que ello implicara la inexistencia un proceso de tramitación individual desde la cognición y la

² Estación de radio comercial colombiana

emoción, como se señaló previamente en la explicación que hace Das de la subjetividad. Por un lado los captos permitían que los sujetos privados de la libertad escucharan el programa y por el otro lado la institucionalidad y los poderes oficiales impulsaban la generación del programa. En suma, tenían sometidos a los sujetos en pleno sentido de la palabra y literalmente sus vidas estaban manejadas por quienes detentaban el poder, obligándolos incluso a generar subjetividades sensoriales que les permitieran afrontar las penurias, lo cual aplica para cautivos y para sus seres queridos. En tales experiencias ocurre algo similar a lo que planteaba Foucault, pues las voces eran capturadas por las agencias del poder y aunque los testimonios de las personas surgieron con su propia voz a posteriori, siempre estuvieron velados por el poder y el discurso acomodado, según intereses ajenos a los propios.

En el caso de las personas refugiadas o solicitantes de refugio en Ecuador, ocurre algo similar y es que el ejercicio del poder también los ha obligado a producir performances, reconstrucciones de relaciones cotidianas, estrategias de afrontación y analogías de tipo simbólico sobre sus realidades y las soluciones a las adversidades, que en este caso están representadas por la movilidad como estrategias de supervivencia y dignificación de sus experiencias vitales.

Hasta ahora se ha podido apreciar que la inclusión de lo subjetivo dentro del análisis de las violencias y sus diferentes formas de nominación, es de vital importancia para comprender el fenómeno, el cual se articula entonces no sólo con las subjetividades sino también con problemáticas asociadas y derivadas de las violencias como es el caso de la migración forzada, el refugio y la movilidad humana, sobre lo cual entraré a dialogar a continuación.

5. Movilidad humana, migración y refugio

La movilidad humana es vista como una solución a diferentes problemáticas, dentro de ellas las violencias, y también, en algunos casos, como un después del conflicto. No obstante, es un concepto que se ve directamente afectado y definido por el poder y el discurso, es así como las personas viven una realidad cuya categorización ha sido impuesta por el marco institucional, estatal y transnacional. Y esto lo han tenido que asumir tanto investigadores que abordan la problemática dentro o fuera de su país, como las personas que se movilizan en aras de mejorar sus condiciones de vida.

Como en el caso de las violencias, ni los sujetos ni las subjetividades, han sido tenidos en cuenta a la hora de conceptualizar conceptos como los de movilidad humana, siendo en su lugar las instituciones gubernamentales y las ONG las que definen tales conceptos y categorizan los fenómenos de desplazamiento transnacional de las personas.

La noción de movilidad es relativamente reciente y busca integrar en una sola idea a la totalidad de los movimientos humanos, dentro de los cuales se incluye el refugio, la migración internacional, la movilidad inducida y la trata de personas e incluso los viajes. En el concepto establecido por Organización Internacional para la Migración, se tienen en cuenta el cúmulo de factores que inciden en los procesos de movilización, dentro de los cuales se resaltan los factores sociales, políticos, económicos y culturales. (OIM y Red Andina de Migraciones 2011).

En todo el trasegar violento que ha vivido y sigue viviendo Colombia, se han generado fenómenos de migración masivos, tanto a nivel interno, como a nivel externo, esto quiere decir que las personas se han desplazado al interior del país y también a otros países. Ante esta realidad aparecen dos categorías: desplazados, que hace alusión a personas migrantes dentro del mismo país y, refugiados, que tienen asilo político en el exterior o que consideran que están en peligro dentro de su propio país y ellos mismos se autodenominan refugiados (Villa 2007 y Lozano 2016).

Existe una tercera categoría que se denomina como solicitantes de refugio. Ésta tiene que ver con una incertidumbre en el estatus que se adquiere en el país receptor de un individuo, pues se encuentra en trámites institucionales y burocráticos de legalización de su estado, pero no cuenta con ningún tiempo de visa, ni reconocimiento estatal de la calidad de refugiado. Esta información fue aportada durante el proceso de campo en abril de 2016, durante el trabajo desarrollado con Mr B, interlocutor que se encontraba justo en esa condición.

Según Martha Inés Villa, actualmente, aproximadamente el 10% de la población colombiana vive fuera del país y de acuerdo al último censo poblacional realizado en Colombia, 3.331.107 personas habitan en el exterior, siendo Estado Unidos, España, Venezuela y Ecuador los principales lugares de destino (Villa 2007).

Esta tendencia migratoria excesiva es conocida como “*diáspora colombiana*” (Guarnizo 2004 en Villa 2007, 15), y es excesiva no sólo por la cantidad de personas que migran sino también por la posibilidad de encontrar colombianos en todos los países del mundo.

La explicación que se ha dado a este fenómeno, es la búsqueda de mejores condiciones de vida, acompañadas de mayor seguridad, que se corresponden con las crisis financieras, económicas y políticas de la última etapa del siglo XX, por ello la migración internacional se convirtió en la mejor alternativa para afrontar la crisis (Gamarra en Villa 2007,16).

Según los últimos informes de la ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas), en Colombia se han desarraigado hasta la fecha tres millones de personas, dentro de un total de 42 millones de habitantes. El cambio en las dinámicas de la violencia de los últimos años, modificó la modalidad de desplazamiento dentro del mismo territorio al desplazamiento ascendente hacia países fronterizos, principalmente Ecuador, dado que mantiene una política de fronteras abiertas y la ausencia de campos de refugiados, por el contrario los migrantes se instalan dentro del conjunto de la población ecuatoriana teniendo acceso a salud, educación y empleo³.

De la movilidad se deriva el refugio, el cual, como lo menciona Lozano, es el concepto predilecto en los ámbitos supranacionales y académicos, para dar cuenta de aquellas experiencias de las personas que se vieron obligadas a dejar sus lugares de origen e ingresar a otros por fuera de su país en búsqueda de protección. *“Así, el término refugiado/refugio se ha convertido en una categoría jurídico-administrativa que encierra múltiples y disímiles trayectorias y experiencias por las que personas de carne y hueso han pasado para salvaguardar sus vidas”* (Lozano 2016, 8).

El ACNUR por su parte, en una de sus cartillas informativas, define a los refugiados como *“personas que abandonan sus países porque tienen un temor fundado de ser perseguidos por motivos de raza, religión, nacionalidad, ideas políticas o pertenencia a un determinado grupo social”* (ACNUR s/f).

³ <http://www.fmreview.org/es/pdf/RMF32/29.pdf> (Fecha de consulta: 14-05-2015)

Esta misma definición que da el ACNUR es aportada por la Declaración de Cartagena de 1984 y por el Estatuto de Refugiados de 1951, y es plasmada también en el decreto 1182 de 2012 del Estado Ecuatoriano.

En el decreto 1182 de 2012 además de definirse el término de refugiado, se establecen los criterios a tener en cuenta para determinar si una persona puede ser catalogada como refugiado(a) oficialmente, lo cual deja por fuera de tal cobertura a muchas personas, en cuyos casos, las personas deben optar por otro tipo de visados o permanecer en una situación de irregularidad, que tiene que ver con la no legalización de la permanencia en el territorio ecuatoriano, esto es, sin condición de refugiado y sin ningún tipo de visa, habiendo superado los 90 días de libre tránsito que ofrece el Estado Ecuatoriano a los países miembros de la Comunidad Andina, dentro de los cuales se encuentra Colombia.

Ante, situaciones como la anteriormente mencionada, tanto el ACNUR como las ONG, abaladas por el Estado Ecuatoriano, cobijan dentro de la población que merece atención prioritaria, a aquellas personas que se encuentran en proceso de solicitud de refugio y a aquellas que se encuentran en situación de irregularidad, bien sea por tardanza en las respuestas o por negación del estatus de refugiados (Lozano 2016).

Trinh Minh Ha, ubica a la figura de refugiado por fuera de los individuos migrantes, es decir, no se refiere a ellos como refugiados, sino que señala al refugiado como un adjetivo contenedor producto de guerras fronterizas (que para el caso de Colombia serían internas) y como una cuestión netamente política que debe ser atendida con urgencia (Minh Ha 2011).

Con todo esto, queda claro que la categoría de refugiado, posee diferentes connotaciones y se refiere a un grupo de personas que se han visto obligadas a migrar de su país de origen, en cuyo caso la inclusión dentro de este colectivo humano es otorgada por el Estado receptor, por el ACNUR o por las ONG, que en su conjunto son las que terminan actuando en la definición de la identidad o pertenencia de las personas que buscan reconocimiento como refugiadas.

Capítulo 2

Sobre las diferentes formas contextuales

1. Contexto literario

La manera como se ha solido narrar el contexto de la violencia ha sido de tipo lineal, secuencial y descriptivo, con la palabra lineal me refiero, al carácter progresivo y “estático” (aunque en realidad es dinámico) en los discursos que describen y narran la violencia, es decir existen temporizaciones y categorizaciones de los actores y las dinámicas violentas que si bien son necesarias para aprehender los fenómenos, no poseen un carácter amplio que aborde también las perspectivas de los sujetos y sus subjetividades, ni la interacción e intereses de sectores dominantes y dominados, hechos que a mi modo de ver son fundamentales en materia de comprensión.

No obstante, visibilizar y evidenciar estas posturas predominantemente descriptivas, me resulta importante, porque representa un primer paso para proponer y para abordar los mismos temas desde otras posturas, incluyendo mi postura personal como investigador y como sujeto afectado por las violencias y que se interrelaciona con otros sujetos que también se han visto afectados.

Los diferentes abordajes de tipo lineal consideran como su marco simbólico, aunque no hay consenso, que el surgimiento de la violencia se da en el año de 1948 cuando a raíz del asesinato del líder político liberal: Jorge Eliecer Gaitán, se produce un enfrentamiento entre los partidos liberal y conservador que duró de 1950 a 1960. A esta época se le dio el nombre de periodo de la violencia (en mayúsculas), desde ese momento, la lucha de campesinos identificados bajo las categorías conservadores y liberales comenzó a provocar desplazamientos forzados, asesinatos, masacres y torturas. El problema motor de esa confrontación está asociado a la tenencia de las tierras, pero las confrontaciones tienen un lugar más ideológico y político que de clase social, pues en ambos bandos existían personas terratenientes, hacendadas y de sectores populares, sin embargo nunca se ahondó en este último detalle (Blair 2009, Blair 1999, Londoño 2013, Lozano 2016, Ortiz 1995, Villaveces 1998, Zuluaga 2013).

Además de la tenencia de la tierra, la conformación de la República Liberal (1930-1945) jugó un papel determinante en las confrontaciones entre partidos, pues aparecía el componente

liberal como oposición al sistema conservador, que había ejercido su dominio hasta ese momento. Los medios estudiantiles fueron uno de los grupos poblacionales que comenzaron a promover una ruptura con el sistema conservador, principalmente los colectivos de educación de la Escuela Normal Superior y los del Instituto Etnológico Nacional quienes incluyeron nuevas visiones sobre el conflicto desde la antropología como ciencia diferenciada. Pese a ello el énfasis era de carácter muy económico y se centraba en las relaciones de producción bajo las influencias de Marx, marginalizando el componente político al ser visto como un subproducto de la economía. También existió una aversión a historiar y teorizar lo político en los 60 porque en décadas inmediatamente anteriores, existía una tendencia a la crónica puramente narrativa que se centraba en la mistificación de los héroes patrios y los próceres (Ortiz 1995).

Esas tendencias de heroificación, a mi juicio y desde la lectura que hago de Ortiz, no habían desaparecido por completo para ese momento y quizá por ello, se sitúa el origen del a violencia desde el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán.

Ya a mediados de los 60, momento para el cual se detienen los enfrentamientos entre liberales y conservadores, aparecen las primeras guerrillas liberales como una respuesta a la continuidad de la modalidad violenta y desigual en el ejercicio de la política (que por cierto seguía siendo bipartita en relación al poder, pues liberales y conservadores se habían repartido los poderes) (Londoño 2013, Ortiz 1995).

Las guerrillas liberales adoptan después la forma de guerrillas comunistas, estos grupos se opusieron al Estado enfrentándolo e impactando principalmente las áreas rurales. Desde los estudios que realiza Zuluaga la guerra interna de Colombia inició en los años 60, tras el surgimiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) en 1964 y en 1969 el Ejército Popular de Liberación (EPL). *“Estas organizaciones le plantearon al Estado una guerra de naturaleza ideológica y política, cuyo escenario fundamental es el campo, orientada al a conquista del poder para el pueblo a efectos de construir el socialismo”* (Zuluaga 2013, 169).

A este primer surgimiento guerrillero se le conoce como guerrillas de primera generación. La segunda generación comienza a partir de finales de los años 60 y principios de los 70, momento para el cual emana un nuevo auge guerrillero, de donde surge el M19, el PRT, MIR-

PL y Quintín Lame. Estos surgimientos se asocian a una crisis de legitimidad que afrontó la totalidad del régimen político como resultado de la corrupción, la ineficiencia a la hora de tramitar demandas de tipo social y las violaciones de los derechos humanos (Zuluaga 2013).

El surgimiento de las guerrillas de segunda generación, las características inusuales y desarticuladas con el contexto latinoamericano de guerra de guerrillas, el nacimiento dividido de las guerrillas, entre otros aspectos, dieron lugar a dos modalidades de intentos de resolución de la guerra: la contrainsurgencia, pero también la negociación, que es lo mismo que se intenta aplicar actualmente con las guerrillas de primera generación. No obstante las medidas fueron notoriamente disfuncionales, ya que conforme se implementaban las medidas, se generaron cambios en la naturaleza de la guerra y actores como el narcotráfico y el paramilitarismo comienzan a surgir, a ganar relevancia y a tener incidencia, muchas veces vinculándose a las acciones estatales y a partir de la década del 70 con el surgimiento del narcotráfico, la violencia se mueve también a las ciudades (Zuluaga 2013).

Dentro de los escritos científico-sociales que comenzaron a surgir en los finales de los 60 y principios de los 70, se tienen en cuenta a sectores marginalizados que eran vistos como entes influenciados por los enemigos o delincuentes natos. En estas nuevas conceptualizaciones los lineamientos fueron principalmente de corte funcional-estructuralista, valiéndose de autores clásicos como Parsons, Merton, Lewis Coser y Charles Looms. Hasta ese entonces la violencia no hacía parte de las exploraciones historiográficas, pero tras el interés que tomó a partir de los 70 en disciplinas como la sociología y las ciencias políticas, la violencia comienza a constituirse como objeto de estudio de la historia. La antropología aun no incursionaba en temáticas de violencia porque el interés se centraba en el tema de las minorías étnicas, no obstante al dar importancia al valor de la fuente oral, la violencia fue surgiendo en los relatos, hecho que había sido excluido de las demás disciplinas, es así como autores como Roberto Pineda, Dario Fajardo y Jaime Arocha, comienzan a interesarse por el análisis de la violencia ya finalizando la década. No obstante los discursos seguían imbuidos por el bipartidismo o estaban enmarcados dentro de la afinidad u oposición con grupos guerrilleros, centrando los intereses en establecer culpables y no en explicar el fenómeno más allá de su descripción (Ortiz 1995).

Durante los primeros cinco años de la década de los ochenta se vive en Colombia un incremento en el enfrentamiento armado entre gobierno y guerrillas, siendo la

contrainsurgencia la estrategia política más implementada, la cual fue bastante impulsada por los Estados Unidos, que tenía lugar a la par de una política de paz adelantada por Belisario Betancur desde 1983, entre tanto, se consolidaba la violencia paramilitar y sicarial.

Los ochenta aparecen como el período en el que los grupos paramilitares que se generan desde el narcotráfico para eliminar las guerrillas, evento que se sostiene hasta el año 2003 momento para el cual entran a diálogos de paz en el gobierno de Álvaro Uribe Vélez y se comienza a hablar de un proceso de postconflicto que se mantiene en la actualidad (Koessler 2015, Londoño, 2013).

Con la aparición de los grupos paramilitares, los sicarios, el narcotráfico y la contrainsurgencia, en los 80 se genera un nuevo panorama de violencia y por ende de producción intelectual, aunque esta continuaba dando mayor énfasis al enfrentamiento entre Estado y guerrillas y las respuestas a las diversas coyunturas y nuevos actores seguían sin darse de forma contundente, salvo algunos acercamientos parciales; no obstante surgen algunos aspectos de indagación antes inexplorados como las formas de cultura en la violencia aunque aún sin una historización meticulosa y es por ello que las ciencias sociales en general tampoco se preguntaron sobre el porqué del incremento de la violencia en los 80 (Ortiz 1995).

Es pues durante los 80 y los 90 que las dinámicas de guerra se transforman y se complejizan generando cuatro efectos, que a su vez explican los intentos de diálogos y negociaciones que por aquella época se intentaron implementar. Dentro de esos cambios se encuentran. el “*escalamiento de la guerra*” (Zuluaga 2013,170), la consolidación del narcotráfico y el paramilitarismo, los cambios en el modelo de desarrollo y, “*el proceso constituyente que desemboca en el cambio de constitución política*” (Zuluaga 2013,170). Aunque las causas y lógicas de estos factores son diferentes, el hecho de coincidencia temporal, hace que terminen por articularse dando lugar a una complejización del conflicto que se mantiene hasta la fecha, aun cuando discursivamente se comience a hablar de un período de transición hacia el “posconflicto” (Zuluaga 2013).

El escalamiento de la violencia tuvo un pico en los 80, pero se mantuvo hasta la primera década del 2000, es por ello que los actuales diálogos que se desarrollan en la Habana-Cuba con las FARC y que se firmaron en junio del 2016, no son el primer intento o proceso de “posconflicto”, de hecho se trata de un esfuerzo que tiene sus orígenes desde hace 30 años y

que se ha centrado principalmente en lo que las naciones unidas han denominado DDR (desarme, desmovilización y reintegración), bajo la premisa de que contribuyen a la estabilidad en contextos posteriores a la violencia por medio de la reintegración de excombatientes a la vida civil (Melamed 2014).

Estas medidas de DDR, han iniciado siempre con diálogos y tratados de paz, el primero de ellos tuvo lugar, como ya se mencionó, en el período gubernamental del Belisario Betancourt. En 1984 se inician una serie de treguas con las guerrillas de las FARC, el Ejército Popular de Liberación (EPL) y el movimiento 19 de abril (M19), pero se rompen desde 1985 (Melamed 2014, 60).

Un segundo tratado ocurrió en los 90 durante el mandato de Virgilio Barco, su propuesta se llamó iniciativa para la paz y se dio con las guerrillas de segunda generación (todas a excepción de las FARC y el ELN –las de primera generación-). Como las guerrillas de primera generación continuaban en beligerancia, el gobierno adoptó una estrategia de enfrentamiento militar que generó la expansión del movimiento que se conoce como paramilitar (Melamed 2014).

Es en el año 2005 que mediante la ley de Justicia y paz (975 de 2005), se inicia un DDR con los grupos paramilitares, consolidándose solo algunas condenas en el año de 2012 y generándose una reorganización estructural de los desmovilizados bajo el nombre de Bandas Criminales.

En el 2013 se retoman diálogos con las guerrillas de las FARC en el gobierno de Juan Manuel Santos, que cuenta con serias limitaciones en términos de credibilidad, pues la población no parece estar de acuerdo con la manera como se están adelantando los procesos, dados los *posibles beneficios* que el gobierno otorgaría a los excombatientes, con el fin de obtener un estado de paz (Melamed 2014, 69).

A raíz de todo el devenir violento, de la necesidad de reparar a las víctimas (restablecer sus derechos –hecho que también hace parte del proceso de “posconflicto” según lo contempla la ley 1448-2010) generadas por el conflicto y de algunas circunstancias coyunturales a nivel nacional y global, surge la figura de “*posconflicto*”, la cual aparece como homóloga del concepto de posguerra (después de la segunda guerra mundial) empleado internacionalmente,

sin embargo se habla en Colombia de “posconflicto” y no de posguerra porque se trata de una guerra interna no declarada. Aunque el término “posconflicto” es frecuentemente usado en el contexto colombiano, es poco conocido por su población en términos de definición, siendo incluso poco tratado a nivel teórico. Sólo algunos autores como Chethuan lo han abordado, quien valiéndose de la definición dada por Rettberg y los aportes de la filosofía política, los define como “*aquel período de tiempo que se inicia con el cese de hostilidades entre partes previamente enfrentadas*” (Rettberg 2002 en Chethuan 2009,24). Este es un discurso aún en construcción no solo en términos teóricos sino también de “realidad”, pues el uso que se le da en el aparato estatal, no es el de sinónimo de paz sino el de un medio para lograrla.

Adicionalmente, la violencia, resultado de juegos de poder de control, no cesa con el mal llamado “postconflicto”, por el contrario, tras los diálogos y procesos de reinserción de paramilitares (desmovilización), lo que ocurre es una reconfiguración de la violencia, en la que el poder armado no desmontó finalmente las estructuras privadas de seguridad sino que entró a delinquir bajo otros nombres como, “*exparas*” y en otros casos bandas criminales, buscando el dominio geopolítico de determinadas zonas del país, o el control de plazas de micro tráfico en sectores urbanos. Pese a esto, la normatividad vigente (ley 1448 de 2010), declara que las BACRIMS (Bandas Criminales), no generan hechos victimizantes, aunque se sigan empleando mensajes de amenaza a la población, elaboraciones simbólicas atemorizantes como la exposición pública de muñecos sin cabeza, panfletos, toques de queda⁴, entre otros. Esto hace que la violencia no cese sino que cambie de patrones. Simultáneamente, los paramilitares que se encontraban cumpliendo condena, dejaban enormes latifundios con monocultivos sembrados, para que al momento de su liberación tuvieran capital acumulado para reagruparse bajo otros nombres (Camacho, Duncan, Steiner, Vargas y Wills 2009). Simultáneamente, como una de las medidas de reparación a las víctimas, aparece la restitución de tierras, en la que presuntamente se le está devolviendo la tierra a las personas fueron desplazadas por la violencia, pero no ha sido efectiva, porque los predios han sufrido varias reocupaciones, invasiones, ventas y testafierros, y finalmente, no hay claridad de a quién se está devolviendo la tierra, adicionalmente las amenazas constantes hacen que las tierras restituidas tengan que ser abandonadas nuevamente, con el agravante de que la gran mayoría de los líderes de restitución son asesinados si no alcanza a salir del país oportunamente (El Espectador: 13 de febrero de 2012).

⁴ Prohibición de movilización por los barrios o las calles después de determinadas horas

Desde que se iniciaron las primeras negociaciones de “paz” con los paramilitares, en el 2004 durante el gobierno de Álvaro Uribe, con los grupos paramilitares hasta el gobierno actual de Juan Manuel Santos, en el que se mantienen diálogos sólo con uno de los grupos guerrilleros (las FARC), los desplazamientos forzados no han cesado, lo que somete al proceso a un estado de ambigüedad, porque no sólo continúa el conflicto, sino que en los enfoques de reparación a las víctimas, éstas no hacen parte de la construcción de las alternativas de reparación y restablecimiento de derechos (Jiménez 2008,09).

De igual forma María del Rosario Guerra, afirma que en la extensa línea de investigación sobre soluciones alternativas de conflictos, lo preponderante suele ser el enfoque de construcción democrática desde la escuela, pero se tiende a ignorar aspectos relacionados con las subjetividades del conflicto, para la resolución del mismo (Guerra 2005). La autora hace un estudio que se titula “*El estado de la investigación sobre el conflicto, el posconflicto, la reconciliación y el papel de la sociedad civil en Colombia*”, en el que narra cómo las migraciones del sector rural al urbano, así como los descentramientos de los centros y las migraciones de carácter internacional han sido objeto de la investigación social y de las políticas públicas. Dentro de las cuales se ha destacado que existe un marcado fenómeno de “*migración y urbanización precaria*”, que se acentúa por efectos estructurales, como es el caos de la violencia política, la presencia paramilitar y las nuevas luchas por los territorios. (Guerra, 2005,82).

Tomaré también como referente la posición sobre el posconflicto y los diálogos con las FARC que postula Enrique Santos Calderón, quien además de ser columnista y codirector de uno de los diarios con mayor difusión en Colombia (El Tiempo), es también el hermano del actual presidente: Juan Manuel Santos, quien lidera el proceso de posconflicto como una herramienta de gobierno, es de aclarar que aunque el texto no es de origen teórico, será contemplado acá, como una forma de evidenciación de la manera cómo opera el discurso del posconflicto desde las instancias de poder.

El testimonio de Santos exalta que los diálogos iniciaron desde el 24 de febrero del 2012 en un ambiente de total confidencialidad y hermetismo, a lo cual le atribuye su permanencia en el tiempo. 69 reuniones de diálogo tuvieron lugar bajo esa atmósfera y el 26 de agosto del mismo año se firma el primer acuerdo general “*para la terminación del conflicto armado en Colombia*” (Santos 2015, 18).

Estos encuentros inicialmente secretos, contaron con algunos procedimientos previos, como el hecho de considerar los diálogos mismos, la disposición de las partes en participar del proceso, la conformación de los equipos negociadores y los garantes, y la definición del lugar de reunión. Una vez que Juan Manuel Santos es electo como presidente, éste contempla la posibilidad de abrir negociaciones y ponerle fin al conflicto armado interno, haciendo una alusión sutil a ello durante su discurso de posesión en agosto del 2010. Es importante señalar en este punto, que desde el gobierno de Álvaro Uribe, la categorización de la violencia se había eliminado en términos de conflicto armado, es decir, el conflicto armado no era una expresión del discurso oficial, en su lugar la contrainsurgencia había generado la impresión de grupos “terroristas”⁵ absolutamente diezmados, arrinconados y casi extintos. El punto de partida fue entonces reconocer que no era así, y abrir el espacio de diálogo, pues a juicio de Santos:

Entender que no era así, y que la pretensión de una total victoria militar no es factible, y quizás ni deseable, es lo que abre las puertas de ese nuevo diálogo con una organización armada que lleva más de cincuenta años echando plomo y que ya entiende, también, que nunca llegará al poder por medio del fusil (Santos 2015,19).

Para mediados del 2010 las partes manifiestan su disposición de entrar a negociar, teniendo como premisa que no se trataba de un encuentro de vencedores y vencidos. Posterior a ello se entra a definir el lugar de negociación. Las FARC propusieron, Ecuador, Brasil o Venezuela, pero el Gobierno no lo admitió y finalmente eligieron a Cuba, por razones de seguridad, ubicación geográfica y experiencia en la materia.

En enero de 2011 se plantean los primeros contactos entre las partes y se eligen a los países garantes, siendo Cuba y Noruega, último que tiene una importante participación en temas de asistencia a refugiados. Aquí me queda una inquietud bastante alarmante en términos de la continuidad en esas funciones y el porqué del criterio de elección: ¿al desaparecer

⁵ Es importante señalar que en el caso colombiano y de América Latina en general el término terrorista se comienza a utilizar sólo después del 11 de septiembre, momento para el cual Estado Unidos define los países potencialmente terroristas, dentro de los cuales se encuentra Colombia, por la presencia de grupos guerrilleros que generan terror en la población, no obstante, dentro del calificativo se excluye el terrorismo de Estado o el de otros grupos al margen de la ley.

nominalmente la figura del conflicto, los refugiados deben retornar por considerarse finalizado el peligro?

En agosto de 2011 se firman actas y protocolos de los primeros encuentros y se definen los objetivos:

El objetivo central de las conversaciones es poner fin al conflicto armado, y no entrar en interminables disquisiciones sobre sus causas objetivas o subjetivas; no se negocia el modelo económico del Estado ni el estatus de las fuerzas armadas; no habrá treguas bilaterales hasta que se haya acordado lo esencial, y <<nada está acordado hasta que todo esté acordado>> (Santos 2015, 25).

Entre abstracto y claro se devela el objetivo, que sigue resultando no muy dialógico y deja entrever una causal fuerte de fracaso de las negociaciones, desde mi punto de vista personal, el cual sustento con base en las experiencias de otros países como Guatemala, dónde se mostró un “acuerdo” similar en “el proceso de paz estable y duradera”. La similitud radica principalmente en la presencia y negación de conciliación frente algunos elementos que se pueden denominar de tipo estructural, como lo son la imposibilidad de conciliar hechos que han motivado a la lucha armada de los grupos de oposición y lo que es peor, la negación a discutir las causas del conflicto y la inclusión de la subjetividad. Sobre este punto y sobre lo que debe aprenderse del caso guatemalteco, entraré en detalle más adelante.

Muy en sintonía o dis-sintonía con lo anterior, están las diez reuniones que tuvieron lugar, con los grupos de asesores extranjeros con quienes examinaron las coyunturas internacionales y estudiaron (no sé qué tan bien) “*conflictos armados resueltos*” (Santos 2015, 26) de países como “*El Salvador, Guatemala, Irlanda del Norte, Nepal, etcétera*” (Santos 2015, 26). Apelo al uso del neologismo dis-sintonía, por las razones planteadas en el párrafo anterior y porque en definitiva, las experiencias, por lo menos la de Guatemala, demuestran que el conflicto no fue resuelto.

Hasta este punto se conservó el carácter confidencial, y el 27 de agosto de 2012 se hace público el proceso, lo que condujo a opiniones bastante divididas y en general incrédulas del proceso, pese a ello, el común denominador es que los pobladores desean la paz. Una

contradicción considerable, pues no creen en el proceso, en muchas ocasiones no lo apoyan (esto en gran parte a razón del manejo mediático y a las experiencias anteriores).

Volviendo al momento de la primera reunión exploratoria oficial, que tuvo lugar el día 24 de febrero de 2012 y a la cual asistieron los países garantes para sentar las posiciones y los propósitos. Es de relevancia señalar las posturas de los garantes: Cuba, manifiesta un deseo por ofrecer lo que se considera necesario, es decir garantías de seguridad y un manejo discreto, ya que según lo expresó el representante del país *“la paz de Colombia es prioridad para Cuba...Cuba cree en la integración latinoamericana, y para lograr esto necesita la paz entre los países y dentro de los países”* (Santos 2015: 44). Por su parte las razones noruegas, sustentan que dentro de sus intereses siempre ha existido el apoyar iniciativas de paz a nivel mundial para *“reducir el sufrimiento asociado a conflictos armados”* (comentario de Dag Nylander en Santos 2015,44), adicionalmente, existe una convicción por parte de Noruega en creer que los conflictos se resuelven mediante el diálogo y además la paz es una política de estado en Noruega. Este punto deja clara otra limitación muy grande con respecto al éxito del proceso de paz en Colombia: en Colombia, a diferencia de Noruega, la paz no es una política de Estado, aunque si un derecho según la constitución de 1991.

Por otro lado y como otro de los supuestos aspectos favorables se encuentra el tema de tierras y la ley de víctimas, no obstante todos los líderes de restitución de tierras están siendo asesinados, las tierras se están restituyendo azarosamente y con presencia de narco paramilitarismo, y por si fuera poco las víctimas no consideran reparadoras las medidas de la ley, además el 10% del total de la población se encuentra refugiada en el exterior y raras veces contempla la posibilidad del retorno (DANE 2005).

Como emblema del proceso y la transición hacia la paz, se encuentra la justicia transicional, basada en la *“verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición”*. Acá es donde existe la mayor tensión y dificultad, pues la verdad sigue siendo ocultada, dicha a medias o dicha con un grado de crudeza revictimizante; la justicia lejos está de ser ejercida, partiendo de las absoluciones mismas que se harían a la contraparte y a las que ya se hicieron con los grupos paramilitares, sumándole el alto grado de impunidad y no reconocimiento de los crímenes de Estado y las ejecuciones extrajudiciales; la reparación ha generado descontento en las personas víctimas; y las garantías de no repetición resultan un despropósito con un conflicto en vigencia, con una restitución de tierra con presencia de grupos armados, con factores

estructurales presentes, con una violencia incrustada en la cotidianidad, con refugiados temerosos y desprotegidos en el exterior, con miedos generalizados en la población, entre otros elementos que han expresado mis interlocutores.

Como última instancia de peso a considerar dentro de las coyunturas y aspectos favorables a los que Santos hace mención, está el tema de la participación social, el cual tendría sustento en un referendo que daría piso a lo pactado, y esto tiene todo el sentido, para la paz debe haber un amplio grado de consenso social, pero un referendo por sí sólo, deja por fuera los demás aspectos jurídicos. Adicionalmente es poco factible que un referendo por la paz gane si la credulidad en el proceso no es alta o si se plantea la paz en lugar de proponer la terminación de una confrontación armada entre dos grupos, como parece indicar la postura y el desinterés de la población civil y la población víctima al respecto. Como indicadores de esta última observación que hago, están los comentarios realizados por las personas en las redes sociales, mis interlocuciones con las personas víctimas de cuatro municipios del departamento de Antioquia y las personas inmigrantes refugiadas en la ciudad de Quito que fueron participantes de esta investigación.

El tiempo es otro factor definitivo, ya que si los diálogos tardan mucho le restan credibilidad al proceso, pese a ello, existen aspectos que ralentizan el proceso, los cuales tienen que ver principalmente con la construcción de marcos legales y la refrendación popular. Para que el referendo se pueda adelantar, se debe contar primero con el aval de la corte constitucional y que el clima nacional sea considerado propicio, hecho que por cierto que es muy difícil de medir.

Bajo el supuesto del éxito total de las negociaciones una vez finalizado el 2016, el periodo de consolidación del proceso posterior al acuerdo final firmado por las partes, ha de ser de 10 años, después de ello se hablaría de una “*Paz estable y duradera*” (Santos 2015,124). Esto me llama mucho la atención, pues sin duda, refleja un afán por que se desarrolle en un tiempo determinado todo el proceso y entrar a categorizar un estado de “paz” como “estable y duradera”, exactamente igual que en el caso guatemalteco, ni siquiera varía el nombre, lo cual desde mi perspectiva es muy alarmante, pues bien es sabido el fracaso del proceso en el país centroamericano, como para que se replique hasta en su forma de nombrarlo.

Para muchos especialistas, el posconflicto ya inició aun sin haber acuerdos firmados, basados en indicadores de desmovilización. Pero esta última se ha convertido en una estrategia para

maquillar la continuidad de la violencia. La desmovilización implica en teoría o idealmente una disminución o desaparición de la confrontación armada, pero ello no ha resultado ser cierto y aun con un cese a la confrontación armada, el conflicto político y social sigue vigente y con muchas necesidades por resolver.

En este panorama de los procesos, la incertidumbre sigue siendo lo más evidente, al igual que la necesidad de no replicar procesos anteriores ni colombianos, ni de otros países, pues sin duda conduciría a acciones descontextualizadas y poco efectivas para las necesidades de Colombia. Esto además debe estar acompañado de una reparación realmente integral de las afectaciones, de reconocimientos históricos negados, de resoluciones a nivel de las tierras, necesidades básicas satisfechas, entre muchos más aspectos que podría llamarse de tipo estructural, pero teniendo en cuenta además las subjetividades presentes en todo el proceso histórico de confrontación, conflicto e intentos de solución. Mientras no se escuchen la voces que nunca sobresalen, los vacíos seguirán existiendo y por ende también la violencia.

En relación a lo anterior, quiero entrar en detalle ahora con lo que Colombia puede aprender del proceso guatemalteco, que es en el que más se ha enfocado el proceso actual colombiano.

2. Violencias, democracias, acuerdos y posconflicto: los casos de Guatemala y Colombia

Colombia y Guatemala son dos países con muchas particularidades a nivel de violencia política y negociaciones de paz, lo cual los vincula en varios aspectos aun cuando sus formas y tiempos no hayan sido los mismos, es decir, los orígenes de las violencias en ambos países, así como la conformación de las izquierdas revolucionarias, su confrontación y los diálogos o negociaciones de paz surgen en momentos y por causas diferentes, pero tienen varios puntos de convergencia, siendo la democracia uno de los aspectos vinculantes y uno de los principales agentes de transformación en las dinámicas y estructuras de poder, participación, insurgencia y contrainsurgencia.

En cuanto a los tipos de gobierno, en Colombia ha imperado la mayor parte de su historia un régimen democrático y tan sólo ha existido una dictadura: la del General Rojas Pinilla, en coexistencia con guerras de guerrillas liberales y conservadoras, la cual fue de 1958-1974. No obstante, es durante su período de mandato que las guerrillas se tornan comunistas y nacionalistas y se vuelven más numerosas (desde 1960, cuando la época conocida como el

período de la violencia llegaba a su etapa terminal -1948 a1960), lo cual representa una realidad atípica, cuando se habla de dictaduras militares, es decir, en lugar de debilitarse a razón de la contrainsurgencia, se multiplicaron y fortalecieron. (Nasi 2007,137).

Entre 1958 y 1974, se adoptó un régimen constitucional en el que los partidos Liberal y conservador compartían el poder que antes se disputaban de manera violenta, pero comienzan a surgir los nuevos grupos guerrilleros que comienzan a luchar contra el Estado.

En el caso guatemalteco, el lapso de 1944 a 1954 fue testigo de una extensa reforma social que buscaba democratizar las relaciones sociales. Este período fue denominado la revolución de octubre o la primavera democrática, con esa revolución se buscaba construir el papel conductor del Estado en un proceso de desarrollo capitalista en el enclave nacional y se tenía como objetivo la industrialización, la nacionalización de los servicios públicos y la inclusión de los estratos obreros y campesinos en los espacios de participación pública.

Dentro de las principales acciones que generaron cambios estructurales, está la reforma agraria que se dio en este período, a través de la cual se repartieron las tierras a los campesinos y por primera vez se tocó el poder de las oligarquías terratenientes que hasta el momento habían gobernado el país. Del mismo modo fue uno de los principales motores de la contrainsurgencia, que vieron esta medida como un acto comunista, razón por la cual se recrudeció el conflicto.

Después de 1954 y hasta 1963, Guatemala entró en crisis, reflejo de las pugnas y el desorden que reinaba dentro de la élite dominante, resultando en el asesinato del jefe de Estado, tres juntas militares, tres presidentes interinos, numerosos alzamientos militares y finalmente un golpe de Estado en 1963. En este momento el poder pasó directamente a manos de los militares y se dio inicio a un proceso de contrainsurgencia que estalló en una abrupta guerra civil, que frenó de este modo el proceso de democratización y sometió a la población guatemalteca a un gobierno autoritario que usaba las armas como forma de control político(Torres, 1998). Aunque hacia 1954 se dieron intentos de reformas democráticas y nacionalistas en Guatemala, estos fueron abortados por los mismos Estados Unidos, y en este orden de ideas se garantizaba la continuidad de la dominación y el control oligárquico del Estado. Se vivía en un ambiente de restricción de la libertad de mercado, de fricciones interburguesas y el descontento generalizado del sector popular emergente (Mairena, 2015).

En la década de los 60 la agro-exportación de tipo latifundista comenzó a entrar en crisis y condujo a un crecimiento de las diferencias sociales. Este fenómeno estuvo acompañado de una crisis de tipo internacional y tres catástrofes naturales: terremotos de 1972 y 1976 en Managua y Ciudad de Guatemala y el huracán Fifi de 1974. Entre tanto, los regímenes autoritarios se encontraban en perfecto funcionamiento, siendo estos apadrinados por Estados Unidos, asegurando de este modo la dominación y los intereses del norte de América (Mairena 2015).

Este conjunto de hechos llevó a tensiones entre clases trabajadoras, sectores medios y oligarquías a nivel social, y a nivel político la contradicción se hacía evidente entre la democracia y el autoritarismo. Fue justamente en estos espacios donde el conflicto empezaba aflorar de manera muy nítida.

En 1966 se instaura una nueva constitución que otorgó legalidad a los procesos electorales para entregar el control político del Estado a generales-presidentes. En este panorama de ausencia de democracia, de derechos políticos desdibujados y en el marco de la mala conformación del sistema político guatemalteco aunado al déficit de su estructura socioeconómica, se desarrolla el conflicto armado, cuya violencia y represión llegó a su auge durante el gobierno del general Lucas García. (Mairena 2015).

Con el fin de la guerra fría, desapareció el fantasma comunista, lo cual desmontó la lógica contrainsurgente, de este modo Estados Unidos deshace la alianza con los militares, porque pretende instaurar el neoliberalismo, favorecer la inversión extranjera y el respeto por los derechos humanos. (Torres, 1998).

A raíz de lo anterior en las esferas del ejército comienza a ocurrir una desviación hacia la delincuencia corriente y la impunidad parecía no tener límites, elementos que confluyeron en un golpe de Estado en 1982, lo cual conduce al paulatino retiro de los militares del control del gobierno y comienza la etapa terminal del proceso contrainsurgente. Es justo en ese momento, que se empiezan a dar las condiciones institucionales para instaurar un modelo democrático (ibíd.). Tras el Golpe de estado de Ríos Montt, se dispararon los homicidios y las masacres, con una utilización de políticas de terror que arrasaron con comunidades y pueblos indígenas enteros (Skyligh 2012).

La izquierda pronto ganó protagonismo y asumió una postura antimperialista como consigna y “el socialismo como objetivo estratégico” (Mairena 2015,230). Del mismo modo se rechazaba la “democracia burguesa” (Mairena 2015, 230).

En 1982 se conformó la URNG Unidad Revolucionaria Guatemalteca. Este fue un elemento que ayudo a disminuir el divisionismo imperante. Hacia 1986 se da en Guatemala una serie de reformas políticas que apuntaban a la obtención del poder por parte de civiles, pero no logró trastocar las estructuras de dominación, lo que dio continuidad y agravamiento al conflicto. (Mairena 2015, 231).

En los primeros años de los 90 la guerra se intensificó, pero esta vez con diferencias considerables en relación a los años anteriores: La URNG reconoció que no tenía la capacidad de tomar el poder del Estado de manera militar, por lo cual se vio presionada a negociar desde el retorno al gobierno civil en 1986 (Jonas 1992, 41).

Así entre intentos de negociaciones y permanentes tensiones, el conflicto se mantiene hasta 1996, momento para el cual en Guatemala se entra a una transición hacia la “paz”, sin embargo las violencias estructurales permanecen hasta la fecha.

Habiendo visto el surgimiento y el devenir violentos en los países a los que atañe este texto, es preciso resaltar que la democracia juega un papel decisivo tanto en Colombia como en Guatemala, en relación a la guerra y la “solución” de la misma. Según autores como Rummel los mayores índices de violencia interna y de asesinatos masivos de ciudadanos por parte de los estados (democidio -que incluye genocidios y masacres-), se asocian con regímenes totalitarios y autoritarios, pero no tanto con regímenes democráticos (Rummel en Nasi, 2007). Esto supone un punto muy problemático y contradictorio, ya que un país que padece altos niveles de violencia política interna, está amenazando su estatus democrático, pero en el caso colombiano los mayores índices de violencia se dan dentro del régimen democrático.

En Guatemala por su parte los índices de crímenes de Estado, disminuyeron tras su paso a la democracia, no obstante, esta disminución es sólo aparente, porque los militares que antes atacaban a la población bajo el argumento de la contrainsurgencia, no desmontaron sus estructuras, sino que comenzaron a realizar los mismos ataques a la población civil, pero bajo

el nombre de delincuencia común. Un caso muy similar es visible en Colombia, cuando tras la desmovilización y reintegración a la vida civil de los grupos paramilitares, durante el gobierno de Álvaro Uribe, éstos pasaron a llamarse bandas criminales o BACRIMS, con el agravante de que según la ley 1448 de atención y reparación integral a víctimas, no realizan actos victimizantes, por ello, es natural que estadísticamente los índices de homicidios y ataques a la población civil disminuyan. En Colombia la violencia sigue, se trata pues de un discurso orientado al cumplimiento de los objetivos del milenio, dentro de los cuales se encuentra, la erradicación de la pobreza extrema, reducción de índices de desnutrición, acceso a la educación para toda la población, y por supuesto llegar a un estado de posconflicto.

Situaciones como las anteriormente mencionadas expresan el carácter difuso y nominal de las democracias de ambos países, dado que los niveles de violencia (aún vigentes) representan una amenaza considerable para *las* libertades civiles y los derechos políticos de los ciudadanos, lo que impide hablar de una *democracia en sentido pleno*. En estos casos las democracias han sido manejadas por medio de “*un mecanismo semántico*”, y de este modo excluir de las democracias (por lo menos en su definición) a aquellas en que el régimen político está caracterizado “*por niveles considerables de violencia interna*” (Nasi 2007, 134-135). No obstante, y a pesar de la salvedad semántica, tanto en Guatemala como en Colombia, se habla de un régimen democrático.

Las incompatibilidades existentes entre regímenes democráticos y violencia política interna, van mucho más allá de la semántica y es ahí donde se activan mecanismos institucionales que permiten generar expectativas de “*interacciones sociales relativamente pacíficas*” (ibíd.). Por ejemplo, las elecciones ofrecen soluciones de tipo temporal a los conflictos de intereses, estableciendo cargos públicos de carácter rotativo. Otros casos aún más claros son el establecimiento de límites para las luchas para el poder en los niveles locales y el desarrollo de diálogos y negociaciones de paz (Nasi, 2007).

Uno de los intereses en la democracia, con la cual se intenta instaurar y perpetuar un modelo neoliberal, es la realización de acuerdos y negociaciones para llegar a un estado de posconflicto, necesario para el correcto funcionamiento neoliberal y la inversión extranjera de capital, para ello la figura de terror y terrorista debe haber desaparecido mediante el diálogo.

A continuación y habiendo visto a grandes rasgos las secuencias históricas de la violencia en Colombia y Guatemala, hablaré sobre los acuerdos y el posconflicto, partiendo desde su definición, hasta su coexistencia con las formas violentas y las limitaciones con las que cuenta este modelo de transición hacia la paz.

3. Acuerdos y posconflicto

Carlo Nasi define a los acuerdos de paz como “*subtipos de pactos que tienen el propósito de finalizar ya sea una guerra civil o una internacional*” (Nasi 2007,29). Para llegar a esos acuerdos existe un conducto regular o una secuencia lógica que opera en todo país que se vea sometido a largos períodos de violencia: Inicialmente un país padece una guerra interna, posteriormente el gobierno y los “*grupos rebeldes*” van a una mesa de negociación (por lo general con un tercer partido como mediador, aunque no es un requisito), posteriormente durante las instancias de la mesa, se firman acuerdos de paz, que deben estar acompañados de un cese al fuego, el cual se constituye en términos protocolarios y discursivos, como el indicador de finalización de la guerra. (Nasi 2007,30-31).

Los acuerdos están acompañados por grandes expectativas, que se ven sucedidas por grandes desencantos, y esto aplica para Colombia y para Guatemala, porque siguen existiendo factores que remarcan una continuidad de los problemas del pasado que han dado origen a la violencia, y que junto con otros obstáculos limitan considerablemente el camino hacia la paz. Un ejemplo de lo anterior es que en ambos países se adoptaron mecanismos de elecciones de tipo democrático antes de que las partes enfrentadas entraran a negociar, pero los acuerdos negociados solo se lograron cuando el Congreso de Washington convirtió al neoliberalismo económico en paradigma global, impidiendo de este modo cualquier transformación estructural en la economía y reforzando aún más las desigualdades sociales y de participación (Nasi, 2007,32).

Bajo este parámetro es posible que se acuerde la paz, pero las organizaciones de oposición al Estado que se hubieren desmovilizado tras los acuerdos, al igual que los grupos que se forman recientemente, pueden retornar a las armas o mantenerse indefinidamente en guerra si perciben que los acuerdos negociados no generan cambios.

En términos ideales los acuerdos de paz “*representan un punto intermedio entre la victorias de las fuerzas militares de un país y las revoluciones*” (Nasi, 2007,33). Visto de esta manera,

cuando un estado derrota militarmente a una guerrilla, no existe la necesidad de elaborar concesiones o cambiar lineamientos políticos e institucionales; del otro lado, las revoluciones, que lograsen tomar el poder, lograrían transformar el estado y las estructuras sociales, para lo cual tampoco serían necesarios los acuerdos. Por tales razones es que se dice que los acuerdos representan el punto intermedio. Desde mi postura personal, los acuerdos son una puesta en escena para favorecer la inversión extranjera y distan mucho de las transformaciones reales, pues las estructuras que se desean cambiar permanecen en pie.

Quiero ahora recordar que el término posconflicto se equipara normalmente con el de posguerra que es empleado internacionalmente, pero se habla de posconflicto porque la guerra nunca ha sido declarada en Colombia, y En Guatemala se hace alusión a conflicto interno y por ende a posconflicto, según criterios internacionales de taxonomía de las violencias que responden a la cantidad de homicidios (Nasi, 2007).

En Guatemala, al finalizar los ochentas empezaban a ser cada vez más notorias las consecuencias económicas y sociales del conflicto militar, reduciendo los ingresos per cápita e incrementando los índices de desplazamientos forzados y exiliados políticos, llegando a 50mil el número de indígenas guatemaltecos refugiados en México (Mairena 2015,232). En igual grado de importancia, incluso más, se encontraba el cansancio moral y emocional, algo muy similar a lo ocurrido en Colombia durante las tres últimas décadas.

Por tales razones es que en 1987 se da un encuentro entre el gobierno guatemalteco y la URNG, en 1986 sube al poder Vinicio Cerezo y en mayo del mismo año se reúne la cumbre presidencial Esquipulas I, en la que se inició un dialogo que posibilitaría las negociaciones de paz.

Más adelante se propiciaron condiciones para los acuerdos de Esquipulas II (“procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centroamérica”, en el que participaron todos los presidentes centroamericanos) (Mairena 2015: 234). Pese a los avances, seguían existiendo muchas dificultades, por ejemplo, en Guatemala el presidente Cerezo se enfrentaba con la asidua resistencia del sector militar por haber invitado a la UNRG a negociaciones, cuyo primer encuentro se dio en octubre de 1987. Tal resistencia se vive actualmente en Colombia a razón de los diálogos y concesiones con las FARC.

El proceso de acuerdos y negociaciones guatemalteco fue más lento que en el resto de los países centroamericanos, fue sólo hasta 1991 que se comenzaron a dar y en 1995 tiene lugar la participación de la izquierda en las elecciones “bajo la figura de Frete Democrático Nacional (FDN).” (Mairena 2015,238).

“La URNG estaba ya concentrada no en conseguir cambios revolucionarios, sino en lograr <<las libertades fundamentales y construir una institucionalidad democrática>>. Los acuerdos de paz firme y duradera, suscritos el 29 de septiembre de 1996, significaron el fin del conflicto militar en Guatemala después de 36 años” (Mairena 2015, 238).

Los procesos de paz y los tratados, en los dos países, han sido replicados y apropiados en cada uno de ellos con mínimas modificaciones, es decir, para los acuerdos de Guatemala, ésta tomo como modelo acuerdos previos realizados en Colombia, los que a su vez se componían de estándares internacionales, pero Colombia adoptó el modelo guatemalteco para las actuales negociaciones de la Habana (igualmente siguiendo modelos internacionales), sin tener en cuenta a profundidad las necesidades específicas y los giros de la violencia tras los acuerdos precedentes, esto a razón de que quedarían expuestas las estructuras que se han de desmontar, pero que los gobiernos no están dispuestos a deconstruir. En suma, se desconoció o ignoró la obligatoriedad de concebir acuerdos y tratados gestados localmente de acuerdo a las propias necesidades de resolución, conciliación y reparación.

Como resultado de este modo de operar, la paz en Guatemala no triunfó y en Colombia van 60 años de conflicto que pese a los acuerdos, es más que probable que continúe sumando años y que se generen cambios en los patrones de violencias a manera de continuidades y discontinuidades.

4. Posconflicto y subjetividades

Algunos teóricos afirman que existe en la violencia una discontinuidad, *“El argumento que mejor resume la tesis de discontinuidad es la afirmación de que existen en la violencia de hoy, dinámicas y espacios de expresión diferentes. Sin duda, los cambios producidos en la sociedad se expresan, también, en las formas que asume la violencia”* (Blair 1999: 51) Blair, piensa que hay una continuidad, una que pese a las transformaciones del fenómeno de la violencia en Colombia, está siempre presente y es, la tendencia de ver al otro como un enemigo, lo que hace que no cambie el fenómeno, sino sus expresiones.

La autora define esa tendencia como un elemento identitario de los colombianos, afirmando que las sociabilidades se construyen “*en, desde y para la guerra*”. Es por esa razón que:

los colombianos no sabemos construirnos, identificarnos, reconocernos, sin referencia a la violencia... lo que está en la base de las diferentes formas de violencia es una mentalidad guerrera incubada e nuestro proceso de construcción, el cual no se ha modificado con otras transformaciones de la sociedad sino que permanece incrustada en el imaginario colectivo de la población (Blair 1999: 53-56).

A mi juicio, aunque es difícil deslindarse de la violencia, que ciertamente rodea los ámbitos de relación y repercute en una tendencia de no aceptación de la diferencia, sea esta de tipo político, ideológico o de cualquier otra índole, es reduccionista asumir que el mirar al otro como enemigo es una norma y que el colombiano posee una mentalidad guerrerista. Hemos de pensar si hay otras formas diferentes a la norma, éste perfectamente puede ser el caso de las personas víctimas, que renunciando a su país por medio del exilio, el asilo o el refugio, buscan generar mejores condiciones de vida, alejadas de la violencia bélica. Aun así, lo que interpreto de mis interlocutores es que: siempre hay un enemigo, pero estando en el exterior, son ellos mismos los que se perciben como enemigos de los locales, es decir cargan con el peso del estigma y asumen que son discriminados, que se les tilda de peligrosos, de “colochos”, que son culpabilizados de los robos, la prostitución y el consumo de drogas recreativas, etc. En algunas ocasiones tal etiqueta existe, pero esta no es producto de las formas de sociabilidad, sino de la influencia de los medios de comunicación y los imaginarios que se generan en las colectividades, sobre los colombianos. En otras palabras son empujados a pensarlo, esto se evidencia en sus comentarios, es como si se tratara de un discurso aprendido, constantemente aparece y no sé hasta qué punto realmente se sienten tan discriminados. Lo mismo pienso que pasa con la violencia, nos hacen pensar: tenemos naturaleza violenta, “guerrerista”, “esto no va a cambiar”, no hay lugar a un después del conflicto.

Finalmente se renuncia, en algunas ocasiones a la esperanza del cambio y efectivamente no lo hay, hablaría entonces, y en los casos concretos donde tiene lugar, de una “desmotivación impersonal” que derrumba las motivaciones personales. Tanto para el conflicto, violencia o como se le quiera llamar, como para el posconflicto, es necesario ahondar en esas subjetividades, en esas otras posturas por medio de la etnografía, de las diferentes formas de

expresión, para no replicar, para no sembrar las mismas ideas y para evidenciar las otras formas posibles, muchas veces netamente individuales, pero que juntas pueden llegar a ser colectivas. Como algún día me lo dijo Julián, un interlocutor previo a esta investigación y con el cual intenté tener un primer acercamiento al tema: “El posconflicto está en las revoluciones internas”, quizá de esta forma, el otro o uno mismo no sea enemigo, simplemente es alguien intentando cambiar el mundo, su propio mundo, desde una perspectiva egoísta y altruistamente pacífica. En este orden de ideas la premisa sería: hay que creer que es posible, para que sea posible y, en lugar de pretender que el Estado, las organizaciones al margen o no de la ley, o la sociedad misma, desmonten sus estructuras, desmontar las propias.

Dicho todo esto, no es difícil notar que las causas estructurales causantes de los conflictos siguen intactas, y así no hay acuerdo que funcione. Esto ocurrió en Guatemala tras 20 años de firmar la paz y es factible que ocurra ahora en Colombia si no se desarman esas estructuras que se vinculan al extractivismo, la corrupción, la revictimización a poblaciones, entre muchos otros factores que limitan y vulneran las libertades civiles y la integridad física y moral de las personas, y que aseguran la ausencia de voz y participación de los colectivos sociales marginalizados y afectados de forma directa por el conflicto, mientras son las élites las que siguen diseñando las leyes, los lineamientos y los acuerdos del posconflicto.

5. El trasfondo del posconflicto y el contexto de desplazamiento y de refugio

El posconflicto es una tipificación más de la violencia, porque así se esté intentando resolver los conflictos, la violencia sigue vigente tanto en el plano físico, como en la dimensión simbólica y cotidiana, es en suma una forma discursiva de llamar a la violencia en período de transición política, que responde a una de las lógicas más empleadas por el neoliberalismo, el extractivismo. Lo anterior hace necesario que: exista una situación que retire a la población de sus sitios de asentamiento, en este caso esa situación es la violencia, así la población debe desplazarse, el lugar queda presto a la explotación, pero para poder emprender el extractivismo, se requiere que existan garantías, esto es una situación de “no violencia” o en “transición hacia la paz” en un espacio ya desocupado por sus pobladores y de este modo buscar las inversiones extranjeras, con las cuales llegan las ONG a “remediar” las vulneraciones que han sufrido los pobladores o a crear protocolos de “consciencia” medioambiental. De este modo la gente retorna en algunas ocasiones, principalmente aquellas que se desplazaron en el mismo país, con la idea de que hay posibilidades amplias de encontrar trabajo gracias la presencia de empresas internacionales. Situaciones como están

ocurriendo en varios lugares como es el caso del Departamento del Chocó, que además limita con Panamá, o como el Putumayo, que limita con Ecuador y Perú e incluso el Amazonas que limita con Perú y Brasil. Estos territorios poseen riquezas hídricas de gran importancia que además se caracterizan por su potencialidad para la extracción aurífera. Este dato aunque muy seguramente está documentado, es de mi saber, como resultado de visitas a campo en los diferentes territorios en mención, durante mis experiencias laborales de los últimos 5 años.

Pese a que estas zonas han sido particularmente propensas a las acciones violentas con afectaciones directas sobre la población, la cual ha debido desplazarse en su gran mayoría de manera forzada, al ser Colombia un país con tantos recursos hídricos y minerales y con una variabilidad elevada de pisos térmicos y topográficos, el extractivismo puede darse casi en cualquier parte del área geográfica del país, es por esta razón que muchas veces, muchas personas que han experimentado un desplazamiento forzado, son revictimizadas y deben desplazarse nuevamente. La obtención de este dato se dio en octubre del 2012 durante la caracterización que realice en la subregión del Urabá antioqueño sobre las victimizaciones que habían sufrido los pobladores⁶. Normalmente, estos múltiples desplazamientos tienen lugar dentro del mismo país, pero tras varios intentos muchas personas acuden a movilizaciones de tipo internacional, dentro de las cuales Ecuador ha sido uno de los principales destinos, en ello intervienen varios factores: la cercanía con Colombia, la dolarización del país vecino que es vista como una gran posibilidad de crecimiento económico, la ausencia de campos de refugiados, la posibilidad de acceder a las mismas garantías y derechos que los ecuatorianos, el crecimiento económico que Ecuador experimentó en los últimos años y en última instancia la posibilidad de retorno (que es contemplada inicialmente, pero que pocas veces se materializa) (Villa 2007).

En las diferentes narrativas que existen sobre el conflicto o la violencia colombiana lo político ha sido, como se ha mencionado a lo largo de este texto, uno de los aspectos de mayor visibilidad, y la forma de violencia más indagada, es por ello que la mayoría de los textos describen que la confrontación política es la principal causa de violencia en el país y en la actualidad este tipo de conflicto es fundamentalmente tripartito. Es decir, las partes involucradas en la confrontación son: guerrillas, paramilitares y militares. Los

⁶ Este trabajo lo realicé en los años 2013 y 2014 durante 8 meses, adscrito a la Universidad San Buenaventura de Medellín como operador del Ministerio de Salud y Protección Social, en aras de dar implementación al Programa de Atención Psicosocial y Reparación Integral a las Víctimas.

enfrentamientos entre estos tres entes son altamente beligerantes y el conflicto por lo general es de tipo armado, cuyas consecuencias golpean directamente a la población civil, afectando a las poblaciones en los planos individual, familiar y comunitario, dentro de estas afectaciones se destacan los desplazamientos forzados, los homicidios y la desaparición, siendo las mujeres y los jóvenes los grupos más afectados (Delgado 2000 en Echeverri 2009).

Todas estas afectaciones siguen teniendo lugar hasta a la actualidad, incluso en medio de los procesos, diálogos y negociaciones, de lo cual se desprende un fenómeno de diáspora, entendido como un movimiento migratorio que normalmente es de carácter transnacional que supone una estadía inacabada y en diferentes tierras (Lie 1995). Gran parte de los migrantes salen del país buscando nuevas oportunidades en el exterior, pero otra parte huye del conflicto, por amenazas, homicidios u otros hechos, acudiendo al asilo político en el exterior. Dentro de la lista de países que ofrecen atención a refugiados, Ecuador encabeza la lista en número de personas albergadas. Son precisamente estas personas en las que se centra la presente investigación, buscando evidenciar sus propias nociones y construcciones de afrontación de la violencia, que distan mucho del posconflicto como lo plantea el discurso oficial.

Según Martha Inés Villa (2007), actualmente, aproximadamente el 10% de la población colombiana vive fuera del país. Según el último censo poblacional en Colombia, 3.331.107 personas habitan en el exterior, siendo Estados Unidos, España, Venezuela y Ecuador los principales lugares de destino y el año de mayor flujo migratorio fue el 2005 (con 3.331.107 personas migrantes) (Villa 2007,12-15).

Sin embargo, las cifras dadas oficialmente dejaron por fuera a la población migrante que huye del país buscando protección internacional según datos del ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados), 70.120 colombianos son reconocidos en el exterior como refugiados, 43.101 se encuentran en espera del reconocimiento y 481.624 personas, viven en situación de refugio auto reconocida, es decir que no ha sido otorgada por el Estado Ecuatoriano o por ACNUR de manera oficial, pero que ellos mismos consideran que es su condición porque requieren protección de tipo internacional. Sólo en Ecuador han sido reconocidas 11.556 personas y cerca de 250.000 se encuentran en situación de refugio oficial (Villa 2009, 16-17).

En un recuento de los estudios e investigaciones que se han realizado en materia de migración colombiana hacia el Ecuador, se destaca que la mayor parte de la población refugiada corresponde a campesinos de escasos recursos económicos y baja escolaridad, seguidos en menor medida por profesionales, periodistas y defensores de derechos humanos que migran en busca de protección internacional. Se estima que el 55% de esta población corresponde a población femenina y el 45% masculina. Las personas migrantes a Ecuador, provienen de 20 de los 33 departamentos que tiene Colombia, siendo Cundinamarca, Valle y Putumayo los departamentos más expulsivos y a su vez lo de mayor cercanía con la frontera sur del país (Villa 2009, 19-23).

Como se ha mencionado y evidenciado la violencia en Colombia trascendió sus propias fronteras, y se vincula con el ámbito extranjero. Por ejemplo, en el conflicto de Colombia intervienen todas las fuerzas de seguridad, es decir policía, ejército, fuerza aérea y marina, todos los grupos al margen de la ley, pero también intervienen *“los servicios de inteligencia extranjeros o sus exmiembros: el Mossad israelí, el BND alemán y las diferentes oficinas de seguridad de Estados Unidos –DEA, CIA, FBI-, y sus fuerzas armadas”* (Koessler 2015, 24).

También han existido ocasiones en las que los ejércitos y los gobiernos de Venezuela y Ecuador han intervenido directamente en el conflicto, a los cuales los diferentes gobiernos colombianos han calificado como un apoyo encubierto a los grupos al margen de la ley o como un desconocimiento de los problemas y las realidades colombianas (Koessler 2015).

Por razones como las anteriores es que el problema del conflicto colombiano dejó, desde hace mucho de ser sólo colombiano, si es que alguna vez lo fue de manera exclusiva; pues no solo se relaciona con la participación en el conflicto, sino también con las afectaciones que se generan en otros países, principalmente los vecinos: Ecuador, Venezuela, Panamá y Brasil, a quienes les ha tocado enfrentar las intervenciones de los grupos armados en las zonas fronterizas, las cuales están normalmente acompañadas de bombardeos, ocupación de territorios, abigeato y extorsiones. De la mano de esto, e igualmente como resultado del conflicto, se suman los costos económicos de la recepción de personas refugiadas y las estrategias que requiere la implementación de un servicio de atención para ellas (Koessler 2015).

6. Contextos, intermedios, móviles, presentes y en construcción

En el anterior subtítulo, veíamos una concepción contextual, histórica y descriptiva, que si bien hace parte del pasado en cuanto a temporalidad, los influjos que ha dejado en las personas jóvenes migrantes y sus grupos familiares son evidentes en el momento presente, tales como silencios frente a temas de violencia, necesidad de olvido, poco involucramiento e interés por temas asociados a los procesos de paz, acciones de violencia instaladas en el habitus, manifestaciones estéticas de lo mórbido, representaciones corporales de estigmas generados por las violencias, la movilidad física y simbólica como una estrategia de vida y recomposiciones familiares son algunas de esas características que ha dejado el accionar violento del pasado y que ahora se materializan en otras formas expresivas, las cuales serán tratadas con detenimiento en el siguiente capítulo, hago mención a ellas porque obviamente hacen parte del contexto, porque hacen parte de las experiencias de los sujetos y se enmarcaron dentro de un contexto y al distanciarse de Colombia se genera el contexto se amplía y se generan reacciones como distanciamientos o evasiones con ciertas realidades y recuerdos. En ese mismo contexto, emanan diferentes posturas que tienen que ver con lo oficial y con lo privado y personal, esto quiere decir que hay una fuente de poder que intenta direccionar a los sujetos en la construcción de sus subjetividades, pero también hay momentos de procesamiento, de agencia o de apropiación individual o colectiva en las cuales las formas autónomas se conectan con los factores externos que el poder intenta instaurar, esto conduce necesariamente a posiciones plenamente direccionadas, otras mixtas y otras estrictamente personales. Así tenemos un contexto amplio que es el accionar violento en la totalidad de la historia de mis interlocutores, que en este caso son jóvenes colombianos refugiados en la ciudad de Quito.

La forma como se han textualizado los contextos y discursivizado las realidades para promover cierto tipo de subjetividades desde las esferas del poder, es común encontrar expresiones de corte lineal y descriptivo con un fuerte anclaje en el pasado, incluso en este texto me he extendido en esa modalidad, pero con el objetivo de visibilizar dicho fenómeno.

No obstante existen otro tipo de textos en los que son los interlocutores quienes narran y explican los contextos, dejando entrever la direccionalización que los discursos ejercen sobre las subjetividades, pero también las propias agencias de los sujetos. Quiero a continuación exponer dos casos: El primero de ellos corresponde al trabajo realizado por el antropólogo visual Camilo Restrepo en su corto documental *Impresión de una guerra* y el segundo es un

fragmento analítico de una entrevista que realizaron Marino, Echelon y Uvanid (tres de mis interlocutores)⁷, a un interlocutor más que ellos mismos eligieron, en aras de producir un conocimiento compartido y la generación de un producto audiovisual de tipo colaborativo.

Si tomamos el cine documental como fuente de análisis sobre el tema, encontramos abordajes que señalan al cuerpo como elaboración de hechos violentos. La película de Restrepo (2015), hace una analogía de lo impreso en el papel y también de lo impreso en la mente, en los espacios físico y en el cuerpo, que es narrado por los sujetos dando cuenta de los contextos, a diferencia de los periódicos y materiales impresos que tienen vacíos históricos y saturación de información mal contada y muchas veces estancada en el tiempo.

Yo he escuchado a menudo decir que los periódicos colombianos no dicen nada, me pregunto si dejando de lado el contenido y examinándolos por sus cualidades físicas: papel, peso, tinta, no sería posible hacerse una idea de la realidad del país, una idea alterada por supuesto, pero tal vez elocuente. Mirando los periódicos defectuosos con sus colores desvaídos o saturados, las actualidades parecen como envejecidas, un poco lejos en el pasado, como si el rollo saturado por la tinta, dispersara a la imagen y al tiempo... El día de la muerte de Pablo Escobar, el día del comienzo de las negociaciones con la guerrilla, el día del decreto de amnistía para los paramilitares, entre el flujo de violencias cotidianas, algunas fechas trazan una historia fragmentada del país (Restrepo 2015, 3:00-4:10).

La voz en *off* de Restrepo, que introduce las experiencias del interlocutor y protagonista de su película, deja ver que el discurso oficial narra de una manera muy diferente las violencias a como las viven y las expresan las personas del común. Su interlocutor fue privado de su libertad por cometer un acto punible asociado al robo, en su reclusión se realizó varios tatuajes artesanales con tinta de lapicero, pero posteriormente se tatuó de otra manera que según el mismo, dotó de sentido por medio del uso de calor (pirograbador) y cuya cicatrización era la que generaba las marcas. Esta modalidad se asemeja a la escarificación, que consiste en realizar heridas o incisiones sobre la piel generando formas con cicatrices. Como lo expresa el protagonista las marcas no son muy visibles, pero el dolor que se siente si es muy intenso y ese tipo de marcas son las que ha dejado precisamente la violencia, marcas que no se ven mucho por la invisibilización que da el discurso a las razones y consecuencias

⁷ Los nombres son ficticios y fueron elegidos por ellos mismos con el objetivo de conservar oculta su verdadera identidad nominal.

del fenómeno, pero que han generado mucho dolor y se quedan como marcas perennes en las personas, como la piel, la vida se ha curado, pero con marcas, siendo el tatuaje una estrategia de memoria y un acción contra el olvido:

Ya después me hice otros tatuajes y les empecé a dar otro sentido, usando calor, con un pirograbador, entonces lo que queda casi no se ve, pero el dolor que causa si es impresionante, y para mí el dolor es tan importante como la huella que esto está dejando... después me haré una frase que es una frase bíblica que dice: yo no soy digno de que entres en mi casa pero una palabra tuya bastará y yo lo voy a dejar hasta ahí porque la frase completa dice: bastará para sanarme, pero yo la voy a dejar hasta ahí, hasta bastará (Personaje de la película de Restrepo, 8:00-9:30).

Me resulta impactante, el atino del interlocutor de Restrepo y la carga simbólica que tiene la intención de dejar su tatuaje hasta “una palabra tuya bastará”, porque efectivamente ha bastado con un conjunto de palabras por parte de los discursos dominantes para “explicar” el fenómeno de la violencia, para etiquetar a los actores, culpabilizar y condenar.

Del mismo modo Restrepo (2015) relata varios tipos de marcas que ha dejado la violencia, que albergan dentro de sí sus detalles, sus lógicas, estas marcas están allí para quien las quiera ver, estas marcas no solo tienen lugar en los cuerpos, sino también en las ciudades y en las historias de las personas, tal es el caso de los puntos rojos que se imprimían sobre los postes de luz, en los barrios periféricos de las ciudades para demarcar una frontera invisible que no es posible cruzar sin la autorización de quienes ejercen control sobre los barrios, lo cual fue bastante común después de la muerte Pablo Escobar. Antes, los taxistas, concedores de la ciudad por excelencia, representaron el diario de campo más grande sobre la violencia, por utilizar una alegoría de almacenaje de historias y hechos de las cotidianidades de la violencia de los 80 y 90, al mismo tiempo los taxistas, quienes tenían acceso a los diálogos de muchas personas, se convirtieron en informantes de los carteles del narcotráfico, pues al ser tan numerosos, terminaban siendo invisibles. Aquí ocurre algo similar a la teatralización del exceso que propone Blair, pues los hechos son tan excesivos que terminan por cotidianizarse y perder peso y visibilidad.

Finalmente, Restrepo (2015) da la palabra dentro de su documental a una lideresa de víctimas de la violencia: Pastora, quien se apropió de los muros de un antiguo comando paramilitar, actualizando la memoria del conflicto con los habitantes de su pueblo: San Carlos, ubicado en

el oriente Antioqueño. Su objetivo es nombrar los hechos que pudieron haber permanecido en silencio y que las víctimas sean reconocidas, pero no solo por medio de la palabra sino también de dibujos y otras narrativas. Si bien es la emanación de otras voces, siguen a mi juicio cooptadas por el poder, la subjetividad, es direccionada, al tiempo que se ejerce un control sobre las personas, pues las víctimas efectivamente son reconocidas, y con esto me refiero a que su visibilidad supone un riesgo grande cuando realizan exigibilidades. Esto los sustento, porque esta misma interlocutora, revela un discurso similar en un documental oficial, realizado por el Centro Nacional de Memoria Histórica, que se titula *No hubo tiempo para la tristeza*. Situaciones como esta ocurren cuando los trabajos de teóricos y científicos sociales son apropiados por el Estado y a partir de allí generan políticas públicas, que bajo la premisa de dar solución y reparación a las problemáticas de los individuos siguen normalizando e instaurando discursos y narrativas e intentando diseñar las subjetividades, para hacer previsible los actos de las personas y acto seguido diseñar las acciones estatales orientadas al control. Un ejemplo de ello es la restitución de tierras, donde gran parte de los líderes y lideresas han sido asesinados. No obstante y aunque con sesgos instaurados por el poder, las personas se movilizan y generan sus propias agencias, que deben ser vistas con otra óptica, mirando esas cargas simbólicas y experienciales que se esconden tras las marcas físicas o las enunciaciones. Esos silencios son los que verdaderamente hablan y dan cuenta, las personas también tienen sus propias estrategias de afrontación de las experiencias violentas y formas subliminales de narrar lo ocurrido, aun dentro de las lógicas dominantes. Algo similar ocurre con el interlocutor elegido por mis interlocutores⁸, quien explicó el fenómeno de la violencia en una entrevista que le realizaron:

Hablemos del conflicto, por ejemplo el conflicto nace en 1948, después de la muerte de Jorge Eliecer Gaitán, esto nace como una perspectiva de asesinato a un líder político liberal. Comienzan a crear guerrillas. Fernando Marín, alias Manuel Marulanda Vélez, desde su inicio comenzó a gustarle el partido comunista colombiano, desde ahí ingresó y creo las FARC con sus otros combatientes, y hay que entender la perspectiva de por qué estos campesinos, se levantaron en contra del gobierno y en contra del Estado que existía en este momento.

⁸ Durante el proceso investigativo se realizaron talleres semanales con los jóvenes interlocutores, en los cuales recibieron capacitación en el uso de la cámara, en aras de que se generara un producto audiovisual de tipo colaborativo en el que ellos también realizaran registros, fotografías y videos, al tiempo que ponían en práctica lo aprendido. Ellos se mostraron de acuerdo y durante dos semanas tuvieron en su poder mi cámara, con la cual realizaron una entrevista a otro joven colombiano refugiado en la ciudad de Quito. yo sugerí el tema de la violencia y el “posconflicto”, pero ellos podían abordarlo de la manera que desearan.

La perspectiva mía es que si existe un conflicto armado en Colombia, pero no sólo existe un conflicto armado, existe un conflicto social que nosotros no vemos muchas veces por estar viendo solo el conflicto armado. El conflicto social es que el Estado persigue gente que construye paz y a esa gente por miedo le toca ir a resguardarse al monte, por miedo le toca ir a cambiar su vida, por miedo, muchas veces le toca salir de su país.

Entonces hoy si existe un conflicto armado, que no se va a acabar, hasta que las partes entiendan que la decisión y la voluntad no es de ellos, la decisión y la voluntad debe ser del pueblo, para el pueblo y por el pueblo (Entrevista realizada por los interlocutores a Mao, 3 de Mayo de 2016).

Acá es posible apreciar, que si bien narra el surgimiento del conflicto como es normalmente descrito en los textos, dando la misma temporización y los mismos referentes de líderes políticos, sienta su propia postura y reconoce el centramiento en el conflicto político cuando lo que merece la atención es el conflicto de tipo social, esta representa su agencia, su manera de explicar el fenómeno y de dar cuenta del contexto que de Colombia lo trajo a Ecuador en condición de solicitante de refugio.

Lo cierto es que en la actualidad, y como resultado de los diálogos de paz con las FARC en la Habana y la nominación discursiva del posconflicto, se ha asumido que no existe un conflicto o que hay un proceso transitorio en el que las personas ya no se encuentran en riesgo y cuyos derechos y garantías se están restableciendo, por medio de políticas públicas. Y en ese orden de ideas, las solicitudes de refugio no están siendo aprobadas por ACNUR en Ecuador para la gran mayoría de colombianos que han llegado en los últimos dos años, ya que coincide con la temporalidad del “proceso de paz”. Ese por ejemplo es el caso de otro de mis interlocutores Mr.B⁹, con el que realizamos un material de evidencia audiovisual, mostrando esos trámites y procesos cíclicos de negativas tras negativas, mientras las condiciones de persecución y peligro siguen dándose.

A propósito de las no garantías para refugiados y solicitantes en Ecuador y otros países, traigo a colación algunos datos de prensas recientes, que acompaño de mis propias observaciones, se supone que con la paz firmada con las FARC, reparar es una de las obligaciones del gobierno colombiano, por ello de manera conjunta con ACNUR, anunció un acuerdo para divulgar los puntos de las negociaciones y promover el retorno voluntario y la reintegración (El

⁹ El nombre es ficticio y elegido por el interlocutor.

Espectador, 27 de junio de 2016). Este punto es complicado, porque tal vez las personas crearon formas de auto repararse y distanciarse parcialmente de los problemas que suscitó la violencia, ese distanciamiento está representado por la movilización de un país a otro, que en el caso de Ecuador y según lo sustentan los datos etnográficos de esta investigación, se trata de una estación de estabilización, es decir que es un asentamiento temporal para recuperarse un poco emocionalmente, estabilizarse económicamente y adquirir un poco de experiencia académica o laboral para posteriormente emprender una nueva movilización y distanciarse aún más, pues las condiciones de peligro siguen muy latentes en Ecuador dada la proximidad con Colombia. Una muestra de ello, es que de todos mis interlocutores, sólo uno queda en Ecuador y no pretende quedarse de manera permanente, simplemente planea terminar acá sus estudios universitarios, para especializarse en Estados Unidos y allí establecerse. Los demás solicitaron reasentamiento, el cual fue aprobado en dos de los casos, mientras que a otro, por encontrarse aun en condición de solicitante y no llevar más de dos años en Ecuador, la condición de refugio le fue negada a él y su familia, pese a que incluso estando en Quito, la persecución continuó. Dadas las circunstancias y tras la negativa de refugio, la familia está buscando opciones de movilización hacia otros países y mi interlocutor decidió contraer nupcias con una ciudadana Alemana para trasladarse al país europeo y adquirir la nacionalidad sin la necesidad de hacer trámites para solicitar refugio y de este modo poder invitar también a su familia, quien siempre ha permanecido unida en el proceso de afrontación de las violencias múltiples a las que se ha visto sometida.

El tema es delicado, las cifras de refugiados no pueden seguir subiendo ni mantenerse, porque se supone que hay un estado de posconflicto, además, como el tema de refugio es cofinanciado por los países receptores, eventos como bajas en la economía mundial hacen que el capital invertido por los países para ello deba disminuir. Este es el caso de Ecuador, que aparentemente está entrando en una crisis económica por la baja del petróleo y otros factores, así que lo más conveniente para los Estados es promover el retorno u otros tipos de visados.

Como lo afirma AFP en su artículo del diario *El Espectador*, a pesar de las magnitudes del exilio de colombianos en la ley no se contempla ninguna cobertura para estas personas que superan las 900.000, aunque en ACNUR se hable de 350.0000 hasta la fecha. No obstante con la ley 1448 de 2011 se pretende atender a las personas afectadas por la violencia en Colombia, en este orden de ideas quienes se encuentran por fuera, podrían pedir ayuda en los consulados, pero como los consulados de Colombia en el exterior, son considerados territorio colombiano

y a los refugiados se les prohíbe pisar suelo colombiano, tampoco pueden acudir a ese espacio, lo que implica un desamparo total (El Espectador 27 de junio de 2016).

Aun con las condiciones anteriormente mencionadas, no es probable que los colombianos refugiados retornen a su país, no solo por los datos que el campo me ha sugerido, sino también por opiniones de expertas como Cécile Mouly, quien en una entrevista para el diario *El Comercio* publicada el 7 de julio de 2016, anunció sobre la improbabilidad del retorno de los 57000 refugiados colombianos en Ecuador y esto se debe a que no cuentan con niveles de seguridad y estabilidad económica, además de la incredulidad en el proceso. Ante esto Mouly contrasta el caso de los procesos de paz colombianos con los de Centro América y afirma que para que puedan llegar a dar resultado, las personas del común deben estar completamente enteradas de todos los puntos y apropiarse del proceso, siendo ellos quienes realicen las exigencias y de este modo evitar que las inconformidades de la sociedad conduzcan a una intensificación del conflicto (Torres y Mouly 2016, s/p).

Sobre estos últimos temas, el material de evidencia, las negativas de condición de refugio, las maneras como los sujetos afrontan y resuelven los efectos de la violencia, entraré a hablar con mayor detalle en el siguiente capítulo, que discute el contexto más reciente para estos jóvenes que se movilizaron desde Colombia hasta la ciudad de Quito en Ecuador.

Capítulo 3

Un acercamiento digital: Silencios, necesidad de olvido, estéticas de lo mórbido y subjetividades en internet

En este apartado detallaré la manera como los jóvenes colombianos refugiados en la ciudad de Quito-Ecuador, hablan, callan, corporalizan, expresan y perciben la violencia y el posconflicto. En suma, se trata de las miradas y subjetividades que atañen al proceso de investigación y que corresponden precisamente a ese aspecto que se busca visibilizar, pues como se ha dicho, sobre abundan las teorizaciones y discursividades dominantes con respecto a la violencia. Del posconflicto hay menor cantidad de definiciones incluso en el ámbito político y académico dominantes, estos cuentan principalmente con el despliegue mediático que suele ser bastante especulativo y narra sobre todo las dificultades que tienen las negociaciones en la Habana, las posturas de los opositores de los acuerdos de paz, y noticias superficiales sobre los acuerdos en curso.

Estos factores en su conjunto generan una tendencia clara a la revictimización y a la exclusión de los sectores poblacionales afectados, conduciendo a una aparente apatía de las personas por saber de los temas, por recordar, por hacer ejercicios de memoria, precisamente porque el despliegue no cuenta con un enfoque cuidadoso que evite la reapertura de heridas y narra sin escrúpulos realidades dolorosas que sin los debidos tratamientos resultan altamente perjudiciales en materia psicosocial y de tejido social. Está presente en las personas una necesidad de callar y de olvidar, pero no de forma permanente. Los aportes de Michael Pollak sugieren que si bien existe una necesidad de olvido, ella está mediando constantemente con las memorias, colectivas, las memorias dominantes y las memorias individuales, es por ello que los testimonios y las enunciaciones no dependen únicamente de la voluntad de los testigos para reconstruir los hechos, a las disputas entre las diferentes memorias, se suman las condiciones sociales que permiten o no emprender canales de comunicación no-silenciosos, estas condiciones varían según el tiempo y el lugar donde se encuentra el testigo (Pollak 2006, 9-15).

Según estas variables que menciona Pollak (2006) y en el caso de esta investigación, no es igual hablar de las experiencias violentas o traumáticas en el contexto donde tuvieron lugar aquellas de más impacto (Colombia), que en el lugar de asilo político (Quito-Ecuador), en el que si bien las personas se ven enfrentadas a nuevas violencias e incluso llegan esquivarlas de la

violencia colombiana, estas no tienen la magnitud de las que acontecieron antes de su solicitud de refugio. Pese a ello, se sigue evidenciando una dificultad de enunciación y una tendencia al silencio, en la cual el tiempo, las experiencias y las formas de interacción son las que tienen mayor incidencia, pues al estar en un contexto con características culturales y relacionales diferentes, las experiencias del pasado no son las experiencias compartidas y se tornan de difícil enunciación, porque hacen parte de una nueva gestión de la identidad.

Como lo menciona Ludmila da Silva en su presentación al texto de Pollak, El silencio puede manifestar indirectamente diversos <<modos de gestión de la identidad>>, que resultan del reacomodamiento al mundo ordinario. En este caso el silencio tiene todas las chances de ser absoluto, ya que tiene que ver con el hecho mismo de comunicar con las normas sociales de la moral corriente. El silencio remitirá entonces, más bien, al contenido de lo que será comunicado (Da Silva 2006, 14).

Es importante señalar también lo que Pollak, valiéndose de Halbwachs, plantea cuando aclara que es insuficiente con que los testigos aporten testimonios, en cambio, deben existir puntos de contacto entre las memorias de quienes testimonian y de quienes escuchan para poder realizar reconstrucciones sobre una base común. (Pollak 2006, 18).

El silencio, no es un simple silencio, una negación gratuita a testimoniar ni tampoco algo que conduce al olvido, las personas sometidas a eventos traumáticos tienen perfectos recuerdos, pero su silencio “*es la resistencia que una sociedad civil impotente opone al exceso de discursos oficiales*” (Pollak 2006, 20). Este postulado cobra mucha relevancia para el caso concreto de esta investigación, pues se busca emprender la enunciación desde las subjetividades y como lo mencionaba Pollak, desde una suerte de *base común*, porque ella permite la posibilidad de la escucha mutua y rompe (de cierto modo) el silencio preexistente.

En las construcciones subjetivas de elaboración de experiencias postraumáticas como podría ser el posconflicto, tanto lo dicho como lo no dicho juegan un papel importante y confuso, el lenguaje se convierte en un elemento de impotencia porque es la forma de distanciar aquello que no puede ser distanciado y es allí donde emana el discurso interior que tiene que ver con todo lo no dicho y la mediación con lo decible, como lo menciona Olievenstein (1988), se autorregula “*aquello que el sujeto se confiesa a sí mismo y aquello que puede transmitir al exterior*” (Olievenstein 1988 en Pollak 2006, 24)

1. Sobre las percepciones, pertenencias y subjetividades

Si el silencio y la dificultad de hablar está presente en todas las personas sometidas a victimizaciones, en los jóvenes existe una mayor tendencia a mostrar una aparente apatía, por razones como la excesiva responsabilidad que se les deposita al ser vistos como los portadores y constructores de futuro, la no inclusión en la política, la no inclusión en la construcción de sociedad (hechos que evidentemente van en contra de la entrega de la responsabilidad del futuro). En la percepción del tiempo, la construcción de futuro no es una prioridad por parte de estos jóvenes, el futuro está contemplado principalmente en un carácter inmediato o cercano, en cambio, suelen centrarse en la construcción del presente y más concretamente, de su presente, una vez incidido éste, ellos piensan en la ampliación de su incidencia, pero el punto de partida son ellos mismos, el aquí-ahora. El después viene sujeto a formas de relacionamiento y experiencias compartidas.

Esa exclusión se acompaña en muchos casos de estigmatizaciones generalizadas que provienen de otros sectores de la sociedad, desconociendo las grandes potencialidades con las que cuentan los jóvenes en materia de participación. Motivo por el cual, yo me inclino a exaltar esas fortalezas participativas y experienciales incluyéndome en dicha población y construyendo subjetividades junto con ella. Bermúdez, Espejo, Patarroyo y Peña (2013), no se refieren a la juventud como aquella colectividad encasillada en un marco de edad específico, en cambio, opinan que los elementos que dan una identidad juvenil están asociados a lo simbólico, lo intelectual y lo social, siendo estos los elementos que orientan sus maneras de “*existir en el mundo*” (Bermúdez, Espejo, Patarroyo y Peña 2013, 37) y por supuesto de asumirlo, de entenderlo, conceptualizarlo y nombrarlo.

El lastre de la violencia ha influido considerablemente en la configuración de eso que Bermúdez y su equipo de investigación denominan como *maneras de existir en el mundo*, pues hace parte de su aparataje y construcción de lo simbólico, lo intelectual y lo social. En primer lugar está en concordancia con los planteamientos de Pollak previamente descritos y según lo ha demostrado mi propia experiencia etnográfica en el acercamiento a los jóvenes de la ONG RET¹⁰ una dificultad de nombrar lo violento y la experiencia traumática y por ende el posconflicto, pues además de ser un proceso que se da en un contexto de violencia vigente,

¹⁰ Refuge Education Trust. Es una Organización Internacional de corte humanitario, interesada en la protección de jóvenes en condiciones de vulnerabilidad. Sus programas se basan en criterios de educación y habilidades para la vida

éste necesariamente obliga a un ejercicio de memoria que los jóvenes o cualquier persona sometida a eventos traumáticos realizan introspectivamente y que difícilmente exteriorizan por medio de la palabra. Transmitir por medio del lenguaje los aspectos relacionados con el trauma o el dolor, cuenta con la importante misión de ayudar a encontrar nuevamente un lugar en el mundo y aportar en la transformación de experiencias violentas y dolorosas, lo cual es exaltado no sólo por Pollak, sino también por diversos autores y por los mismos interlocutores.

Veena Das aborda la problemática del sufrimiento discutiendo los planteamientos de Koselleck y Achille Mbembe, acuñando que centrarse en el trauma y el sufrimiento puede generar comunidades de resentimiento, que suelen ser patologizadas inhibiendo las posibilidades de transformación, de expresión liberadora o escritura reconfiguradora de la historia y las colectividades (Das 2008, 153-154).

Mbembe nota una dificultad considerable con respecto a la escritura y en particular con la escritura "*auténtica*" de las colectividades, como resultado de la forma en que se dispone a las personas para narrar experiencias históricas de hechos victimizantes y de esclavitud en África, pues no enfrenta directamente al sufrimiento, permitiendo al sujeto encararlo desde sí, o como lo expresa Das "*no ha sido capaz de enfrentar el sufrimiento en la historia de una manera que pudiera llevar al nacimiento del sujeto*" (Das 2008, 155).

Al no encararlo, la palabra sigue sin aparecer y cuando tiene lugar o es inducida por alguien más, sea este terapeuta, investigador, docente, madre o amigo, normalmente es muy reducida y evade ciertos temas de manera muy directa. Esto por ejemplo ocurrió cuando dialogué con uno de los jóvenes de RET, Echelon, quien a pesar de ser una persona que se autodenomina extrovertida y que en efecto da muestra de una actitud muy sociable, veía limitado su discurso cuando se tocaban temas como la violencia y el posconflicto a través de su historia de vida, y esto no lo atribuyo a una falta de confianza, pues el grado de afinidad con el joven es amplio y el proceso de acercamiento fue gradual y sostenido, compartiendo incluso espacios de interacción social como la fiesta, el deporte y caminatas por la ciudad de Quito. Ciertamente podría decirse que se construyó un lazo de amistad, pero este no garantizó la fluidez en diálogos sobre los temas en mención. Es algo de lo que simplemente no se habla, son historias que no se cuentan ni siquiera entre un colectivo con unas características comunes que inciden

en su configuración de identidad como colectivo joven: la migración por efectos de la violencia y la solicitud de refugio en Quito.

Para entender estos silencios o esa poca efectividad del lenguaje al nombrar experiencias dolorosas, es necesario en primer lugar y según lo afirma Mbembe, identificar la condición del sufrimiento en la historia de las colectividades afectadas y la manera en que la violencia da forma a las subjetividades. Para ello, el autor, sugiere que se tomen algunos casos históricos como punto de comparación, estos serían: el holocausto, el apartheid y la esclavitud, pues los tres representan formas de *sufrimiento originario*, se caracterizan por una *expropiación del yo* por parte de fuerzas *innombrables* y constituyen un atentado contra la vida misma. En este sentido la vida de las personas queda inexplorada. En aras de lograr explorar ese elemento se debe indagar en la propia construcción de identidad, es decir las representaciones que los colectivos hacen de sí mismos, lo que implica vencer una serie de denegaciones, por ejemplo, no se debe poner el carácter de víctima por encima del de sujeto, pues da fuerza a la categorización exógena y no a la auto-representación. (Mbembe en Das 2008, 155). En lo que se refiere al factor originario, en el caso de Colombia, este es variable y se puede considerar el sufrimiento, el trauma y la violencia como originarios en todas las personas que no sean mayores de 60 años, que es el período en el cual ha tenido presencia un conflicto político propiamente dicho.

Además de lo anterior, es necesario reconocer las temporalidades de los sucesos hostiles, traumáticos o de vulneración, porque son aspectos muy relevantes en el emprendimiento de procesos de reivindicación y superación o de enfrentamiento del sufrimiento y el trauma, lo cual constituiría una manera propia de generación de un “después del conflicto”. En todo esto, el papel de la memoria es decisivo ya que confiere un significado originario y dota de comprensión a los sucesos (Mbembe en Das 2008, 156). Ello, desde mi propia postura, permite identificar las situaciones traumáticas, configurar la identidad colectiva y emprender procesos de transformación, resignificación y resistencia.

En la interpretación que hace Das de Mbembe (2008), en el proceso de construcción y escritura del yo, se abre la posibilidad de una promesa de construcción de comunidad futura. En el caso africano esto no representa un aspecto positivo, ya que se basa en la premisa de que los modelos de identidad se ubican en “*un descubrimiento del pasado*” (Mbembe en Das 2008, 156-157). Das asume que esa noción de pasado, está dotada de un carácter lineal en

términos temporales y limita la apropiación del pasado de devastación y los emprendimientos de procesos de duelo. En este orden de ideas y desde mi lectura, el punto ideal para las representaciones desde las propias comunidades, está en equilibrar el pasado con el futuro sin brindar mayor importancia a uno u otro, porque de otro modo, como lo sugiere Das: *“si escribir el yo se refiere a la construcción de una comunidad futura, entonces su significado, tanto en su sentido literal como figurativo, se deja sin explorar”* (Das 2008,157). A lo anterior, yo agregaría que la integralidad del yo, sea este individual o como expresión de una comunidad con características y experiencias compartidas que dan lugar a la subjetividad, está compuesta por el reconocimiento de un pasado y un presente y la planeación o posibilidad de un futuro. Esta acotación puede parecer lineal, pero sin duda la temporalidad atraviesa al yo, aunque necesariamente asume condiciones y características diferentes de individuo a individuo, variando los tiempos mismos de cada proceso. Pese a ello, las autorepresentaciones son el resultado de experiencias compartidas en esos tres estadios temporales (pasado, presente y futuro) aunque los tiempos y procesos individuales en cada uno de esos estadios sean variables.

Recuerdo perfectamente que en el taller que propuse a mis interlocutores, en el cual usamos un ejercicio de generación de videos desarrollados por ellos, que abordarían sus historias de vida, algunos de ellos expresaron que eso a nadie le importaba, como es el caso de Camilo, quien en el mes de enero por decisión de sus padres retornó a Colombia, como resultado de dificultades económicas experimentadas en Ecuador. Este punto me deja la inquietud de si en el caso de Camilo y su familia, la posibilidad de ver mejores expectativas económicas en Colombia tras la elevación del dólar y la baja del petróleo, aunadas a un proceso de diálogos de paz con las FARC, indican una credibilidad o esperanza en el posconflicto como se plantea en el discurso dominante, acompañada de sus propias elaboraciones de las experiencias dolorosas y una posible armonización de los tiempos (pasado, presente y futuro).

Su prematura partida, no posibilitó la indagación al respecto, sin embargo y aunque especulativo, este hecho da pie a por lo menos contemplar la posibilidad de que en su caso el posconflicto es una realidad que se presume alcanzable. Esto lo digo porque volver a un país expulsor, que en algún momento puso en riesgo su vida o la de sus seres queridos, fracturó sus tejidos sociales y violentó sus derechos, no es sencillo, ni pensable, a menos de que la situación de riesgo que dio lugar a la migración se vea como algo superado o en un estado de latencia mínimo que no sea considerado amenazante. Incluso la sola posibilidad de considerar

mayor factibilidad de crecimiento económico dice mucho sobre ello, pues las *vacunas*, como se le llama coloquialmente al cobro que se hace en Colombia a comerciantes, dueños de locales y trabajadores, por parte de grupos armados diferentes a las figuras estatales como contraprestación por una supuesta seguridad que no garantiza el Estado, drenan considerablemente las economías locales y familiares, y en este orden de ideas la economía se torna no sustentable.

Este caso, guarda muchas conexiones con una exploración hecha por Das, quien intentando entender “*cómo enfrentar la violencia que es vista como un testimonio contra la vida misma*” (Das 2008, 159), indagó sobre la forma como algunos sobrevivientes de la violencia de 1984 en la India, pudieron rehabilitar de nuevo el sitio, basándose en las formas cotidianas del sobrevivir: “*tener un techo para cobijarse, ser capaz de enviar a sus hijos a la escuela, se capaz de realizar el trabajo de todos los días sin el temor constante de ser atacado*” (Das 2008, 160). Lo encontró fue que la construcción del yo para esa comunidad no se basaba en los remanentes de un pasado temeroso, sino en la intensión y esmero por hacer habitable la cotidianidad. Eso mismo ocurre con Camilo y su familia, retornaron para rehabilitar su cotidianidad.

Otro caso es el de Karol L, quien manifestó con algo de sorpresa para sí misma y podría decirse que también con algo de emoción (dada la manera como lo verbalizó): “*¡mi historia no la conoce nadie!*”. Su actitud y su expresión deja entrever dos cosas: que efectivamente no se habla sobre los eventos violentos y que trajo al plano consciente el hecho de que comparte aspectos con más compañeros, hecho último que se constituye como un factor determinante en las construcciones de identidad, agremiación y participación en la población joven, dando paso a acciones de resistencia, de incidencia, empoderamiento y expresión de sus subjetividades, permitiendo de este modo la generación y evidenciación de sus propias posturas, visiones y construcciones que implique un proceso paralelo al posconflicto discursivo (intangibles en el plano real de las personas), esto es, sus propias elaboraciones y procesos de superación de las experiencias violentas.

El último aspecto me remite nuevamente a Bermúdez, Parra, Patarroyo y Peña (2013), quienes a través de su estudio “*Construcciones de Subjetividades en Procesos de Participación Juvenil e Incidencia en el Desarrollo Comunitario*”, lograron identificar que las agremiaciones juveniles tienen lugar a pesar de los efectos cambiantes del mundo

globalizado, debido a dimensiones comunes de unión, como es el caso del sentimiento de compañía y aceptación que se genera tras unirse. En pocas palabras existe una necesidad de interactuar con el otro sintiéndose aceptado y perteneciendo a un grupo, como es el caso de *Jóvenes X*, adscrito a RET, un grupo de jóvenes y niños entre los 10 y los 26 años de edad, de diversos orígenes de Colombia, que se encuentran en la ciudad Quito bajo la condición de refugiados y que en lugar de acudir a clasificaciones como las anteriores, apelaron a una nominación que no los encasilla (X), dando a entender que son ante todo jóvenes y lo último que quieren es seguir cargando con estigmas.

Dentro de los aspectos que motivan a un joven a participar de un proceso grupal, se encuentra también la cercanía con las temáticas que se abordan al interior de un grupo, esto en particular supone un reto cuando hablamos de memoria, violencia y posconflicto, temas que se escapan a la nominación ordinaria y al diálogo recurrente y no representan un aspecto muy llamativo para los jóvenes en un primer momento, pues se encuentran solapados por el trauma y su difícil nominación. Sin embargo, al cruzarse con otros aspectos motivacionales, estos temas poco a poco van ganando interés, esto depende de la manera como se enfoquen, es por ello que la lúdica y la corporeidad se constituyen como elementos fundamentales en este sentido, pues una de las herramientas más ricas de expresión en los jóvenes es precisamente la corporalidad, no solo porque su cuerpo en si experimenta diversas transformaciones sino porque es un escenario de sus estéticas, de sus pasiones y de sus formas de individualidad. El cuerpo es una forma de darse a conocer, y ese mostrarse ante los demás “*tal y como son*” (Bermúdez et al 2013, 42) es otro de los factores de motivación de pertenencia y participación.

Un elemento más es la vivencia de experiencias personales que puedan ser compartidas a otros como un mecanismo de prevención, es decir, para evitar que otras personas pasen las mismas dificultades experimentadas por ellos en algunos momentos de sus vidas. Sumado a lo anterior, está el hecho de que existan espacios de denuncia y reflexión, contrario a lo que muchos piensan, los jóvenes son altamente reflexivos y cada día están construyendo su personalidad con base a sus experiencias, es por ello que los ejercicios que propician la memoria aportan a ese camino de autoconstrucción, porque aunque representan un retorno al pasado que normalmente no es deseado, esto les permite comprender su presente.

Pese a las diversas motivaciones que tienen lugar en procesos reflexivos y de participación, la vinculación inicial no se da en un grado de consciencia amplio frente a las problemáticas, ideologías y militancias, sino que está asociado más a expresiones estéticas y relacionales. Este es el punto de enganche, luego las motivaciones se van extendiendo y diversificando, y el crecimiento personal dentro de los colectivos va delimitando la pertenencia y el accionar individual, dando lugar a las subjetividades propias y compartidas. En pocas palabras el punto inicial de vinculación y de construcción de subjetividades es el “*pertenecer a algo*” (Bermúdez et al 2013: 45). Traigo a colación este punto porque la concertación (no la elección exclusivamente) de mis interlocutores, se basó mucho en este criterio y en el de afinidades, pues de un grupo bastante heterogéneo: de 25 personas en el que se incluían niños, adolescentes y jóvenes de diferentes lugares de proveniencia, filiación poblacional, gustos, niveles económicos, educativos. Se priorizaron tres personas, que si bien siguen teniendo gustos, orígenes y edades diferentes, poseen más afinidad entre ellos y conmigo, lo que sin duda, aporta a la generación de pertenencia y deseos de participar. Los antecedentes de trabajo con ellos dentro de la institución a la que se vinculaban (RET), y otros colectivos que la hubiesen precedido, también tienen mucho que ver con sus deseos de vincularse a nuevos colectivos. Por otro lado y como un elemento de tensión en el proceso de concertación de los participantes, se encontraba el hecho de que el grupo es diverso.

Como uno de los elementos más importantes de las subjetividades, de las formaciones de sentidos y de la pertenencia, se destaca la posibilidad de incidir en los contextos, lo cual se deriva de las transformaciones personales que tienen lugar en el proceso de pertenencia a un grupo. El individuo busca afectar su entorno (Bermúdez et al 2013, 52), no sin antes afectarse a sí mismo, en otras palabras el individuo a través de los procesos personales que generan transformaciones y sentidos de pertenencia en él, busca después de ello incidir en sus contextos más cercanos, lo cual se va ampliando progresivamente.

La pertenencia se vuelve finalmente una forma de relacionarse consigo mismo y con los demás, tornándose un proyecto de vida. Así pues, en la entrevista sostenida con Echelon, en la cual narraba su historia de vida, se revelan algunos de los elementos mencionados en relación a la pertenencia y una subjetividad específica, mucho más aun sobre la dificultad de narrar la violencia, lo cual se expresó también en los gestos y los silencios, que por cierto fueron muchas veces interrumpidos por mí, entre inseguro y ansioso, a razón de que en el momento en que se realizó la interlocución, no los tenía contemplado como parte esencial del proceso

de expresión subjetiva de la violencia y del posconflicto. Este error permitió visibilizar precisamente la importancia del silencio, lo que pude entender una vez que revisé los videos captados por la cámara, la cual fue utilizada como diario de campo.

2. Un error como motor autoetnográfico

No es frecuente visibilizar los errores en una investigación, pero en este caso y como se trata también de un ejercicio autoreflexivo, el error representa una fortuna, pues permitió evidenciar al silencio como algo muy importante y también permitió entender algunos aspectos que marcan mi propia conducta, expresión e interacción, como joven colombiano, en relación a los temas asociados a la violencia y la superación de la misma. Pude ver que la ansiedad se incrementa en mí al tocar los temas y que existen elementos no resueltos con relación a lo mismo. Es por ello que todo el proceso también ha significado un autoconocerme desde la relación con el otro, asumiendo también sentidos de pertenencia y anhelos de incidencia en los contextos.

Las siguientes líneas son precisamente un resultado del proceso autoetnográfico desde la interacción con los jóvenes refugiados y el abordaje de la violencia y los procesos de elaboración y resolución de las experiencias de violencia en Colombia. En la fase de escritura de los primeros capítulos de la investigación el rendimiento no fue el mejor, es decir, me dispersaba con frecuencia, no había claridad mental para redactar y el avance era mínimo, esto se debía precisamente a que en mí también estaban presentes esos silencios y esas limitaciones del lenguaje para expresar la violencia y traducir las emociones al texto y pude de esta manera localizar algunos de mis conflictos irresueltos frente al tema.

Este es pues el resultado de un ejercicio experimental, en el que todo el tiempo, me transparento, me entiendo un poco más, en el que además se construyen nuevos tejidos sociales cuando asimilamos conjuntamente realidades del colectivo participante y nos sentimos parte de.

Conocernos y reconocernos conociendo y reconociendo al otro y sus historias de vida, que de algún modo compartimos, es una manera de hablar aquello que callamos, o de expresarlo de formas diferentes, pero sobre todo es un ejercicio autobioetnográfico de carácter grupal, que resulta del juego de armar un *puzzle* desde unas subjetividades que se inscriben en el grupo mayor. Esto nos hace ver el principio de la humanidad y notar que cada uno, como ser

humano, lucha, sufre, siente, ríe. En este punto, quiero traer a colación un interrogante que se hace Bourdieu en su texto *La Miseria del Mundo*: “¿Cómo no experimentar, efectivamente, un sentimiento de inquietud en el momento de hacer públicas ciertas palabras privadas, confidencias recogidas en un vínculo de confianza que sólo puede establecerse entre dos personas?” (Bourdieu 1999,1).

Si bien, como lo dice Bourdieu, los interlocutores nos dieron la confianza para hacer uso de sus palabras y sus gestos, el contrato de confianza está lleno de exigencias, como ocultar datos que permitan identificarlos y principalmente, asegurar o intentar al máximo, que la exposición de esas palabras sea clara, minimizando las “*tergiversaciones de sentido*” (Bourdieu 1999,1).

El punto clave para lograrlo está en comprender al interlocutor y de esta manera hacer respetuosa la transmisión. En términos de Bourdieu comprender y dar garantías de comprensión, implica ofrecer los medios necesarios para ello, esto es “*manifestarse sin el menor disimulo y esforzarse sin cesar por hacerse olvidar*” (Bourdieu 1999,1). Logrando de este modo acercar puntos de vista diferentes, lo cual puede ser conseguido desarrollando una transcripción transparente y en los diálogos previos a ella dirigir al lector a los puntos relevantes que el interlocutor quiere transmitir pero que pueden pasarse por alto ante una mirada distraída o descontextualizada, es por ello que se deben recordar los condicionamientos del autor del discurso, así como los énfasis que pueden perderse en la transcripción, tales como entonaciones, silencios y gestos (Bourdieu 1999,2). Este punto es muy importante en esta investigación, ya que el silencio juega un papel fundamental en los procesos de elaboración de las experiencias violentas. En cuanto al transcriptor o autor de la interpretación, éste debe procurar conciliar los elementos del análisis que emite el interlocutor y sus propias posturas, para no proyectarse de manera inadecuada (Bourdieu 1999, 2).

Los puntos que propone Bourdieu, son un tanto complicados en el caso concreto de ésta investigación, pues como él mismo lo menciona, el comprender está por encima de la emoción: “*No lamentar, no reír, no detestar, sino comprender*” (Bourdieu 1999,1). Pero la comprensión de interlocutores sometidos a eventos traumáticos y de violencia, es lograda desde el sentir y la interlocución no puede tener lugar sin la transversalidad de los sentimientos, por ello colocaría al comprender y al sentir de manera horizontal. En ésta ocasión, se trata de una investigación etnográfica que en sentido estricto es una construcción colectiva en la que todas las personas participantes tienen un rol activo e igual de importante,

aunque expreso la experiencia colectiva desde mi propia interpretación, que en última instancia es inducida por los “otros” y se constituye de manera simultánea como una forma de interpretarme.

Como lo plantea Clifford, “*con las comunicaciones expandidas y las influencias interculturales, la gente interpreta a los otros, y se interpreta a sí misma*” (Clifford 2001,40).

Por razones como las anteriores, asiento con Clifford cuando afirma, valiéndose de Deleuze y de Foucault, que la teoría debe ser empleada como una *caja de herramientas* y no como un sistema, dentro de esos utensilios, la etnografía es muy valiosa en términos sensitivos y la observación participante obliga a “*experimentar, en un nivel tanto intelectual como corporal, las vicisitudes de la traducción. Requiere un arduo aprendizaje del lenguaje, y a menudo un desarreglo de las expectativas personales y culturales*” (Clifford 2001, 41).

En aras de resaltar el carácter colaborativo de este proceso investigativo, he optado por dar relevancia a la citación “extendida o suficiente” de los comentarios y expresiones de los demás interlocutores, teniendo en cuenta que para el caso concreto yo también soy uno. Es decir, la intención es que el texto sea heteroglósico, tal y como lo sugiere Clifford: “*si se les acuerda un espacio textual autónomo y se transcribe en longitud suficiente, las afirmaciones tendrán sentido en términos diferentes a los del etnógrafo que las manipula. La etnografía estará invadida por heteroglosia.*” (Clifford 2001, 71).

Esa heteroglosia es una estrategia textual alternativa que hace participes y coautores a los interlocutores, lo cual es llamado por Clifford como *utopía de la autoría*, pues en primer lugar el investigador asume una posición *editorial ejecutiva* y en segundo lugar “*la instancia autoritaria de <<dar voz>> al otro no es trascendida por completo*” (Clifford 2001,71).

En este proceso investigativo, utilicé distintos dispositivos: por un lado está la experiencia de aproximación etnográfica y el establecimiento de lazos de confianza con los demás interlocutores (acá tienen lugar actividades presenciales y otras virtuales –por medio de la interacción en redes sociales–), y por el otro, se encuentra la expresión de subjetividades desde múltiples formas de elicitación, como asociaciones de objetos, utilización de los sentidos, cartografías corporales, entre otras, que fueron registradas en video usando la cámara como diario de campo, pero también entregándola a los interlocutores como una herramienta

posibilitadora de expresiones y de vinculación de más interlocutores, es decir, los jóvenes que hicieron parte del proceso, incluyeron a más interlocutores y replicaron y amplificaron las experiencias. En este punto fueron de gran ayuda los aportes de Rouch con respecto a su enfoque metodológico participativo y la inmersión y aproximación al campo previa a la introducción de la cámara en él. En palabras de Rouch *“el etnólogo debe pasar un largo tiempo en el campo antes de llevar a cabo la más mínima filmación. Este período de reflexión, de aprendizaje, de entendimiento mutuo, puede ser extremadamente largo”* (Rouch 1995, 95). No hay un tiempo específico para este cruce de subjetividades, en mi caso, el proceso de aproximación y establecimiento de lazos antes de iniciar con la cámara en campo fue de 5 meses, desde octubre de 2015 a febrero de 2016 y aun así siento que pudo haber sido mayor el tiempo destinado a ello, sin embargo, fue suficiente para que procesos de reflexividad y antropología compartida tuvieran lugar.

Apareció en mí al abordar el tema de la violencia una sensación de congoja sin ningún motivo aparente, pero al mismo tiempo se me hizo visible que no estoy sólo, que no estamos solos, y ahí se deja ver el motivo que no parecía aparente. Los silencios, la evasión, reforzaron en algún momento esa sensación, pero al mirarlo con detalle y compartir más con los jóvenes interlocutores, me di cuenta que es precisamente eso lo que nos hace no estar solos. Todos tenemos algo que elaborar con respecto al conflicto, generamos nuestros propios espacios de “posconflicto” o elaboración de experiencias dolorosas producto de la violencia. Por ejemplo en mí también hay duelos, hechos victimizantes y otros elementos que traen consigo la violencia. Saber que en el mismo proceso estamos varios da fuerza. Pensar en una colectividad construyendo y entendiendo, da esperanzas, genera sensación de utilidad. Algo así como: teniendo claro que nuestra condición común es la humanidad y un contexto de origen afín, con realidades sociopolíticas particulares que han generado afectaciones a nivel económico, material, simbólico, cultural y psicológico, permite entendernos y entender al otro, desmontar lo que Blair llama *“ver al otro como un enemigo”*.

Este pensarme con los otros y el permitirme sentir y transparentarme, es ciertamente un proceso reflexivo que no hubiera podido tener lugar sin el tiempo previo de establecimiento de lazos y de aproximación al campo, si la inmersión hubiese sido inmediata o sin esos cinco meses, lo más factible es que el proceso tomara un tinte de interlocución instrumental y no me hubiera cuestionado, indagado ni interpelado y mucho menos se hubiesen generado subjetividades conjuntas.

Un encuentro reflexivo y multisubjetivo tuvo lugar, y en ese punto, pudimos darnos cuenta que si bien no existe un “posconflicto” como lo plantean discursivamente, podemos hacer algo por nosotros, que nos podemos entender y ser entendidos y al hacerlo podemos generar cambios. Nunca hablamos de ello o lo hacemos de formas convencionales, respondiendo a las necesidades específicas del momento: una prueba escrita, un ensayo, una actividad académica, una pregunta de un tallerista de una ONG, una actividad de un programa comunitario, barrial o del grupo de jóvenes, lo que hace que se convierta en una obligación y no un acto espontáneo. La posibilidad de ser espontáneos aplica desde mi sentir, un cierto analgésico a eso que no se quiere nombrar. Y lo podemos expresar sin miedo porque no tenemos que ser directos, podemos usar nuestro cuerpo, nuestros gestos y hasta nuestros silencios.

3. Relación del ejercicio reflexivo, con las experiencias y formas de nombrar de los otros

No sé si los demás piensan de manera idéntica a mí sobre este punto en particular, pero muy seguramente si existen puntos de encuentro. Por ejemplo, en una de las interlocuciones con Echelon me manifestaba lo siguiente:

“... Es algo muy crítico quedarte acá y conocer las historias de otras personas que han sido desplazadas. Cachas que al estar acá e integrarme con personas que han sido desplazadas de su país por violencia y todo, tal vez eso fue lo que me motivo a quedarme...Sólo que acá en Ecuador sentís una tranquilidad que tal vez no tenés allá.” (El final de su comentario estuvo acompañado por un pequeño silencio). (Echelon, Octubre 20 de 2015).

Es posible ver en el discurso de Echelon, que él hace alusión a una crisis, que evidencia cuando conoce a personas en su misma condición, no obstante después de conocer sus historias, se motiva a quedarse en Ecuador y abre la posibilidad a sentir tranquilidad, pues con sus compañeros, cuando ha tenido lugar, ha podido ser espontáneo y pudo hacerlo porque se conoció, conociendo un poco sobre ellos. Pese a ello, el silencio que se da al finalizar su comentario revela cosas irresueltas con respecto a su pasado conflictivo en Colombia, lo cual se puede constatar cuando revela lo que se trajo de Colombia a Ecuador:

“ ¿Qué me traje? Recuerdos y los patines que me regaló mi viejo siempre los he cargado y aun los tengo. Y pues, me traje a parte de eso, malos recuerdos, sabría decirte. Es algo que

por más que trates de olvidar nunca los vas a sacar de tu mente, o sea, no es como que formateas una computadora y listo, no es así de sencillo". (Echelon, entrevista realizada el 20 /10 / 2015).

También es posible notar que sus comentarios se caracterizan por su brevedad, no son extendidos, intentan responder lo justo, y esto se debe precisamente a esa dificultad que existe a la hora de nombrar sucesos que han marcado la vida de manera negativa, pero que según lo expresa están siempre presentes.

Existe una necesidad de olvido, que se expresa en la dificultad para nombrar y en esa inefabilidad de los eventos traumáticos o las experiencias violentas. La recordación y la nominación, pueden tener lugar y pueden ser positivas, pero con el manejo y las condiciones adecuadas, por ejemplo, por medio del establecimiento de "*comunidades emocionales*", las cuales desde la perspectiva de Myriam Jimeno, "*alientan a la recuperación del sujeto y se convierten en un vehículo de recomposición cultural y política*" (Jimeno 2008, 262).

La recomposición política a la que hace mención la autora, se refiere a la recomposición de la acción de las personas como ciudadanas. No obstante es un camino difuso, pues es claro que las violencias afectan la confianza en sí mismo y en los demás, fracturando el tejido social. Entonces, para superar aquella desconfianza y aquella fractura es necesario que el sujeto se recomponga como ser emocional y para ello es necesario que la experiencia sea compartida de manera amplia, lo que va a permitir recomponer también la comunidad política (Jimeno 2008, 262).

Veena Das en su texto "Violence and subjectivity" (1997) "*critica los modos reduccionistas del habla sobre la violencia e invoca la necesidad de que las ciencias sociales exploren alternativas que hagan justicia a la experiencia subjetiva del dolor*" (Jimeno 2008: 262). Tal exploración, aunque importante, posee una serie de implicaciones, por ejemplo, Jimeno se refiere a ellas por medio de la relación entre "*lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia*" (Jimeno 2008, 62). Es precisamente eso, lo que se buscó en esta investigación.

Das, en varios de sus artículos y publicaciones toca el tema de e lenguaje y la experiencia del dolor, argumentando que existe casi una imposibilidad en el lenguaje para "*dar cuenta del*

sufrimiento personal”, por lo que da un valor importante al silencio o “*el hecho de callar*” (Jimeno 2008, 264).

Este punto es discutido desde la incapacidad para contar el dolor, esa característica inenarrable o inefable, se evidencia en numerosas expresiones comunes en nuestras sociedades como por ejemplo, “*no tengo palabras para contarlo*”, expresiones similares también son apreciables en la ficción y en la literatura, siempre se topan con metáforas o eufemismos para contar el sufrimiento sin que se logre dar cuenta global del fenómeno traumático o de sufrimiento, por ejemplo cuando los autores mismos reconocen no ser capaces de narrar con precisión los hechos o encerrarlos en una sola palabra, como es el caso de la poetisa Wisława Szymborska: “...*Quiero que esta una sola palabra esté siempre impregnada de sangre, que como los muros del calabozo encierre en sí la tumba colectiva (...) Nuestra habla es endeble, sus sonidos de pronto: pobres. Con empeño busco ideas, busco esta palabra, y no la encuentro. No la encuentro.*” (Szymborska 2002 en Jimeno, 2008: 265).

Lo mismo ocurrió con mis interlocutores, permanentemente aparecían frases o expresiones como, no sé, balbuceos, titubeos, silencios, o “*no es así de sencillo*”. Ideas similares sobre la insuficiencia de la palabra están presentes en diferentes analistas sobre el tema de violencia, esto ocurre por ejemplo cuando Veena Das valiéndose de los planteamientos de Wittgenstein, postula que el lenguaje es una *corporificación de las palabras*, esto se debe a que existe en la imaginación la representación del dolor compartido, por ello cuando alguien dice “*tengo dolor*”, realmente clama por la *comprensión de otros*, pero su expresión hace que el lenguaje sea insuficiente. (Jimeno 2008). Dada esa insuficiencia del lenguaje oral, se emplearon otras formas como cartografía corporales de la violencia y el dolor, elicitaciones con fotos y con video, evocaciones con ejercicios lúdicos, etc.

Junto con la evasión a nombrar, que más es una respuesta normal a situaciones anormales experimentadas, está la figura del viaje, del movimiento continuo, de la desterritorialización. Se trata de otro de los principios compartidos entre los jóvenes refugiados, todos debieron dejar sus lugares de origen y llegar a un nuevo destino, que sin dejar todo atrás obligaba a adaptarse a cambios culturales. Este es un fenómeno que bien se ve en lo que en el capítulo uno nominaba como el fenómeno de la diáspora colombiana, que tiene que ver, como ya se dijo, con la posibilidad de poder encontrar un colombiano en cualquier parte del mundo. El viaje resulta ser entonces una medida de protección, una estrategia personal como una forma

de solución al conflicto experimentado. En este orden de ideas, los nuevos lugares se ven como la forma de salir de diversas dificultades causadas por vivir el conflicto armado, incluidas las de tipo emocional.

4. El viaje, otra forma de narrar, un anclaje y una fuga, una secuela y una solución

El viaje está siempre presente en sus discursos, por ejemplo Echelon solicitó reasentamiento en Nueva Zelanda, donde pretende estudiar biología marina y Mr.B contrajo matrimonio con una europea y se fue a vivir con ella a Alemania. Otro ejemplo de la importancia de los viajes lo da el mismo Echelon quien al preguntarle sobre las fotografías que conservaba del pasado, mencionó que las había quemado y que solo conservaba una, la de un viaje a las islas de San Andrés. Elemento que es digno de ser tenido en cuenta, pues estas islas representan un paraíso tropical de tranquilidad y disfrute, podría decirse que junto con el departamento del Amazonas, son las zonas de mayor difícil acceso pues solo es posible llegar a través de aire. Esto hace que no hayan sido tan golpeadas por la violencia colombiana, pues en términos de confrontaciones armadas la movilidad y capacidad de fácil ocultamiento y acceso son relevantes.

En esos procesos de movimiento y readaptación a los que obliga un reasentamiento, es importante sentirse parte de, como se mencionaba en la parte inicial de éste capítulo, es por ello que en los lugares a los que ellos quieren llegar debe haber por lo menos algún familiar o alguien conocido, pese a que muchas veces con esas mismas personas que conocen en un lugar al que pretenden ir, hayan tenido serias discusiones y rupturas afectivas. Así lo revela Echelon, cuando conto que llegó a odiar a su padre por considerarlo el culpable de sus afectaciones y de los hechos victimizantes, no obstante en Nueva Zelanda, que es el lugar donde le fue aprobado su reasentamiento, se encuentra instalado su padre.

Lo anterior nos conduce entonces a otro factor que debe ser tenido en cuenta y que se relaciona con las rupturas del tejido social y la dispersión de la familia, pues en la totalidad de los casos, los y las jóvenes tienen familiares en diferentes partes del mundo, incluida Colombia, esto me invita a pensar en el viaje constante como una suerte de reunión familiar, es decir estar en un solo lugar implicaría estar solo o con un solo familiar de manera permanente, lo cual tampoco ocurriría en la vida familiar ortodoxa, por ello viajo a otros lugares y me reúno con más familiares, esto es de manera simultánea una forma de liberación pero también de apego. Liberación en tanto se visibiliza el viaje como una opción de mejora,

como una realidad no violenta, y apego porque es la manera de sentir nuevamente a la familia, de volver a concebirla unida como en algún momento.

Otras formas de expresión se dan en las redes sociales, las cuales hoy por hoy han ganado cada vez mayor importancia a nivel de interrelación y de enunciación de posturas personales, porque a pesar de ser tan públicas, ofrecen la posibilidad de la ambigüedad y del anonimato en medio de lo público.

Bien podrían ser una bitácora de viaje (sea éste un viaje físico o el viaje mismo de la vida), allí se muestra de manera directa todo lo que efectivamente se quiere mostrar, como los momentos felices, las cenas, viajes de turismo, los momentos agradables que se comparten con otras personas, entre otros aspectos; y de manera indirecta, sobre todo por medio del uso de imágenes, gifts y memes, todo aquello que no se desea mostrar de forma tan directa. El uso de imágenes generadas por otros, postear canciones, etc., permiten catarsis, expresiones de la pique, confrontaciones indirectas a puntos de desencuentro, entre muchos otros factores de carácter interno y netamente personal, que también se vinculan a tramas o redes de significación sociales (Pink 2012).

Las redes sociales virtuales, como lo señala Poliszuk, son para los jóvenes *“un escenario cultural constitutivo de lo político y configurativo de subjetividades. En un contexto de transformaciones profundas, internet se integra y se tensiona con otros ordenamientos que atraviesan el universo simbólico y la vida de los jóvenes”* (Poliszuk 2015,1).

Ese ordenamiento que refiere Poliszuk, cuenta con una particularidad muy interesante para el campo etnográfico que radica en la posibilidad de realizar abordajes desde una teoría de lugar (o no lugar) y la utilización de metodologías novedosas que tienen en cuenta al internet como un espacio multisensorial (Pink 2012,113).

Pink señala como otro elemento importante en el campo de las etnografías visuales, el creciente interés de los participantes de las investigaciones en prácticas basadas en la web, lo que hace que sea relevante tener en cuenta las expresiones y modos de interacción de los interlocutores en internet, pues como ella misma lo plantea: *“El internet se está convirtiendo*

en una parte de los <<lugares etnográficos>> en los que estamos implicados como etnógrafos visuales”¹¹ (Traducción propia de Pink 2012:114).

En el ámbito de una desterritorialización y de una reterritorialización causada por la necesidad de solicitar asilo político, como en el caso de mis interlocutores, la propiedad que ofrece el internet y las redes sociales de disociar a la etnografía de una sola localidad territorial (Pink 2012:105), ofrece no solo una ventaja analítica sino también la posibilidad de aprehender otras formas sensoriales y expresivas. Con esto me refiero a la generación de subjetividades que emana en las expresiones que mis interlocutores postean en su *Facebook* vs las interlocuciones cara-cara. El uso de las redes sociales les permite ubicarse multilocalmente o no circunscribirse espacialmente, hecho que es significativo si se tiene en cuenta que es una demanda permanente en ellos el reconocimiento de su condición de humanos antes que de refugiados o colombianos, esta es una exigencia que he podido ver tanto en el plano presencial como el virtual. Además está ese tránsito constante entre lo privado y lo público que ofrece el internet, la discontinuidad comunicativa y la posibilidad de asumir diversas identidades o una identidad flexible, por ejemplo es posible cambiarse el nombre cada vez que se desee, es posible elegir quien ve tus notificaciones, tus comentarios, tus amigos, etc. Esto ofrece ciertas libertades expresivas que en el plano físico no siempre son posibles, gracias a la condición riesgosa en la que se encuentran los jóvenes participantes sujetos de este estudio. Esas expresiones y formas de comunicación develan también ciertos legados conscientes e inconscientes de la violencia al igual que su lucha por enfrentar los sucesos traumáticos del pasado y en algunos casos, del presente, pues como se ha dicho la violencia sigue vigente y logra trascender fronteras, pero el hecho de que el internet no tenga esas frontera permite un grado mayor y a su vez mucho más complejo de expresión.

Lo anterior implica, como lo propone Pink entender la etnografía visual de internet a través de que conducen necesariamente a nuevas formas de explorar y apreciar lo multisensorial y su relación con la “*materialidad de la realidad*” (Pink 2012:115)

¹¹ Cita original: “ *the internet is becoming not something we engage with by doing a special kind of online visual ethnography, but part of the <<ethnographic places>> in which we become implicated as visual ethnographers* ” (Pink 2012: 114)

En las etnografías de internet el punto está en la conexión más que en la ubicación, como lo menciona Hine quien es referenciada por Pink para explicar la noción de *flujo del espacio*, así, en internet, “*los flujos de personas, objetos y comunicación viajan por todo el mundo*” (traducción personal Hine 2000 en Pink 2012:116) y apelan a la inclusión, que es la misma necesidad que señalan los jóvenes participantes, además es importante ver como el viaje se convierte en una opción para superar las adversidades y en un estilo de vida, pues el común denominador es que bajo la calidad de refugiados estén buscando reasentamientos, para residir en otros lugares, así mismo el viajar por internet, garantiza una medida de expresión eficaz en la que ni se exponen ni se ocultan, haciendo de las expresiones comunicativas un nicho de subjetividades sumamente rico. Esto guarda relación con la propuesta de Pink por tomar al lugar no como un espacio sino como un concepto teórico y, al ser internet un lugar indefinido es susceptible a análisis casi ilimitado (Pink 2012: 118).

Con las etnografías de internet e incluyendo la vinculación de sentidos o multisensorialidad, es posible trascender el encasillamiento y predominancia de los sentidos de la vista y el oído, que son lo que han sido considerados como más relevantes en la antropología visual, para de esta manera asir esas tramas de significación más complejas y que vinculan a la totalidad de los sentidos, hecho que es crucial a la hora de abordar temas como la violencia y superación de la misma, ya que en ese proceso se evidencian permanentemente ejercicios de memoria y “olvido”, en los que el habla y el lenguaje se tornan difíciles de aplicar, pues como se ha dicho existe cierta tendencia inefable e irrepresentable para los sucesos violentos y traumáticos. En esos casos, la enunciación no se da enteramente con la utilización de un solo sentido sino que se emplean todos, y cada uno de ellos expresa algo de esas experiencias, acudiendo a las marcas sensoriales guardadas en la memoria.

Siguiendo a Gutiérrez, “*Todas las culturas tienen formas particulares de construir multisensorialmente la experiencia*” (Gutiérrez, 2012:104). Se incluye dentro de este contexto la etnografía y la corporeización del conocimiento, que es una manera de acceso al mundo del “otro” (el propio cuerpo de la antropología se vuelve un instrumento de investigación).

La práctica etnográfica es una experiencia sensorial que no significa sentir la experiencia del otro sino que, implica comprender las categorías que construyen esa sensibilidad. Esa experiencia sensitiva del otro no está siempre dominada por la visión. No podemos reducir la cultura a un texto porque eso implica excluir al cuerpo y a la experiencia (Gutiérrez 2012:104).

Es precisamente esa inclusión del cuerpo y la experiencia lo que se pretende abordar, pero teniendo en cuenta el lenguaje cotidiano que hace alusión a la violencia interiorizada. En este caso por medio de estéticas mórbidas o de “*teatralización del exceso*” como lo mencionaba Elsa Blair (Blair 2005).

A continuación abordo algunos usos de imágenes por parte de mis interlocutores que revelan, formas bastante simbólicas en relación a la violencia, la muerte o la resistencia.

5. Imágenes en redes sociales, subjetividades, comunicabilidad y estéticas de lo mórbido

Con Blair, veíamos en el capítulo uno que la muerte hace parte del discurso, de la ritualización y el simbolismo de la violencia, que se torna como algo excesivo en la forma de producción de la violencia, pero también en la forma de enfrentarla (Blair 2005).

Si bien, las formas que expresan los interlocutores, no son directamente asociadas a la violencia política, si representan remanentes de la misma y **una cotidianización de la muerte**, que como bien lo expresaba Koessler, se ha incorporado al hábitus de los individuos (Koessler 2015).

Revisando los muros de Facebook de los interlocutores con los que he venido interactuando, puede percibir esa tendencia a la que hago mención y a la que tanto Blair como Koessler se refieren. Este proceso de acercamiento desde la red social fue una entre varias formas de acercamiento a las respuestas y las subjetividades, más no representa un espacio de profundización o una etnografía digital exhaustiva.

Saray, una joven colombiana de 14 años refugiada en Quito, posteó en su muro una imagen algo fuerte que denota un acto suicida, pero que no es infligido por ella misma, se trata de un brazo femenino sobre un cuaderno escolar ensangrentado, como resultado de varios cortes realizados en un amplio sector del antebrazo, muy cerca a la muñeca. El encabezado de esta imagen realiza una pregunta: “*¿harías esto por amor? Si lo harías (SIC) dale like*” (ver fotografía 3.1).

En la lista de comentarios de la imagen participan varios de sus amigos, todos ellos hombres, quienes afirmaron que no lo harían. Por su parte, Saray, quien también comentó su publicación, manifiesta: “yo lo haría”. El post cuenta con otra frase que sucede al “Dale Like” que dice: “¿celosa? No, solo cuidó lo mio” (ésta frase corresponde al nombre de la página de Facebook donde sustrajo la imagen).

Figura 3.1 Post de Saray asociado a estéticas de lo mórbido



Fuente: muro de Saray 16-01-16; disponible en: <https://www.facebook.com>

Es posible ver en la imagen de Saray una estética alusiva a la muerte, producto de una violencia autoinfligida, que según los comentarios es pensada no como un hecho sino como una posibilidad, es posible notar entonces, la presencia de la muerte como algo factible, el haber estado sometida a situaciones de violencia que en determinados momentos hubieran podido poner su vida en peligro, logra insertar a la muerte y la violencia en su habitus, expresada por formas de comunicabilidad digital y una estética de lo mórbido.

Barrero es otro de los autores que abordan los fenómenos estéticos excesivos con relación a la muerte y a lo atroz, para lo cual emplea como referente analítico la psichistoria de la violencia, la cual define como “la constelación de significados culturales construidos a través de la historia, acerca de las prácticas sociales violentas” (Barrero 2011, 14).

La imagen de Saray es precisamente una estrella de esa *constelación de significados* de la que habla Barrero, y aunque es difícil definir al suicidio como una práctica social violenta, si denota cercanía con la muerte.

Son varias las maneras de nombrar el fenómeno de lo mórbido frente a la violencia, por ejemplo Edgar Barrero lo define como Estética de lo atroz, el salvadoreño Joaquín Samayoa le da el nombre de <<*correlato psicosocial de la guerra*>>, el uruguayo Marcelo Viñar habla de <<*patrimonio mortífero de la sociedad*>> y la colombiana Elsa Blair usa el enunciado de *teatralización del exceso* (Girón et al 2011, 14); aquí emplearé la noción Estéticas de lo mórbido.

Karol, una joven de 20 años y hermana de Saray, también posteo una imagen alusiva a la muerte, pero ésta vez se refiere a la muerte de alguien más, en ésta ocasión la imagen muestra una mujer de cabello rubio que asiste a un funeral con un atuendo que consta de unos lentes oscuros, un vestido corto de color negro y unos zapatos de tacón también negros. La imagen da la impresión de una mujer seductora que busca robarse las miradas de quienes asisten al funeral. La fotografía está acompañada de un texto escrito que dice: “*yo llegando al funeral de la que me cae mal*” (ver fotografía 3.2).

El post, me recordó inmediatamente lo que Blair menciona sobre la característica colombiana de ver al otro y al diferente como un enemigo, y en tanto enemigo, su muerte no se torna dolorosa, incluso puede llegar a tornarse deseable. Ello supone hasta cierto punto una insensibilización frente a la muerte y por ello las personas pueden hacer mofa de ella, como en el caso del post, donde la importancia radica en la necesidad de ser el centro de atracción, por encima de la persona fallecida, inspirando una actitud que se presume adversa a la muerte: la seducción.

Figura 3.2 Post de Karol alusivo a estéticas de lo mórbido



Fuente: muro de Karol, 16-01-16, disponible en: <https://www.facebook.com>

Según Elsa Blair, el sometimiento a situaciones de violencias sostenidas, genera una imagen del otro como enemigo, la cual se inscribe dentro de dimensiones subjetivas de imágenes y representaciones negativas. Así, esta representación del otro como enemigo cuenta con características como la desconfianza; la acusación del otro como el responsable de las tensiones y el culpable de todo lo negativo que pueda tener una situación determinada; la *anticipación negativa*, que se refiere a que cualquier acción del otro tiende a destruirnos; la *lógica del principio de suma cero*, que tiene que ver con que todo aquello que beneficie al otro (enemigo) nos destruye y de igual forma todo lo que destruye al otro nos beneficia, este punto es bastante evidente en la imagen que postea Karol; finalmente esta construcción también se caracteriza por un proceso de *desindividualización* que se asocia a las pertenencias a determinadas agrupaciones, de este modo, todo miembro de un grupo diferente al propio representa un adversario, lo que conduce al rechazo de formas de empatías, bajo la premisa de una ausencia total de elementos en común con el enemigo por lo cual es considerado peligroso y se le deshumaniza. (Blair1999, 125-126).

Barrero también se refiere a un proceso de deshumanización que es acompañado normalmente de estigmatizaciones o proscripciones, al ser visto “el otro”, como enemigo de la sociedad, de

este modo se busca proyectar una imagen negativa y justificar su *muerte, persecución, detención, desaparición o tortura* (Giron et al 2001, 18). Esta situación es bastante conflictiva, porque el conjunto de jóvenes X se vio sometido a ese tipo estigmatizaciones y proscipciones, al punto de tener que emigrar en busca de refugio, pero de forma simultánea y en algunos casos circunstanciales, siguen replicando ese proceso de *deshumanización* por medio de expresiones estéticas excesivas.

De otro, lado Alicia posteó dos imágenes en dos momentos diferentes, las cuales de nuevo dan un tocamiento indirecto con la muerte, la primera de ellas muestra un payaso con una soga atada a su cuello y a un árbol que se encuentra regando con agua, generando desde mi interpretación la idea de que es la vida la que se encargara en algún momento de darte muerte, pues el payaso no se colgó de un árbol grande, desde el cual pudiera suicidarse, en su lugar lo riega con cuidado, para que al momento de su crecimiento sea éste quien lo asesine. Por otro lado también podría indicar que las acciones propias son las que te pueden o no conducir a problemas. En todo caso es una paradoja de vida y muerte la que se refleja en su imagen, pero que también guarda relación con la familiarización con la muerte (ver imagen 3.3).

Figura 3.3 Post de Alicia alusivo estéticas de lo mórbido



Fuente: muro de Alicia, www.facebook.com

La otra imagen que cuelga Alicia en su muro muestra un slogan de un programa televisivo titulado 1000 Maneras de Morir, el cual se encuentra sobre un fondo negro con letras amarillas y blancas acompañadas con el símbolo empleado en el ámbito criminalístico y forense en una escena del crimen o una muerte generada en un accidente automovilístico, el cual consiste en una figura antropomorfa dibujada sobre el suelo, la cual indica que es ese el lugar exacto donde cayó el cuerpo sin vida.

La fotografía se encuentra encabezada por un texto que afirma: “*sólo los sádicos y enfermos veíamos este programa*”. Esto revela cierta cercanía y casi un gusto por la muerte, aunque es de aclarar que las muertes mostradas en este programa se trataban de muertes absurdas y difícilmente concebibles (ver fotografía 3.4)

Figura 3.4. Post de Alicia 2



Fuente: muro de Alicia, www.facebook.com

Marino un joven de 20 años, quien también hace parte de *Jóvenes X*, y que junto con Echelon y Uvanid hacen parte del proceso continuado y participativo de ésta investigación, expuso en su muro una imagen asociada con el “terrorismo” en París, en la cual se ve la estética de lo mórbido, una naturalización de la violencia y al mismo tiempo una crítica a las posturas sociales frente a temas violentos desde la imagen, concerniente a la utilización de banderas francesas en

las fotos de perfil tras los acontecimientos violentos que tuvieron lugar en Francia a finales del 2015. Su post, es rico en expresividad, en lenguaje comunicacional virtual, representa una forma multilocalizada y denota reflexividad (ver fotografía 3.5).

Con el post también puede percibirse una crítica a la influencia que los medios de comunicación masivos, ejercen sobre las personas y las posturas que las mismas asumen frente a fenómenos violentos indirectos (en este caso ocurridos en Francia y no en Colombia o Ecuador), que son captados por los sujetos a distancia y bajo la única fuente de los medios de comunicación.

La postura crítica que asume Marino refleja algunos planteamientos que sugieren Hernández y Finol, quienes afirman que existe una condición innegable sobre la influencia y estructuración en relación con la acción simbólica a nivel social que generan los medios de comunicación colectivos, siendo los mismos un modo de organización simbólica, ya que por medio de ellos se “organiza y reflexiona simbólicamente el mundo en un conjunto de historias dispuestas para ser contadas” (Hernández y Finol 2011, 95).

Figura 3.5 Post de Marino alusivo a estéticas de lo mórbido



Fuente: Muro de Marino, www.facebook.com

Tal disposición, encierra una dicotomía entre “*realidad real*” y “*realidad simbólica*” (Hernández y Finol 2011) que es representada de manera conjunta pero difusa por los medios, hecho que genera imaginarios sobre la violencia y la muerte en las personas, que se acompaña de representaciones estéticas de la violencia que además se dan de forma hiperbólica y a manera de ritual y espectáculo masivo, conduciendo a su naturalización (Hernández y Finol 2011, 100).

Echelon, también empleó una imagen de estéticas de lo mórbido frente a la muerte, acudiendo una fotografía que exhibe una mujer con maquillaje de Katrina (ver fotografía 3.6). Aparentemente representa un concepto estético en boga por estos días, pero en el fondo hace parte de esa incrustación de la muerte en las personas de sociedades sometidas a violencias políticas continuadas, que también es el caso de México, de donde emerge el concepto estético. Eso revela un exceso, que es una exaltación al fenómeno y al mismo tiempo una negación, tal y como lo enfatizan Elsa Blair (2005) y Torres (2013).

Figura 3.6 Post de Echelon alusivo a las estéticas de lo mórbido



Fuente: Muro de Echelon, www.facebook.com.

En términos de Torres “*el exceso se impone como condición de posibilidad de una proliferación desenfrenada de imágenes del horror, pero también aparece como negación de esta condición*” (Torres 2013:166).

De este modo, se genera una sustracción de lo real y hace que se considere improbable, lo que hace que el sentido comunicativo del signo visual se devalúe y la violencia real no pueda ser nombrada. “*En el imperio de las imágenes un exceso de realidad se parece mucho a una falta de realidad*” (Torres 2013:167).

Dejando a un lado las estéticas mórbidas, me enfocaré ahora únicamente en las comunicabilidades digitales de los jóvenes en relación a los eventos violentos o de desigualdad social, que por cierto resultan muy vinculados, en los que develan posicionamientos ideológicos contundentes, que a su vez representan formas de superación y afrenta a las violencias.

6. Comunicación digital en relación a las maneras de enfrentar lo violento

De acuerdo con Poliszuk “*En un contexto de transformaciones profundas, Internet se integra y se tensiona con otros ordenamientos que atraviesan el universo simbólico y la vida de los jóvenes*” (Poliszuk 2015: 1). Así en las redes sociales digitales se configuran subjetividades que se vinculan con sus maneras de percibir y afrontar las realidades integrando en ese proceso a los propios cuerpos, las experimentaciones espaciotemporales y las relaciones de lo público y lo íntimo. *De esta manera, al habitar esas redes, los jóvenes van definiendo posicionamientos y reconfigurando sus modos de participar, de organizarse y de enunciar su realidad*” (Poliszuk 2015: 1).

Esta manera de realidad experimenta el mundo de forma multisensorial, como ya se había señalado con Pink y Gutiérrez. Esa multisensorialidad hace que los jóvenes asuman modos de participar y organizarse y también que experimenten formas reflexivas de autoconocimiento. Por ejemplo, para Erazo, los sujetos se construyen con base en formas de relacionamiento con “*la verdad, con las normas y con ellos mismos*” (Erazo 2006, 9).

Emplean de esta forma procedimientos, técnicas, ejercicios mediante los cuales el sujeto se constituye en objeto de conocimiento para sí mismo, y conoce además el mundo, prácticas 'ascéticas' que le permiten transformar su manera de ser, su ethos, de acuerdo con las normas morales, etc. Un sujeto, además, cuya constitución está relacionada esencialmente con el campo

de las relaciones de poder, relaciones ejercidas por los otros sobre uno mismo y por uno mismo sobre los demás (Erazo 206, 9).

Uvanid una joven de 23 años, igualmente miembro de *Jóvenes X* y otra de las interlocutores que se ha insertado en el proceso de manera participativa realiza una exploración de sí misma empleando un post alusivo a los propósitos y realidades de grupos armados como las FARC, en el deja ver su propia postura, la cual define precisamente oponiéndose al mundo exterior y realizando un ejercicio de yuxtaposición de lo público y lo privado (ver fotografía 3.7)

Figura 3.7 Post de Uvanid



Fuente: muro de Uvanid, disponible en www.facebook.com

Por último Mr.B, un joven de 21 años con un proceso de afrontación de la violencia bastante interesante y cuyo caso es tratado de manera aislada al de los demás, por condiciones de seguridad, revela fotos que denotan una actitud de resistencia y de crítica frente a la violencia y la migración, otra más muestra una de las formas como le ha hecho frente a la violencia y ha generado sus propios espacios de posconflicto.

En su primera fotografía muestra una mano sobre un charco de agua y un texto que dice lo siguiente: “¿mi nacionalidad? ¡humano!”. Claramente es un reconocimiento de las diferencias, lo cual supone uno de los principales enfoques de aprendizaje colectivo de esta investigación y que se refiere a esa necesidad y riqueza de conocernos conociendo a los demás y sus historias,

encontrando en la interacción pedazos propios y muchos elementos en común (ver fotografía 3.8)

Otra de sus fotografías, es extraída de noticias caracol el día 26 de agosto de 2015 y se refleja en ella un cúmulo de personas colombianas deportadas de Venezuela. El encabezado de la noticia dice: “*Sobre cartones duermen varios niños colombianos deportados de Venezuela*”, ante lo cual Mr.B se pregunta porqué. Acá se ve nuevamente una postura crítica y reflexiva frente al tema de la migración que ha generado la violencia y denota un posicionamiento político marcado. (ver fotografía 3.9)

Figura 3.8 Post de Mr.B.



Fotografía 1 post 1 de MrB. (disponible en: www.facebook.com)

Para concluir, pienso el accionar joven como forma de transición política, comunicativa y cultural, que además coincide con aspectos de coyunturas sociales de intentos discursivos de transformación, como es el caso del posconflicto, pero que se encuentran con subjetividades que transforman de forma más directa y eficaz las realidades personales y las de los entornos cercanos.

...los jóvenes constituyen hoy el punto de emergencia de una cultura otra, que rompe tanto con la cultura basada en el saber y la memoria de los ancianos, como en aquella cuyos referentes aunque movedizos ligaban los patrones de comportamiento de los jóvenes a los de padres que,

con algunas variaciones, recogían y adaptaban los de los abuelos. Al marcar el cambio que culturalmente atraviesan los jóvenes como ruptura se nos están señalando algunas claves sobre los obstáculos y la urgencia de comprenderlos, esto es sobre la envergadura antropológica, y no sólo sociológica, de las transformaciones en marcha... En la empatía de los jóvenes con la cultura tecnológica, que va de la información absorbida por el adolescente en su relación con la televisión a la facilidad para entrar y manejarse en la complejidad de las redes informáticas, lo que está en juego es una nueva sensibilidad hecha de una doble complicidad cognitiva y expresiva: es en sus relatos e imágenes, en sus sonoridades, fragmentaciones y velocidades que ellos encuentran su idioma y su ritmo. Estamos ante la formación de comunidades hermenéuticas que responden a nuevos modos de percibir y narrar la identidad, y de la conformación de identidades con temporalidades menos largas, más precarias pero también más flexibles, capaces de amalgamar, de hacer convivir en el mismo sujeto, ingredientes de universos culturales muy diversos (Martín Barbero 2002: s/p).

Figura 3.9 postde Mr.B. 2



Fuente: noticia extraída de www.caracolnoticias.com publicada en el muro de Facebook de MrB (www.facebook.com, 26 de agosto de 2015)

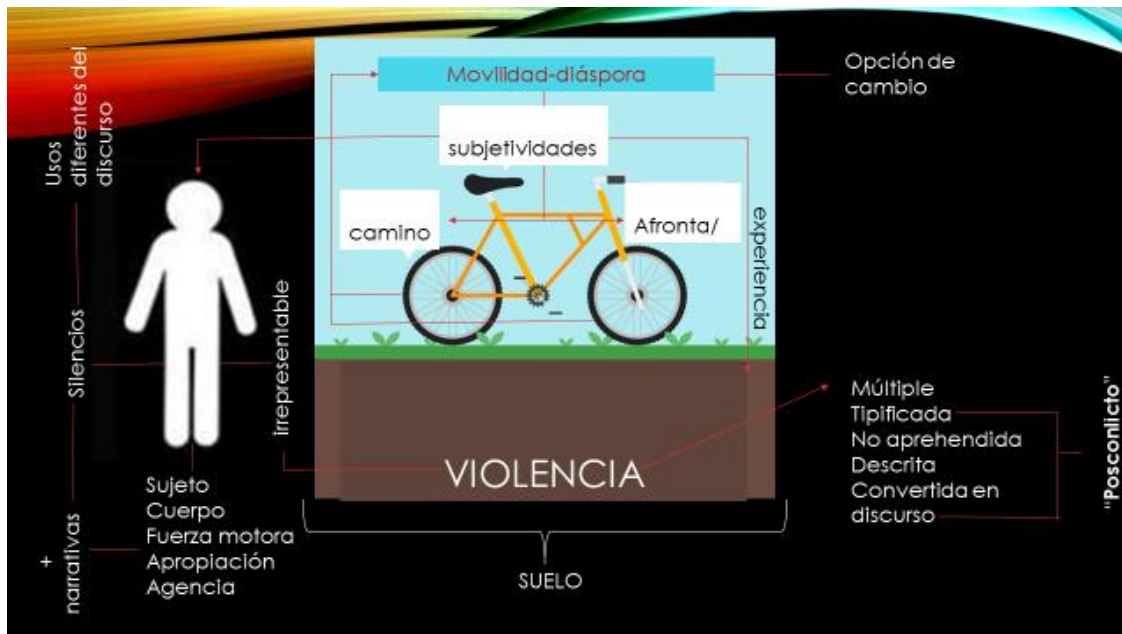
Capítulo 4

La movilidad, concreción desde las metodologías y la etnografía: confianza, cuerpo y narrativas como expresiones de la experiencia

1. Panorama general

Recapitulando un poco y uniendo todos los criterios en un sistema, quiero condensar el fenómeno estudiado por medio de una infografía. En la imagen que aparece a continuación ubico en la base a la violencia, la cual sirve de suelo al análisis de los casos abordados y dota de sentido a las subjetividades de mis interlocutores.

Figura 4.10 Infografía del panorama general de la investigación



En ese mismo suelo están los tratamientos que se le han dado a la violencia, la cual a pesar de ser un fenómeno de múltiples dimensiones y formas de expresión, ha sido tipificada y descrita sin ser aprehendida, convirtiéndola en un discurso que se ciñe a las características e intenciones políticas de determinados momentos históricos, siendo actualmente el “posconflicto” la forma discursiva para referirse a la violencia. Del otro lado se encuentran los sujetos, para quienes la violencia se torna irrepresentable y cuyas subjetividades se han fundado desde la experiencia violenta instalándose en su cuerpo, que es el lugar de la memoria. Ante esto, los individuos adoptan estrategias de afrontación, que van desde la modificación del tejido social hasta la movilidad y la diáspora como opciones de cambio. Por ello, ubico en el centro de la imagen una bicicleta, que además de ser un elemento muy

importante para mis interlocutores, representa no sólo el movimiento físico sino también el desplazamiento que se hace del discurso oficial, mediante un uso apropiado del mismo para la generación de narrativas diferentes, dentro de las cuales se incluyen los silencios y el cuerpo como fuerza motora del vehículo.

El tratamiento de la violencia desde la literatura académica y el discurso fue abordado con detalle en el capítulo 1, de igual forma se dio un esbozo general del contexto en el capítulo 2. De estos dos componentes, concluyo que el fenómeno exige un abordaje desde lo subjetivo para poder aprehenderlo, más que describirlo o conceptualizarlo. Que es precisamente una de las mayores limitaciones con las que ha contado el tema y el principal reto con el que se han encontrado los estudios de la violencia, que han sido apropiados por el estado y la institucionalidad para generar políticas públicas que no dan soluciones efectivas a las problemáticas que se desprenden de las violencias, un ejemplo de ello es el programa de restitución de tierras o el impulso del retorno de los refugiados tras la aparición discursiva del “posconflicto”.

2. Confianza y narrativas en el contexto actual de los jóvenes

Con respecto al componente contextual, hay en primer lugar un desarraigo y una modificación en el tejido social que ha tenido que ser recompuesto y una opción de cambio en los procesos de movilidad, dentro de lo cual el establecimiento de lazos de confianza y las formas de sociabilidad son elementos muy importantes, pues esas formas de asociación en los jóvenes dan una primera muestra de las construcciones subjetivas que emanan desde la experiencia violenta y adicionalmente requieren de ser tenidas en cuenta durante los procesos etnográficos. En el caso concreto de esta investigación, se requirió de un tiempo prolongado de aproximación y establecimiento de lazos de confianza que tuvo lugar desde septiembre de 2015. Se inició el proceso en la ONG RET, participando semanalmente de los talleres que allí se dictaban, estos en su gran mayoría abordaban el tema de la memoria histórica y eran coordinados por un tallerista de la organización. En mi caso me limité a participar como un miembro más y pude darme cuenta de que existía una marcada necesidad de olvido por parte los jóvenes, así como un temor y una desconfianza generalizada.

Lo anterior se debía a que dentro de los participantes habían personas víctimas de diversas violencias y de diversos grupos armados, por lo cual hablar constituía una situación de peligro, pese a que uno de los criterios de agremiación era el hecho de tener experiencias de

vida similares, siendo la primera de ellas la necesidad de inmigrar para contar con protección, misma que sería vista en peligro si existía una socialización en un espacio colectivo. En segundo lugar, aparece que los rangos de edad eran muy variables dentro de los participantes y en tercer lugar el hecho de no quererse situar nuevamente en una situación revictimizante al tener que narrar o recordar los eventos violentos.

Del mismo modo, fueron recurrentes temas como la discriminación que en su forma de ser narrados se acoplaban a los modelos discursivos propios de instituciones y políticas públicas, esto es importante porque comenzó a dar luces sobre las apropiaciones que los jóvenes hacen de los discursos según el entorno de socialización.

Posteriormente y como resultado de lo observado previamente, se eligieron interlocutores por grado de afinidad y empatía y con un rango de edad similar y se les invitó a participar del proceso de investigación, esta vez por fuera de RET. Aunque todos aceptaron la propuesta, no todos acudieron a los espacios de taller diseñados para trabajar por fuera de la ONG.

Los silencios y omisiones fueron habituales antes de estrechar vínculos, pero conforme se fue fortaleciendo la confianza, todo comenzó a ser más fluido y se adoptó de manera natural una relación de horizontalidad que se había pretendido desde un inicio y se comenzaron a vislumbrar agencias y apropiaciones de los discursos.

Con un interlocutor, por seguridad y petición de él mismo se trabajó de manera individual y no porque existiera una total desconfianza con sus demás compañeros, sino porque tanto él como su familia se encontraban en condiciones de peligro latentes y continuaban siendo perseguidos estando en Ecuador, así que él consideraba que “*Entre menos contacto con colombianos, mejor*” (Mr. B. Enero 19 de 2016).

Con Mr. B se abordó directamente el tema de la confianza y fue él quien voluntariamente se acercó donde mí para compartirme sus experiencias y explicarme por qué prefería trabajar de manera individual. Esto dio muestra no sólo de la situación de vigencia de la violencia, sino también de la manera en que las formas de asociación con lazos confiables, inciden en las narrativas y las apropiaciones de los discursos. Por ejemplo, con lazos poco confiables la tendencia es a repetir los discursos y situarse en la condición de víctima porque así la persona se ubique en una posición de vulnerabilidad, estaría minimizando el riesgo y diciendo lo que posiblemente esperan escuchar de ella, como es el caso de los relatos que los migrantes deben

narrar antes de salir de su país de origen y al momento de llegar al país receptor, con el fin de obtener la condición de refugio.

En el caso de Mr. B la cuestión de la confianza atraviesa, al igual que la violencia, su experiencia y como el mismo lo planteó no se trata de negarse a la posibilidad de confiar sino de identificar los momentos en los que el hecho de confiar es posible:

Si hay una cosa que yo he aprendido es a confiar en la gente, porque yo creo que el que vive con desconfianza, con desconfianza muere. Porque es muy feo vivir con desconfianza, es demasiado feo.

Nosotros tenemos toda esta movida, sólo por una cosa por confianza. Yo crecí con mi mejor amigo en Medellín. Nos conocimos en el colegio y todo, parece desde chiquitos. El papá de este man, yo nunca lo supe, y tenía las movidas de las que mi papá iba en contra y le conté a él todo, sin pensarlo. Sin decir, no sé, solo no debo contárselo a nadie. Pero cuando vos tenés un notición así de grande, no te lo puedes guardar. Cuando tienes una historia así de compleja no te la puedes guardar, es imposible quedarse callado, porque yo siempre tengo la necesidad de contarle a la gente. Es mi historia, pero desde otro punto de vista hacerles entender que la movilidad humana es una realidad bastante complicada. Este man le cuenta a su papá toda la movida y de ahí parte todo.

¿Entonces cómo hago yo para confiar en la gente? Bueno, he aprendido un poco más en quien confiar y en quien no, a quien contarle las cosas y a quien no, pero no es que tenga en mi cabeza ese momento en el que le conté a mi amigo y nuestra vida cambió.

Es que no se, es que es sólo que no desconfío de las personas, es una cosa más mía. Es que si me defraudó, yo si soy así, yo cuando una persona ya me defraudó yo no vuelvo. (Mr. B, 15 de abril de 2016).

Para Mr. B. se trata de ver a quien se le cuentan las cosas, lo que claramente implica un nivel de cautela mayor, expresada en este caso en la necesidad de hablar de manera separada del grupo de jóvenes, el ocultamiento del rostro en el video y el conocer mi posicionamiento y transparencia sobre el proceso investigativo.

En resumen, dependiendo del grado de confianza surgen determinadas narrativas, no obstante, no es el único factor que tiene incidencia al respecto, por ejemplo, durante la etapa de campo se emplearon diferentes metodologías que también tuvieron diversos resultados, pero que en su totalidad emplearon a la imagen como mediadora del dialogo y como productora de conocimiento, al tiempo que se fortalecían los lazos. Comenzó a existir mucha más fluidez

con cada encuentro y el acercamiento progresivo hacia la corporalidad (entendida como imagen, memoria y lugar de la experiencia) la mostró como la fuente más rica de expresión subjetiva, claro está que para llegar al cuerpo debía existir mucha cohesión, misma que sólo fue posible gracias al proceso de acercamiento y consolidación de vínculos, es por ello que la exploración metodológica fue amplia, es decir la investigación y los temas hicieron necesario diversos tipos de abordaje, más no se buscó un enfoque investigativo en relación a la metodología, sino que las múltiples herramientas mediadas por a imagen fueron las que permitieron la activación de memorias y la construcción de narrativas compartidas.

La confianza establecida con Mr. B dio lugar a la primera parte del video el cual recurrió a *closeup*, planos subjetivos, planos en movimiento y *stopmotion* animado, como una forma de evidencia que el mismo consideró apremiante, pero que al mismo tiempo lo librara de los peligros latentes que experimentaba, esto como resultado de un anonimato en el video, pero un anonimato dotado de su propia voz, que incluso se dirige, cuestiona e interpela a la audiencia.

Claramente este segmento del documental, que se titula RODANDO, explora formas poéticas y narrativas compartidas que ficcionan la realidad para evocar acontecimientos, que pese a la presencia permanente de la autoridad etnográfica, siempre se vio sometido a dialogo y retroalimentación de Mr B. incluso en términos estéticos y de edición.

Se trató de una aproximación simbólica pero honesta, de este modo, siguiendo las afirmaciones que realizan Ardévol y Muntañola, la imagen no funciona como signo interpretable mediante un código, sino que habla de los vínculos y las relaciones y se sitúa como una mediación del componente dialógico, conformando una relación entre modelo y original que hace que la significación “*no pueda ser desvinculada de la experiencia vivida*” (Ardévol y Muntañola 2004, 31)

El proceso de rodaje individual con MrB., y colectivo con los demás interlocutores se dio de forma simultánea pero separada y debido a las diferentes experiencias se debieron emplear diferentes herramientas para activar las memorias y disparar las narrativas que permitieran el empoderamiento de los interlocutores y el distanciamiento de la postura de víctimas.

Se trata de un material de 33 minutos de duración que recibe el nombre de “Rodando” por lo que representa la movilidad para los interlocutores, no solo en términos de migración sino de actividades físicas que implican movimiento. Mr B por ejemplo exalta la pasión que siente por las bicicletas, que para él son la energía que permite avanzar. Es con esta asociación que se da inicio al video.

El título también obedece al hecho mismo de rodar la película de manera conjunta y al uso coloquial del término rodando, que se aplica en Colombia cuando una persona o una cosa no encuentra un lugar fijo, por ejemplo cuando un cuaderno estuvo inicialmente en el cuarto de estudio, pero después pasó a la sala de estar y más adelante en el mesón de la cocina, alguien que fuera a emplear la cocina podría decir: ¡guarden ese cuaderno que ha estado rodando todo el día!

El video inicia narrando la historia individual de Mr B, en la que su propia voz relata la manera como él y su familia llegan a Ecuador, del mismo modo revela su postura frente al “posconflicto”, la vigencia de la violencia estando en Quito y todo los procesos burocráticos e institucionales que han debido seguir para intentar obtener vanamente el estatus de refugiados; al no contar con tal posibilidad, una nueva movilidad se hace inminente y se planea con proximidad. Se cierra el segmento con una exigencia que el personaje hace a las instituciones y se presentan los demás personajes con sus seudónimos.

Seguidamente el video refleja lo importante que resulta el establecimiento de lazos de confianza y da muestra de algunas de las acciones emprendidas para activar las memorias y situar a la imagen como mediadora del diálogo, en la etapa final, el video trata el tema de la corporalidad y muestra la entrevista que los participantes realizan a un nuevo interlocutor, la cual fue diseñada por ellos y se relaciona con el “posconflicto”. El cierre da un panorama del contexto móvil que se desprende en cada uno de los casos de los jóvenes.

3. Metodologías, cuerpo y narrativas

Aunque en este ítem listo y describo una serie de herramientas metodológicas utilizadas, es preciso que sea muy enfático en el hecho de aclarar que no por ello, este material debe confundirse con algo instrumental o deban verse a las metodologías como los hallazgos. La lógica de presentación obedece a una exaltación de la importancia de la experiencia de campo, que en todo momento se trató de una construcción de imagen que actuó como mediadora del diálogo, activadora de memorias y potenciadora de las expresiones subjetivas.

Se da de una forma secuencial por el hecho mismo de la adquisición de lazos de confianza y el proceso de campo, siguiendo un orden progresivo y a razón de ello podría parecer instrumental o un paso a paso como si de una receta se tratara, pero lejos de ser esto es una muestra de respeto por la experiencia misma de campo y por los interlocutores, que se inscribe también dentro de las experiencias subjetivas en relación al “posconflicto”. Esta misma advertencia aplica para la película generada durante la investigación,

Después del proceso de aproximación opté por una individualización de los acercamientos en la que se intentó realizar historias de vida. Esta metodología aunque ofrece datos relevantes en lo referente a los contextos de movilidad y situaciones concretas de afrontamiento de las violencias, sitúa a los interlocutores en una postura de revictimización, razón por lo cual desistí de seguir usándola, pero me convocó a la reflexividad y a pensarme durante el proceso. Adicionalmente sirvió para pensar otras formas de utilización de la cámara y me animó a emprender un proceso más colaborativo, en el que los interlocutores fueran parte activa del proceso de construcción de un material audiovisual que sirviera como fuente de análisis.

Seguidamente, invite a los interlocutores a participar en talleres por fuera de la ONG, en ellos se usó la cámara como diario de campo, al tiempo que se exploraban los diferentes temas y se capacitaba a los jóvenes en el uso de la cámara. En el primer taller se dictaron principios básicos de fotografía y se realizó un ejercicio de interpretación de imágenes, por medio del cual se logró ver que una imagen puede representar muchas cosas y que además cuentan con una intencionalidad del autor. De igual modo se realizó un ejercicio con algunos principios de teatro del oprimido de Augusto Boal, que con algunas modificaciones consistió en narrar experiencias y plantear resignificaciones a partir del uso de una maleta de vida, en la cual estaban introducidos algunos elementos: Mochila, naranja, flor, banda elástica de fisioterapia, libro, DVD, pistola de papel, entre otros. Quien realizaba el ejercicio podía dotar de un sentido diferente a cada elemento, por ejemplo, la pistola no era una pistola sino un florero, o

dejarlo en sus características convencionales. La persona era libre de elegir qué elementos dejar dentro de la maleta que representaba la vida, estos objetos podían hacer parte del pasado, el presente, el futuro o un tiempo indeterminado. También tenía la posibilidad de introducir nuevos artículos o sucesos. A través de esto se expresaron experiencias de vida y narraciones desde una perspectiva no victimizante. El uso de la cámara como diario de campo posibilitó revisar de nuevo la experiencia etnográfica entrando a analizar gestualidades, lenguaje corporal y silencios, los cuales son de alta relevancia en temas relacionados con las violencias. Este taller representó un primer acercamiento al cuerpo aunque no fue su énfasis, es decir, involucró el cuerpo en el proceso por medio de la manipulación de objetos pero el fuerte fue la construcción de narrativas y asociaciones simbólicas que permitieron diferentes tipos de expresión, que si bien tenían en cuenta elementos del “pasado” (en comillas porque ese pasado está siempre en el presente), se centraron en el presente y la afrontación de las realidades violentas.

Por ejemplo, Marino un joven de 21 años, relató cómo logró salvarse de un posible reclutamiento y cómo este evento que asoció con la pistola de papel, lo saca de su vida y se enfoca en otro tipo de experiencias, en cuyo caso involucra viajes, denotando a la movilidad como un aspecto positivo y de afrontación:

Quería hablar un poco sobre esto (toma con sus manos la pistola de papel), yo soy desplazado de Colombia y sonará muy redundante, pero yo tengo problemas personales muy grandes con el conflicto armado en Colombia. Tuve muchas personas que fueron asesinadas por fuerzas armadas revolucionarias. Conozco un poco sobre armas, he disparado, claro que no a personas, gracias a dios. Será una anécdota cortica que les contaré, pero pasa que un día como a los 12 años me encontré con los guerrilleros, estaba cagado del miedo, estaba con un miedo terrible, pues porque lo normal en Colombia es que si lo ven que usted es joven y puede andar, se lo echan con ellos, o es estar con ellos y volar bala o es la muerte en ese instante, pero gracias a dios logré salvarme... Esta arma, la voy a dejar afuera. Siempre he tratado de decirme a mí mismo que la cuestión es seguir adelante... (Marino, 10 de marzo de 2016)¹²

¹² Las citas textuales de mis interlocutores en este apartado, son el resultado de los diálogos compartidos en los talleres realizados durante el trabajo de campo. En adelante se citaran únicamente los seudónimos y las fechas de enunciación del comentario. Todos los talleres tuvieron lugar en las instalaciones de la casa de doctorados de FLACSO - Ecuador.

En su narrativa se puede apreciar un uso del discurso oficial en la forma de referirse a la violencia, que se vincula dentro de su subjetividad como resultado de la experiencia, con ello me refiero al uso de la expresión “*conflicto armado en Colombia*”, pues haciendo un cálculo, para 1995 él debía encontrarse en sus 12 años y como vimos en el capítulo contextual, en las décadas de los 80 y 90 se presenta un pico en la violencia así como una multiplicación de los actores y se empieza a hablar de un conflicto armado interno; cuatro años más tarde (1999) se entraría a diálogos con las FARC durante el Gobierno de Andrés Pastrana, mientras que Marino estaría en Ecuador, lo que demuestra su grado de apropiación y agencia, ya que problematiza la situación y le busca una solución que sitúa después de ese conflicto en particular, así, él intenta superar miedos y experiencias negativas “*siguiendo adelante*”, esto en primer lugar implica mirar lo menos posible hacia atrás y en segundo lugar seguir en movimiento, esto último se complementa con otro fragmento de su historia:

Voy a meter esta otra maleta mediana acá, porque ésta es una anécdota muy bonita, porque el día de mi graduación... pues mi mamá acá es como que no le alcanza mucho la plata, entonces el día de mi graduación vino familia de Colombia y pues lo normal es como ir a hacer un almuerzo o quizá una fiesta, o que le regalen un viaje a uno o cualquier cosa, pero es así de sencillo que no había plata y ya, y pues yo lo entendía a la perfección, pero dadas las coincidencias, yo me había vinculado con RET, y me llama un coordinador de RET que se llama Peter, y me dice: oye hay la posibilidad de que te vayas con nosotros a Panamá. Y le digo: ¡pues de Una!. Nos vamos, y ese fue como un regalo divino de la vida, porque, yo el día de mi graduación me regresé a mi casa como si fuera un día normal de clases y pues una semana después me dice Peter que nos vamos a Panamá, que todo está pagado, me dieron para sacar el pasaporte, me pagaron todo y era un hotel súper de lujo, entonces era como si la vida misma me hubiera dado mi regalo de graduación, fue súper *cool*, me expandí mentalmente, mis vivencias se hicieron más grandes por las experiencias de otros compañeros del encuentro, que habían sido personas perjudicadas por la violencia en Colombia, entonces fue un viaje muy enriquecedor... (Marino 19 de marzo de 2016).

Este fragmento complementa la idea de la movilidad como elemento de afrontación del conflicto y como experiencia enriquecedora para los jóvenes, en este caso se trató de un encuentro con refugiados en Panamá, del cual, según lo describe, pudo aprender de las experiencias de los demás participantes y expandir su mente y sus vivencias. Vemos también los mismos elementos que en la cita anterior, pero en este caso no refiere a conflicto sino a violencias, y esto se debe a que no se sitúa en una temporalidad específica sino a las experiencias de todos sus compañeros participantes que se vieron atravesadas por actos

violentos. Del mismo modo es apreciable, la cercanía con encuentros y temáticas sobre violencia, precisamente por el hecho de haber construido su subjetividad y en este caso se toma como una experiencia de tipo positivo, según el mismo lo manifiesta. En este orden de ideas y en este caso, la agencia está en esa capacidad de volver una experiencia violenta una forma generadora de sentido.

Como ya se dijo, el ejercicio con la maleta de vida, tuvo un acercamiento con la corporalidad, pero en el taller siguiente se exploró un poco más y se trabajó desde el aspecto sensorial y las evocaciones que surgían. De este modo con los ojos vendados los participantes debían escuchar un fragmento de la película *La Vendedora de Rosas* y una poesía de Alfredo Cuervo titulada *Queda Prohibido*.

Como resultados generales de la actividad se destacan elementos como la normalización de la violencia expresada por risas durante el fragmento de la *Vendedora de Rosas*¹³, la cual evidencia una instalación en el *habitus* o una ubicación de las situaciones violentas dentro de las cotidianidades, que al ser frecuente pierde peso y no se somete a análisis sino que enmascara las demás emociones y sensaciones que genera en las personas, intentando al mismo tiempo ubicar al sujeto en una postura de olvido, pero que finalmente termina evocando recuerdos, que si no son indagados por alguien, no son nombrados y se extinguirían a corto plazo tras la risa, no obstante, los motivos que se asocian a la risa por parte de mis interlocutores son atribuidos al parlache (jerga) empleado en la escena de la película, precisamente porque la violencia y los recuerdos asociados a los traumas escapan a la representación. Por ejemplo Marino se refiere a la situación de la siguiente manera:

Apenas escuché la reproducción de la película la Vendedora de Rosas, pues me dio gracia, porque en algún sentido eso da gracia, como ese hablado muy coloquial, muy colombiano, pero luego ya no me causó gracia porque éste hombre, el zarco, comenzaba a aconsejar al niño muy mal, muy pésimo, y esas cosas. No es tanto indignación, pero me dio tal vez un poco de miedo, no sé, no sé por qué pero me dio miedo, también imaginar, como que me revolvió cosas en el estómago y en la memoria, que tenía muy guardadas, que hace rato no

¹³ En el fragmento uno de los personajes: El Zarco, sostiene un diálogo con su hermano menor y su madre en el que primero le dice al hermano que si a él lo asesinan debe vengar su muerte, su madre al oírlo, le hace un reclamo por transmitir eso a un niño e indaga si él había sido quien había ocasionado la muerte a una persona del barrio, ante lo cual el responde con llanto y exigiendo credibilidad de su inocencia.

recordaba... Pero a veces creo que las personas se ríen de algo que les da tristeza como para tratar de que las otras personas no vean que son débiles o que les causa dolor pero en realidad lo hace. Y en parte yo creo que eso también es en parte un poquito de maldad, porque es reírse de algo que les hace daño a muchas personas (Marino, 26 de Marzo de 2016).

También es posible notar esa necesidad de olvido, porque los recuerdos generan miedo, así que se ubican dentro de lo inefable. Esa misma situación pude apreciarla en Echelon quien incluso fue más corto de palabras y evitó referirse a emociones o recuerdos evocados por el mismo fragmento, en su lugar hace un desplazamiento hacia la moralidad de los consejos tratando el fragmento como una réplica de una realidad desconocida o ajena a sus contextos: *“Sobre lo de los ñeros, más que tristeza, me conmovió bastante, porque escuchar a este tipo que le estaba dando un consejo totalmente errado a un niño, fue algo como que ¡wow! ¡Mierda! ¡A dónde estamos llegando!”* (Echelon, 26 de Marzo de 2016).

Los casos expuestos son interesantes porque enmarcan al silencio y la necesidad de olvido como narrativas, desde una postura diferente al discurso oficial, son en última instancia contranarrativas. Por narrativas entiendo las expresiones que emanan desde las experiencias de los sujetos y por discurso la idea surgida de la apropiación institucional de esas experiencias para que los individuos hablen y enuncien por el poder.

En el siguiente encuentro con los interlocutores se trabajó corporalidad, espacialidad y composición. Se realizó recorrido individual por el espacio donde se venían realizando los talleres, con el fin de que los participantes eligieran tres sitios diferentes, en los que representarían 3 momentos de su vida correspondientes a: 1- niñez, 2- después de los sucesos que generaron su migración y 3- momento actual.

Después de ello entre los participantes debían tomarse fotografías aplicando elementos de composición fotográfica. De este modo cada participante adoptaba una postura corporal en cada uno de los espacios elegidos por el mismo y un compañero capturaba las imágenes. Al final ellos eligieron una sola imagen por espacio que representaría ese momento de su vida.

Es importante en este punto hacer algunas claridades sobre la intencionalidad de emplear el cuerpo y realizar asociaciones espaciales o de lugar, ya que cuerpo, memoria y lugar se

encuentran interconectados y son atravesados por la experiencia, al tiempo que la moldean y la contienen, siendo el cuerpo el que se encarga de dar expresión al conjunto de elementos que participan. Varios autores han señalado que el cuerpo es el lugar de la memoria, dentro de ellos, se encuentran Le Breton(2002), De Certeau(1996), Heffes (2013), Scheper-Hugues(1997), Castro (2002), Ibargüen (2004) y Butler (2002).

La memoria por su parte, suele situarse como el hecho de traer al presente un evento del pasado, sin embargo es una entidad viva y experiencial, y en tanto experiencia, como ya lo he señalado, construye subjetividad y no se puede enmarcar en un tiempo pasado ni futuro, sólo puede hacer parte del presente porque está con el individuo en el aquí y el ahora de siempre, al igual que el cuerpo y por ello es el lugar de la memoria. De este modo memoria y cuerpo siempre se cruzan en el camino porque tienen la misma trayectoria, siendo el lugar lo que se sitúa en medio de ambos, ya que los dos son realidades que también son espaciales. Así el corpus se expresa como evocación de la interacción con la sociedad y es él mismo el que resignifica la experiencia por medio de una memoria corporizada, que a su vez pueden crear, contener o provenir de lugares.

En palabras de Ibargüen *“los cuerpos son también espacio de la vivencia...si consideramos al cuerpo como un <<lugar de la memoria>>(…)no sucede lo que en los lugares físicos: monumentos y plazas construidas(…)que suponen que en el fondo ha quedado lo que fue”* (Ibargüen 2004,1-3). En este sentido, el cuerpo es un punto de partida y no un final *“es desde donde se hilvanan los recuerdos vividos y se reinsertan las vidas personales en los cuerpos sociales”* (Ibargüen 2004, 3). Por eso el hecho de que mis interlocutores pudiesen idear lugares y ubicar su cuerpo allí para un registro fotográfico, sitúa a la experiencia por encima de todo lo demás, donde es el cuerpo el que pasa a ser el lugar y expresión de la memoria valiéndose de las vivencias, que son independientes de un lugar que no sea el cuerpo. Es decir, la memoria se constituye con el mismo grado de movilidad que ellos poseen en su dimensión corporal, y se instala en las nuevas espacialidades y formas de socialización.

Ese carácter móvil al que hago mención sobresale todo el tiempo en sus narrativas y en sus registros, no solo por el hecho de trasladar las experiencias a su nuevo sitio de asentamiento, sino que también lo hace en la intención explícita de que lo móvil quede registrado, pues como se verá aparecen constantemente metáforas de caminos, trayectos y pasos, como estrategias de afrontación y como posibilidad de nutrir las experiencias.

Como lo señala Sara Pink “la fotografía es por supuesto, una estrategia manipuladora. La fotografía no puede ser veraz porque una cámara no registra una realidad preexistente ni independiente... La gente usa las cámaras para crear imágenes que, a su vez, crean y evocan una realidad que es tanto pasada como presente. Las cámaras son usadas y manipuladas de esta forma por aquellos que se encuentran en ambos lados del visor: no solamente el fotógrafo manipula la imagen que toma, los "sujetos" fotografiados pueden también manipular y organizar la manera en que son fotografiados, pueden hacer esto teniendo fines personales o políticos en mente" (Pink 1996:132).

En concordancia con los postulados de Pink, cabe señalar que claramente desde la metodología utilizada las imágenes fueron intencionalmente manipuladas por los interlocutores y además de ello no son muestra fiel de la realidad circunstancial del momento al que hacen alusión, es decir no retratan ese momento tal cual fue, sin embargo *crean* y *evocan* esa realidad. En este caso los interlocutores estuvieron a ambos lados del visor, y fueron ellos mismos quienes eligieron en qué lugar, con qué composición, con qué pose y desde qué ángulo debían ser fotografiados, para narrar un momento personal y desde luego político. Adicionalmente vinculan pasado y presente por medio de un eje articulador que es la violencia como constructora de sus subjetividades, en este caso lo que para ellos podría ser su “posconflicto” es la movilidad.

Lo anterior puede notarse claramente en la segunda foto de Echelon (ver fotografía 4.11) y la segunda foto de Marino (ver fotografía 4.12), porque se piensan la cuestión de la trayectoria y la movilidad como opción y además exaltan el dejar atrás ciertas violencias y señalan lo que falta por recorrer. Esto podría parecer algo obvio, por tratarse del momento posterior a las acciones violentas que generaron su desplazamiento, no obstante la idea del camino y de la movilidad no se ven como simples consecuencias, sino como las alternativas de cambio y de transformación e integran de cierto modo el pasado con el presente y el futuro (en el presente), así hayan sido planeadas para destacar el momento posterior a su migración.

Por ejemplo, Echelon señala con respecto a su fotografía: “*En especial quiero que te fijes en esta parte, en esta especie de sendero por decirlo así, porque cuando dejas tu país, vas a otro país y obviamente debes seguir un largo camino para llegar a tus metas y esas cosas, es como que yo aún estoy recorriendo este camino*” (Echelon, Abril 2 de 2016).



Figura 4.11 Fotografía elegida por Echelon para el momento posterior a su migración

Marino por su parte advierte que quiso incluir las plantas, que simbolizan lo que dejó atrás (su vida en el campo), una bicicleta tumbada en el suelo, representando una situación de abandono que vivió en una etapa más avanzada de su niñez, y su cuerpo de espaldas mirando hacia el horizonte, procesando como sería su recorrido en los nuevos caminos. Quiso que quedara algo oscura la foto, porque lo asocia con un momento sombrío, donde no tenía muchas claridades, se sentía *“sólo y con muchas inseguridades”*. En cuanto la bicicleta, en este caso presenta otra cara de la movilidad que se refiere a una transición rápida en su desarrollo ya que tuvo una serie de discrepancias familiares asociadas a las condiciones de violencia que vivió. Por lo que tuvo que distanciarse de su familia adoptiva y biológica para valerse por sí mismo y reencontrarse con una familia biológica que no actuó protectoramente y lo dejó a su suerte en ese momento de su vida: *“La bici es como el abandono de mi niñez porque cuando vine acá no sé si le podría llamar niñez a eso. Entonces tuve que madurar y crecer muy rápido, a las patadas. Y esto (indica señalando un suéter negro de la Tola) significa, pena, miedo, dolor, muchas cosas. Las flores mi niñez (refiriéndose a su niñez anterior) y lo otro, lo que sigue ahora”*.

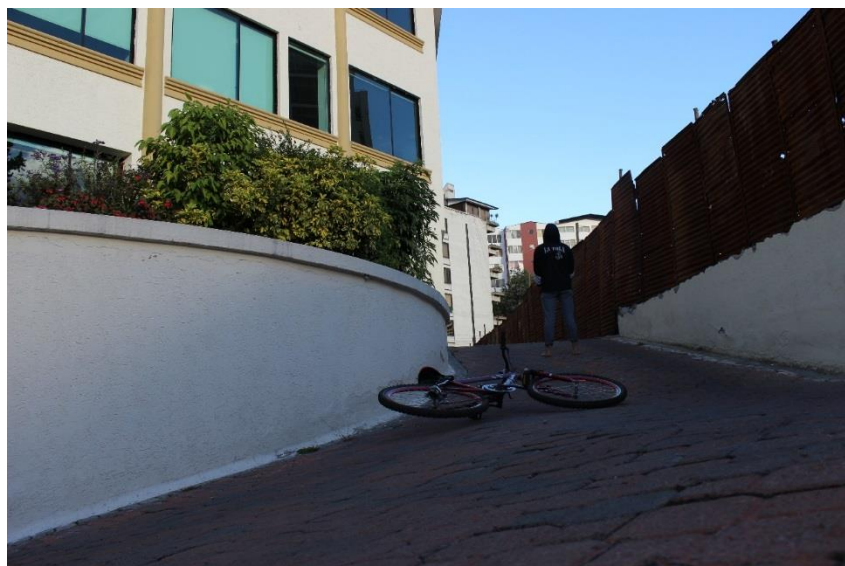


Figura 4.12 Foto elegida por Marino para representar el momento inmediatamente posterior a su migración

Posterior al ejercicio fotográfico, siguió un taller de elicitación en el cual todos los participantes hacían una lectura del tarot interpretando espontáneamente las figuras de las cartas. La lógica era la siguiente: cada participante recibía una lectura que era realizada de manera grupal por los demás, hasta que todos hubiesen tenido su tirada de cartas. Esta actividad aunque sirvió principalmente para estrechar la confianza entre interlocutores (ya que ellos invitaron a una nueva interlocutora: Uvanid), surgieron algunos datos relevantes asociados a los cambios y la apertura, por su parte, el tema de la violencia quedó marginalizado denotando nuevamente la necesidad de olvido y fue remplazado por planeaciones en contextos que pretenden aislarse de la violencia, pero que sin embargo, como se ha señalado, hacen parte constitutiva de su experiencia. Acá pude apreciar a la movilidad como opción transformadora.

Por ejemplo, en la lectura realizada a Echelon (ver fotografía 4.13), Uvanid menciona el cambio y el salir:

“Lo que esto me dice es que eres una persona muy cuadrada, eres muy solitario y no quieres salir de tu zona de confort, y lo que las cartas me dicen es que por afuera te espera un mundo maravilloso, con personas que quizá te quieran, pero no quieres abrirte a eso” –hace tal referencia por la alta presencia de figuras que conforman cuadros, con excepción de la carta

en la que aparece el caballo, que es la que asocia con la necesidad de salir- (Lectura de Uvanid a Echelon, Abril 9 de 2016).



Figura 4.13 Lectura de Uvanid a Echelon.

Del mismo modo, en la lectura que me realizan a mí, señalan los cambios, el movimiento y las transformaciones:

Tiene una mariposa hermosa ¿sabe que la mariposa significa cambio?, la mariposa significa cambio... o sea los cambios son buenos porque eso de una oruga, pasar a ser una mariposa es como tener más libertad y hacer un poco más lo que uno sienta sin importar lo que piensen los demás... Y este es usted sobre una barca, la barca representa el largo camino que debes recorrer aún, o sea vas a navegar por muchos lugares en los cuales vas a encontrarte, por lo menos aquí, con aguas turbulentas. Vas a encontrarte en lados que tengas muchas turbulencias y en otros donde no las tengas, por eso la barca está de color blanco (Lectura de Uvanid a mí, Abril 9 de 2016).

En la lectura realizada a Marino vuelven a sobresalir aspectos asociados a la movilidad y el desarraigo aparece como una nueva expresión, que se manifiestan en la dificultad de asumir un asentamiento permanente y de asociar las raíces a Colombia, pues a pesar de ser el lugar de nacimiento de Marino, él parece ver que sus raíces están en Ecuador, porque como afirma, lleva más tiempo de su vida residiendo allí. En la carta que propicia esa discusión aparecen dos ramas que se encuentran ubicadas paralelamente en los extremos laterales, estas fueron asumidas como raíces (Ver figura 4,14) y de allí se desprende el siguiente diálogo:

Uvanid: “¡No! ¿Sabe que es esto? Como frutos sembrados, las raíces indican eso, como cuando plantas una semilla y de una u otra forma si está en buena tierra, va a dar fruto”. Sofi: “¿Tu de aquí de Ecuador te vas a ir a otro lugar o te vas a quedar aquí?”

Marino: “.Si!, por supollo (sic) que me voy a ir”.

Sofi: “Yo pensaría que es eso, como que de un lado está abajo la raíz Colombia y otro poco echar raíz acá mientras sales”

Marino: “¿y cuál sería más fuerte? Yo aquí veo unas raíces más fuertes que acá”.

Diego: “Es que las raíces más fuertes puede que si estén en Colombia”.

Marino: “O acá, porque es donde he vivido la mayor parte de mi vida” (Lectura e interacción grupal, Abril 9 de 2016).



Figura 4.14 Lectura grupal a Marino que toca el tema de las raíces

Como último elemento a resaltar, está otro momento en la interpretación a Marino, pues aparece la idea de transición de la agresividad a la “paz”, en la que se asocia el giro y el movimiento como la forma de lograrlo. Empleo el término “paz” porque fue usado por ellos para referirse a una situación futura de Marino en la que podía modificar ciertas conductas violentas. En esa expresión también se ve claramente como es utilizado el discurso que asocia lo blanco con lo puro y lo sosegado, como ocurrió en mi lectura cuando mencionaban el barco, pero en este caso la analogía está basada en un oso polar que representa la dualidad paz-agresividad que es ofrecida con frecuencia en la discursividad. El animal, tiene a su lado una rueda de piedra, que representa la posibilidad de cambiar, ese cambio está en el

movimiento, el cual es igualmente asociado a una veleta que aparece en la carta (ver figura 4.15). Todo esto, en su conjunto es una expresión de las apropiaciones que se realizan de las narrativas oficiales y una muestra clara de la agencia de los jóvenes:

Yo creo que el oso de por si es salvaje... esto también gira, esto es una rueda y una veleta... nosotros como seres humanos, tenemos una parte salvaje y agresiva, puede que sea esa parte tuya que está reflexionando un poco. Pero es un oso polar y es blanco...? Pero el color blanco que representa para vos? Paz, por eso, está cambiando eso. O sea vas a cambiar en tu camino (Uvanid y Echelon, Abril 9 de 2016).



Figura 4.1513 Asociación agresividad-paz en la lectura de Marino.

Un tiempo después, las actividades se centraron en la corporalidad, donde se mostró al cuerpo como el escenario y el lugar de la memoria a la vez que se evidencia como la bodega de la subjetividad, pues es la muestra físico-psíquica de la experiencia. La estrategia metodológica consistió en realizar una cartografía corporal, en la que cada participante, incluyéndome, dibujó un mapa de su cuerpo, en el cual ubicó las marcas que el conflicto y otras experiencias habían dejado en su cuerpo, lo que produjo narraciones sobre las maneras en que construyen su corporalidad basados en sus experiencias de vida, siendo la violencia el elemento que da sentido a sus narrativas.

El hecho de que yo hubiera iniciado con el ejercicio (ver figura 4.16) permitió que ellos realizaran con soltura la explicación de su cartografía corporal, pues mostré situaciones de

Ella inicia su explicación hablando sobre una estrella que dibujó en su mano izquierda, la cual corresponde al recuerdo de su padre quien era comunista, ideología con la que ella misma tiene algunas afinidades. Más adelante vuelve a referirse a su padre por medio de una pistola que dibujó cerca de su pecho, la cual representa el arma que solía ser de su padre, esta marca la asocia con el dolor porque le atribuye el hecho de que hoy en día se encuentre sin una familia, razón por la cual también dibuja su corazón cortado:

Esta es el arma de mi papá, y la dibujen en el pecho porque sí me dolía mucho que el hiciera cosas malas. Y no quiero juzgar a mi papá ni a nadie, pero el hecho de que el haya sido una persona no muy buena con los demás ha hecho que yo sea una persona hoy en día sin papá, entonces es malo. Y este es mi corazón y está cortado y todo eso y es por lo mismo, porque sufro mucho por el hecho de no tener familia. Entonces por eso dibujé ese corazón así (Uvanid, Abril 19 de 2016) (ver figura 4.17).

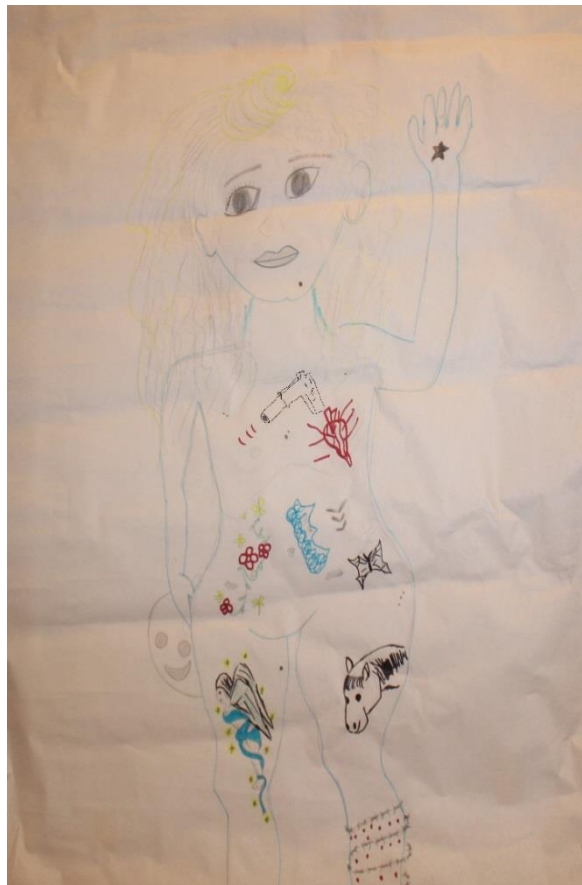


Figura 4.17 Cartografía corporal de Uvanid.

Del mismo modo hace alusión a la naturaleza como fuente de tranquilidad y placer, al murciélago por un disfrute de la oscuridad, la mar por su signo zodiacal, a los caballos por ser

su animal favorito, ya que fue el primer regalo que le dio su padre, a las máscaras de felicidad que debe usar socialmente, la cual sostiene con su mano derecha, a una figura femenina con la que vincula a todas las mujeres de su familia por su imposibilidad de tener hijos, y finalmente se refiere a sus piernas atadas y doloridas con las que ha tenido que recorrer varios caminos:

Esto es una máscara sonriendo, porque acá estoy triste y acá está la máscara sonriendo. Porque la mayoría de las personas que me conocen nunca saben nada de mi vida y siempre piensan que soy una persona alegre y con familia y todo eso, pero no es así.

Y estas son mis piernas que están un poco atadas. Pero esas ataduras son cosas, no es que estén amarradas realmente sino que son cosas que pasan que a uno siempre lo atan y duele mucho y también porque he recorrido muchos caminos con sufrimientos (Uvanid, 19 de Abril de 2016).

En su narrativa es muy marcada la tristeza que le genera el hecho de no contar con una familia, pero además aparece el dolor que implica tenerse que mover con las piernas atadas por situaciones asociadas a la violencia, pese a ello el movimiento es una necesidad y en algunas ocasiones también es una forma de enfrentar las violencias y afrontar las tristezas, por ejemplo, le gusta moverse hacia entornos naturales, y por eso dibujó las flores y las mariposas en su mapa corporal, o dirigirse hacia parques o lugares donde hayan caballos: *“me voy a visitar caballos, porque desde niña el primer regalo que me dio mi papá fue un caballo, entonces desde niña me gustaban mucho y el cada vez que llegaba a visitarme nos íbamos a pasear a caballo”* (Uvanid, 19 de Abril de 2016).

De otro lado se pueden evidenciar tanto en las narrativas como en las representaciones realizadas en el mapa corporal de Uvanid, la presencia de una necesidad de olvido, así el cuerpo se esté mostrando como el lugar de la memoria y esto se debe a lo que en el capítulo 3 denominaba como la irrepresentabilidad de la violencia, es decir está el recuerdo de su padre, pero ella no lo representa de manera directa sino por medio de una convención ideológica que se lo recuerda y que al mismo tiempo vincula con el dolor pero que sin embargo es un referente para su vida. Su padre ocupa un lugar ambiguo, es para ella un ejemplo y al mismo tiempo es culpabilizado por su dolor, esto demuestra que la violencia fue quien dio sentido a esta subjetividad y no es su padre la figura conflictiva sino la violencia misma, que aún se encuentra vigente en su experiencia y en su cuerpo como centro de almacenaje de las vivencias. De este modo cuando yo le pregunté sobre si su padre era un referente para su vida

tras la explicación de su cartografía corporal, ella me respondió: *“si claro, o sea, mucho porque...yo no quiero hablar de eso, no puedo”*. Está en esa parte, más que en cualquier otra, lo inefable, la necesidad de olvidar y de moverse, que son la capacidad de agencia que ella misma posee.

Es evidente que la violencia ha dejado marcas y dilemas entre lo que se pretende recordar, olvidar, callar o contar, así como lo señala Castro *“la violencia orienta al cuerpo en su intento unitario, es una unidad cifrada, sea en una imagen, sea en un nombre por la vía del significante”* (Castro 2002, 42). Ese ciframiento se percibe en todas las explicaciones de Uvanid por medio de los significantes, los cuales enaltecen ciertos elementos, muestran las fracturas y ubican a otros aspectos dentro de lo inefable, remitiéndome nuevamente a Castro, *“la violencia enuncia el cuerpo en su padecer, en su vacío de goce como propio de su inefable experiencia”* (Castro 2002, 42). Pero en cualquier caso se trata de impresiones permanentes donde *“los ecos de la guerra hacen su presencia perenne en el cuerpo exponiendo sobre este sus roturas. De la guerra quedan, como inscripción sus cicatrices que suscitan siempre una mirada que interroga”* (Castro 2002, 43).

Después de Uvanid fue Echelon quien explicó su cartografía (Ver figura 4.18), él por su parte se centró mucho en las estrategias de afrontamiento, que también son una respuesta subjetiva de la violencia, por ejemplo dibujó su cabello de varios colores, que corresponden a las tonalidades de tinte que ha utilizado, y esto se debe a que es una de sus mayores formas de expresión y desahogo: *“es una forma tal vez de decir muchas cosas que no puedo decir con palabras, entonces para mí es una forma de desahogarme y una forma de expresar lo que siento y lo que quiero”* (Echelon, abril 19 de 2016).

Cuando Echelon se refiere a sus cabellos como una forma de expresión y de decir lo que no puede enunciar mediante el habla, revela a su cuerpo como un objeto íntimo ypreciado, esto se debe a las vivencias que lo atraviesan y que encarna, a través de lo cual construye una imagen, y en tanto imagen es una forma de expresión, que revela, tal como lo argumenta Butler, una situación en el mundo en la que intervienen paralelamente modalidades raciales, de clase, étnicas, sexuales y sociales, a las cuales la autora llama *“simultaneidad de opresiones”* (Butler 2002,134) y, como en toda forma de opresión aparecen construcciones y formas de comunicabilidad silentes en voz pero sonoras en soportes significantes, que muestran al cuerpo como lugar que se habita y que cuenta con una historicidad que lo moldea.

Echelon revela al igual que Uvanid, la importancia de algunos silencios y las necesidades de olvido, cuando explica la ansiedad que sitúa en la boca, sensación que se genera cuando quiere decir cosas que no puede transmitir hablando. Esto nos sitúa nuevamente en espacio de la irrespresentabilidad y posiblemente a esto se debieron las palabras reducidas en anteriores ejercicios por parte del interlocutor, en este caso el poder situar la experiencias en su cuerpo minimizó esa característica: *“Puse ansiedad directamente en mi boca porque muchas veces me han dado esas ganas de decir cosas y expresar cosas y tal vez no lo he podido hacer, entonces me da mucha ansiedad cuando quiero decir algo y no puedo”* (Echelon, 19 de Abril de 2016).

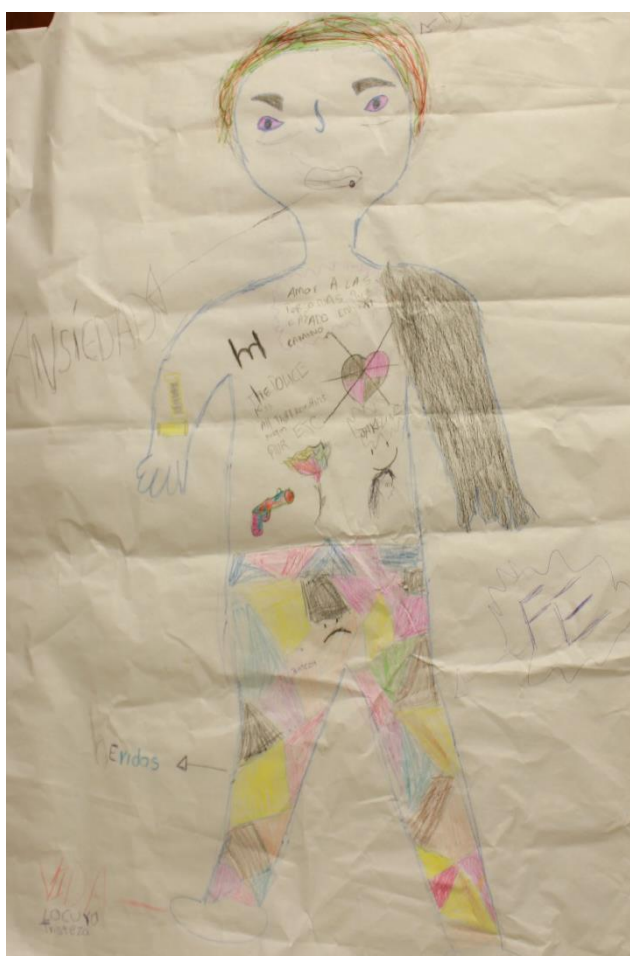


Figura 4.18 Cartografía corporal de Echelon

También hace alusión al amor y a las formas de sociabilidad que hacen parte del proceso de movilidad y de las experiencias subjetivas, pues estas se dan en muchos de los casos con personas que han vivido procesos similares, como es el caso de sus compañeros y compañeras de RET, del mismo modo resalta la difícil intensión de *comenzar de cero*, lo cual se complica

precisamente porque es la violencia la que ha dado sentido a esas experiencias y subjetividades y la que ha permitido gran parte de sus sociabilidades:

Acá puse amor a las personas que he hallado en mi camino, porque tal vez llegar a un país, llegar a conocer nueva gente, llegar a conocer nuevas culturas, dedicar tu vida a otras cosas, es como empezar de cero y es algo que muchas veces se nos complica. Y para mí ha sido muy complicado asociarme con personas, entonces al asociarme con personas nuevas les llego a tener un amor tremendo, porque han estado ahí en el momento en que en realidad los he necesitado, entonces como que he aprendido a valorar más la amistad, entonces amo a mis amigos y a las personas con las cuales me asocio cada día (Echelon, 19 de Abril de 2016).

En su mapeo, hace uso de muchos colores los cuales vincula con sus procesos de afrontación y con un componente emocional, por ejemplo su corazón lo dibuja con segmentos rosados y negros que asocia con un equilibrio entre la sensibilidad y la fortaleza. También dibuja un arma colorida porque fue lo que generó el desplazamiento, dejar sus amistades y dispersar la familia, pero al mismo tiempo fue lo que permitió conocer nuevas personas y por eso *“los colores tratan de cubrir todo esto malo con algo de felicidad”*, lo mismo ocurre con la rosa de colores que representa a todas las nuevas personas que conoció durante su proceso de movilidad y con los pantalones que también son multicolor lo que él explica diciendo que:

A pesar de los problemas que he tenido, siempre los he sabido cubrir de diversas maneras, en este caso los colores representan la felicidad tratando de tachar las partes negras, que cada vez que me acuerdo me van afectando, entonces quise representar que todo va quedando atrás poco a poco. Puse heridas en las rodillas, porque al estar en un país que ha generado tanta violencia te quedan cicatrices, por lo menos yo tengo una cicatriz en mi rodilla (derecha), por eso la dibujé. Pero al mismo tiempo esa parte negativa se convierte en esto (fe), que puse fe sobre mi otra rodilla, porque ha sido el sustento de todas esas cosas y todas esas heridas que poco a poco han ido sanando (Echelon 19 de abril de 2016).

Es síntesis, la corporalidad que dibujó Echelon da cuenta del movimiento y las formas de asociación y sociabilidad, que son, sus estrategias de afrontación. Un punto importante que debo resaltar es el hecho del recubrimiento con color, el cual fue reiterado en varias ocasiones por él mismo, pues es una forma de ocupar vacíos y sanar heridas, pero tal como ocurre con las heridas físicas, dejan una marca y por más que se pongan vendajes o colores, dejan una huella que hace parte de la subjetividad, esa huella, como se ha señalado antes y como lo

afirman las narrativas de los jóvenes durante todo el proceso etnográfico, fueron generadas por la violencia y es esta misma la que da sentido a sus experiencias y con base en ella las complementan, las resignifican y sobre todo las movilizan, por eso, como señalan, es difícil o prácticamente imposible empezar de cero, en su lugar enriquecen su trasegar con otras formas que se despliegan de la movilidad, pero que de igual forma no hubieran podido tener lugar sin la violencia. Así pues, siguen enfrentados a una violencia que siempre hace parte de su existencia y que ha hecho parte de su construcción como sujetos.

Esto remite nuevamente a la memoria corporizada y siempre presente, que como lo advierte Heffes *“es en la esfera de lo corporal donde está inscrita nuestra memoria: ahí emerge la capacidad de recordar ya que las marcas que habrá de suturar simbólica, individual o colectivamente, quedan guardadas en este espacio atravesando la completud de la persona”* (Heffes 2013, s/p). Se construye así un recuento implícito, reciente, narrativo y transversal espaciotemporalmente porque *“hablar de historia reciente significa hablar de un pasado que no pasó. De un momento histórico que sólo permite ser expresado por la existencia idiomática de un gerundio”* (Heffes 2013, s/p).

Finalmente Echelon habla sobre sus pies, en los cuales escribió *vida, locura y tristeza*:

Vida porque en realidad gracias a ellos estoy vivo, porque sin pies con que movilizarme en momentos de violencia, estaría pienso yo, muerto. Locura porque son los que me ayudan a moverme a caminar y a saltar y todas estas cosas, entonces son como una base fundamental para mí. Tristeza porque muchas veces son los que te llevan a lugares donde tu menos esperas encontrar violencia o estas cosas.

En esta última explicación se puede ver de manera contundente lo que la movilidad representa: es *la base* y la garantía de vida y la capacidad de agencia en su máxima expresión. La movilidad es el sustento de la experiencia incluso por encima de la violencia que da sentido a su subjetividad, pues de otro modo la muerte habría dado fin a su construcción como sujeto y su cuerpo individual no habría podido revincularse a un cuerpo social. En este sentido comprenderse vivo implica comprender al cuerpo y la subjetividad en sus dimensiones invisibles en el entorno que el sujeto se inscribe, así la subjetividad *“se extiende a la competencia del sujeto para tener consciencia de sus deslizamientos, sensaciones corporales, dominio de la corporalidad, registro de las sensaciones físicas y la fluidez de sus movimientos”* (Cachorro 2008,5).

Después de Echelon fue Marino quien explicó su mapa corporal (Ver figura 4.19). De su mapeo sobresale nuevamente un corazón roto que se refiere a todas las tristezas acumuladas en la vida, principalmente en lo que se refiere a pérdidas de amigos y familiares y a la imposibilidad de saber llevar en determinados momentos ciertas situaciones. También resalta el conflicto consigo mismo por el hecho de migrar y dejar el entorno rural en el que paso su primera infancia:

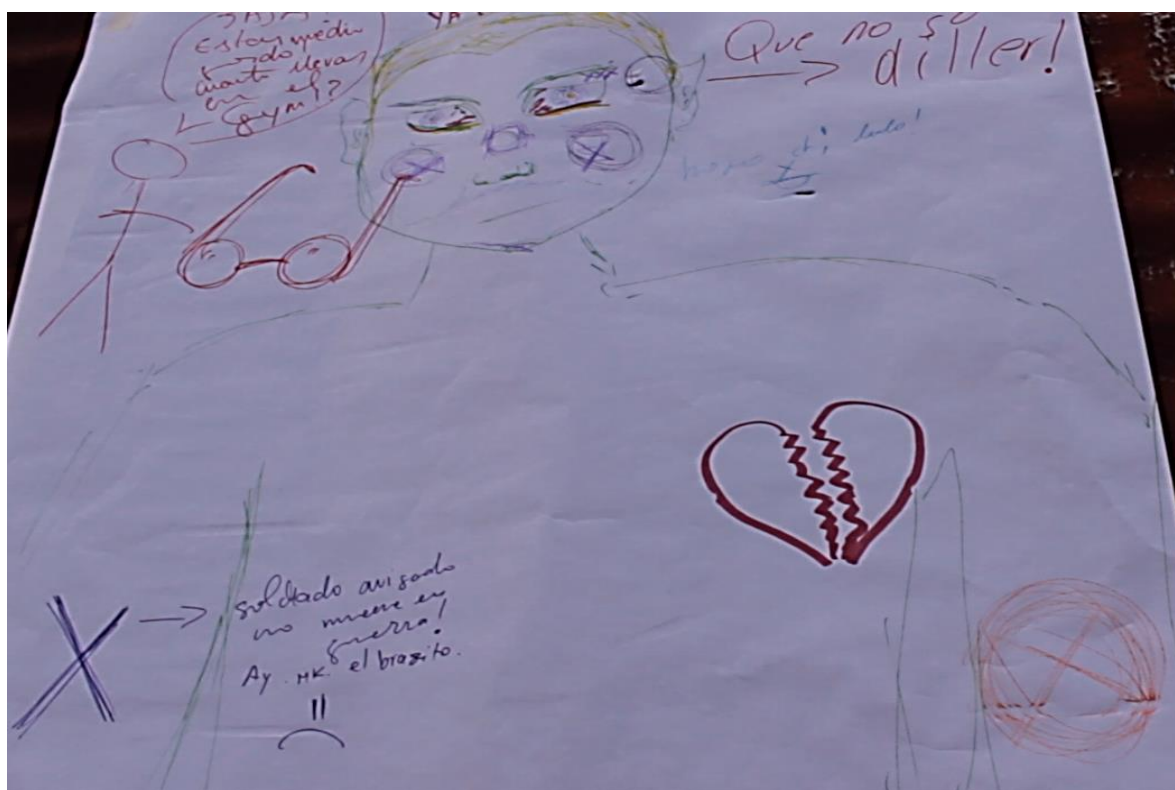
Está esa tristeza que tiene uno al dejar su origen, al abandonar sus raíces y hacer parte de la globalización en ese sentido de que uno vive en la naturaleza, convive con la naturaleza, es parte de ella y de un momento a otro, decide dejarla, de una manera muy quebrantable por así decirlo, como quien diría muy traicionera. Porque es como que alguien te diera todo de sí y en algún momento le fallas y le das una puñalada por atrás. Entonces también significa eso.

Siempre he sentido que tengo ese deber de hacer algo, pero muchas veces he llegado a la conclusión de que no sé qué es ese algo y eso me ha generado más conflicto conmigo mismo (Marino 19 de abril de 2016).

En otro momento hace alusión a los golpes de la vida, los cuales sitúa en su rostro por medio de círculos y equis. Los golpes a los que se refiere son tanto físicos como simbólicos. Después de pasar por muchas dificultades en su proceso de movilización, decidió incursionar en el boxeo “*para tratar de olvidar*”, lo que nuevamente revela esa necesidad de silenciar los recuerdos, y en este caso también de golpearlos, de enfrentarlos, desde su narrativa se trataba de cambiar un dolor por otro, por uno físico que pudiera ver cicatrizar:

Entonces todos los días llegaba a la casa con la nariz reventada, con un pómulo hinchado, con sangre, con los labios rotos, muchas veces con los ojos hinchados...pero me dejó mucho aprendizaje, un estado físico muy bueno y un millón de golpes en la cara, pero me gustó...fue como sustituir un dolor por otro que a la larga sanaría más rápido (Marino, 19 de Abril de 2016).

Figura 4.19 Cartografía corporal de Marino



La movilidad y el tema de las raíces es también un motivo de conflicto, porque en el caso de Marino, él no se siente con toda certeza de un lugar y por eso moverse sigue siendo una prioridad. El conflicto se incrementa cuando piensa en el entorno rural abandonado, como se veía líneas atrás, o cuando se obliga circunstancialmente a elegir entre Colombia y Ecuador, allí es donde Marino se conflictúa más:

Es que por un lado yo tengo muchas contradicciones contra Colombia, ¡Que va la madre! Yo he hablado con algunos amigos míos de la infancia y por ejemplo uno de mis mejores amigos, de mis parceros está en la cárcel todavía, porque casi mata a la novia porque abortó al bebé que él iba a tener de ella, mucha gente anda metida en vueltas muy *heavys*, muy peligrosas, yo me pongo a pensar y digo, si yo me hubiera quedado allá en Colombia lo más seguro es que a mí me hubiera pasado igual. Entonces digo, para bien o para mal, con discriminación o sin ella, o con xenofobia o con lo que sea, Ecuador me ha ofrecido cosas muy buenas. O sea es que Colombia... es una maricada muy difícil, porque es como pasar de un infierno a otro pero con diferentes diablos. Cuestiones como muy más, no creo que todo el mundo piense así porque hay gente que en Colombia vivió cosas muy bonitas y yo también lo hice pero porque era muy niño, entonces me di cuenta que según va creciendo uno, el mismo ambiente lo va envolviendo en cosas súper malas, y ser un pelao correcto, un pelao bueno, es muy difícil. Aparte digo, yo en Colombia no hubiera

tenido todas las oportunidades que he tenido acá en Ecuador, o sea humildemente o como se diga he tenido muchísimas oportunidades para salir adelante, por ejemplo esto que estamos haciendo, sabrá dios si en Colombia algún día lo habría hecho con alguien más, o si algún día me hubiera relacionado con algún universitario (Marino 19 de abril de 2016).

Pese al conflicto que le genera, se inclina a preferir Ecuador y es porque allí precisamente ve más oportunidades de sentirse más alejado de la violencia, sin embargo al ser parte de su experiencia, está incorporada, el creer en la posibilidad de distanciarse de ella le permite sentirse tranquilo y en un entorno favorable para ser “*bueno y correcto*”. Si bien la corrección y la bondad se inscriben dentro de una categoría moral, ésta es dada por el mismo como una forma de bienestar y representa su agencia y solo puede ser lograda esa meta moral, por medio de la movilización.

La violencia como constructora de sentidos siempre está presente y aun con diálogos, acuerdos y negociaciones es una realidad que hará parte de las construcciones de todas las personas que se han visto sometidas a ella y por ello no es posible hablar de posconflicto, porque se trata de experiencias de afrontación que siempre están movilizadas por la violencia.

En términos generales, todos los mapeos, revelan las marcas generadas por las experiencias, pero también, los nervios, la ansiedad y la tristeza, así como las demás asociaciones simbólicas que se ubican en la corporalidad. Esto es a lo que Nancy Schepper-Hughes ha denominado *procesos de incorporación*, con los cuales se refiere a las formas de habitar el cuerpo, constituyéndose éste como lugar de la memoria, por eso las incorporaciones no sólo se instalan en el cuerpo, sino que conllevan a prácticas y hábitos, siendo “*formas de usar y estar en el cuerpo y en el mundo*” (Scheper-Hughes 1997, 184). A la luz de estos planteamientos, es posible identificar y pensar muchas formas de praxis corporal, que van desde dormir o tener sexo, hasta trabajar o vincularse a determinados deportes que implican movilidad, como en el caso de la totalidad de mis interlocutores, en quienes se puede apreciar la afición por actividades que implican un alto grado de movimiento, por ejemplo Echelon practica patinaje de velocidad, siendo los patines el único objeto que se trajo y que conserva después de su migración, a bicicleta en el caso Mr.B. y de Marino, quienes la usan no sólo como medio de transporte para distancias cortas e intermedias, sino también como objeto de valor asociado a recuerdos y a la energía en movimiento y transformación: para Mr B. la bicicleta es “*energía permanente y la capacidad de pedalear hasta donde se quiera llegar*”

(esta metáfora representa el cumplimiento de las metas y la superación de los obstáculos) y para Marino es el buen recuerdo de su infancia (su primera infancia que vivió felizmente en el campo), pues en el municipio de origen era no solo un juego para los niños, sino el medio de transporte de gran parte de sus pobladores; finalmente esta la movilización de Uvanid hacia parques o el galopar en caballo cuando se quiere sentir mejor.

Siguiendo en sintonía con la movilidad como acción y agencia, presentes en los mapas y narrativas de los jóvenes, quiero valerme de algunos planteamientos de Le Breton quien además de sugerir al cuerpo como hábitat del individuo, señala que *“El cuerpo es en cierta manera, lo que queda cuando se perdieron los otros”* (Le Breton 2002, 153) y en este sentido es lo que permite el anclaje y la permanencia de los vínculos simbólicos que los unen con los demás miembros de su familia y comunidad. Esto es particularmente importante en los casos de Echelon, Uvanid y Marino, pues tras los procesos migratorios perdieron la vinculación vecinal y física con muchos seres queridos y familiares y es solo por medio de su corporalidad y su forma de habitarla que pueden permanecer en contacto.

Del mismo modo, Le Breton, manifiesta como desde el Neolítico el hombre posee el mismo cuerpo en su dimensión física, cuyo uso se caracterizó por la necesidad de moverse de un lugar a otro en aras de sobrevivir ante condiciones hostiles y fluctuaciones climáticas o medio ambientales, sin embargo desde los años 50 y 60 del pasado siglo, la movilidad se redujo, al igual que la resistencia física, de este modo los recursos del cuerpo se tornaron pasivos remplazando la fuerza muscular por la tecnológica. A este fenómeno el autor le dio el nombre de *cuerpo supernumerario*, que es una respuesta a las formas de relación con el mundo, de este modo la experiencia configura al cuerpo (Le Breton 2002, 159-163). Esto tiene mucho sentido, máxime cuando la experiencia de carácter violento que han experimentado los jóvenes que participaron de esta investigación, los condujo a retomar la movilidad como forma de sobrevivir y como estrategia de bienestar emocional.

Para finalizar este segmento referente al cuerpo y la movilidad, queda faltando la razón por la cual implementamos la cartografía o mapeo corporal, en primer lugar esto se debe como lo expresa Galuska (2007) a que las historias artísticas, en este caso por medio de mapas corporales, ofrecen una forma de expresión más fiel a la experiencia y no son tan limitadas como las historias de narrativas orales, además los mapas del cuerpo ofrecen una autoexploración libre y sin direccionamientos adicionales, es decir las personas ubican en las

partes de su cuerpo las experiencias como desean y como las sienten, utilizando los colores, los ángulos y los objetos más acordes a sus experiencias, al tiempo que muestran como el cuerpo, “*recuerda, resiste y sobrevive*” (Galuska 2007, 261).

Por otro lado la expresión de las subjetividades y las subjetividades mismas, como se vio, siempre incluyen al cuerpo. Entonces la subjetividad es un *recorrido* y el cuerpo un *mapa* en el que toda experiencia queda impresa (De Certau en Cachorro 2008, 3).

En otro encuentro se comenzó a explorar una representación diferente por medio de la realización de títeres con los cuales los jóvenes debían contar como entendían la historia de la violencia a nivel general, es decir, no se trataba de contar como los había afectado a ellos de manera directa e individual. Mientras se realizaban los títeres, comenzamos a escuchar música y a hablar sobre ella, fue entonces que comenzaron a surgir algunos relatos de vivencias personales propiciados por géneros musicales, la conversación se direccionó hacia los géneros, ritmos o canciones que ayudaban a liberarse de la tensión. La parte posterior de explicación con los títeres no se logró realizar porque todos los participantes, con excepción de Marino, migraron nuevamente. Este hecho es un dato de gran importancia en sí mismo, porque implica la constancia de la movilidad como estrategia personal, como expresión subjetiva de gran peso y como medida de afrontación. Uvanid se fue en un intento de alejarse un poco más de Colombia porque aún continúa en riesgo y Echelon para realizar metas profesionales: estudiar biología marina en Nueva Zelanda y al mismo tiempo para reunirse con su padre que se encuentra refugiado allí. Lo anterior demuestra también que la violencia sigue muy en vigencia y se encuentran en peligro estando tan cerca de Colombia, pues de lo contrario hubiesen permanecido en Ecuador. Tras los avances en las negociaciones entre el Estado colombiano y las FARC en la Habana y el impulso que las instituciones están dando a la posibilidad de retornar, podrían volver a Colombia, pero su realidad es distinta y prefieren no someterse de nuevo a una situación en la que corran riesgo. Esta misma situación la revela también el caso de Mr.B, quien contrajo nupcias con una ciudadana europea ante la ausencia de respuestas de la aprobación de la condición de refugio en Ecuador y la situación de riesgo que corrían él y su familia (su familia emigró a Chile mientras el realiza trámites para reunificar el núcleo familiar en Europa).

Simultáneo a los talleres realizados, entregué la cámara a mis interlocutores para que la usaran en espacios diferentes a nuestros encuentros y fueran poniendo en práctica los criterios

básicos sobre fotografía y video que se vinieron realizando en cada sesión. En ese espacio ellos consiguieron otro interlocutor: Mao, y le realizaron una entrevista registrada audiovisualmente, si bien el tema de la violencia fue sugerido, las preguntas y la manera de registro fueron libres.

Figura 4.20 Captura de pantalla de la entrevista realizada por Echelon, Uvanid y Marino a Mao, un interlocutor que ellos mismos eligieron



Dentro de los datos más relevantes se destaca la narración que el interlocutor hace de la violencia, cuando le preguntaron cómo podría él contribuir a la paz:

Para construir paz en este país deberíamos comenzar por enseñar, y hablando un poco del tema del conflicto armado en Colombia, es importantísimo que la gente conozca la historia, aprenda a conocer sus territorios y aprenda a construir la paz desde sus territorios. Nosotros no podemos esperar que las personas, por ejemplo del centro de Colombia, resuelva los conflictos igual a como los resuelve la gente del Catatumbo, la gente del Caquetá, la gente del Cauca, que son perspectivas de conflictos diferentes. ¿Por qué? Porque allá está más intensificado el conflicto.

Hablemos del conflicto, por ejemplo el conflicto nace en 1948, después de la muerte de Jorge Eliecer Gaitán, esto nace como una perspectiva de asesinato a un líder político liberal, comienzan a crear guerrillas, desde Fernando Marín, alias Manuel Marulanda Vélez, desde su inicio comenzó a

gustarle el partido comunista colombiano, desde ahí ingresó y creo las FARC con sus otros combatientes, y hay que entender la perspectiva de por qué estos campesinos, se levantaron en contra del gobierno y en contra del Estado que existía en este momento.

La perspectiva mía es que si existe un conflicto armado en Colombia, pero no sólo existe un conflicto armado, existe un conflicto social que nosotros no vemos muchas veces por estar viendo solo el conflicto armado. El conflicto social es que el Estado persigue gente que construye paz y a esa gente por miedo le toca ir a resguardarse al monte, por miedo le toca ir a cambiar su vida, por miedo, muchas veces le toca salir de su país.

Entonces hoy si existe un conflicto armado, que no se va a acabar, hasta que las partes entiendan que la decisión y la voluntad no es de ellos, la decisión y la voluntad debe ser del pueblo, para el pueblo y por el pueblo. (Mao, Mayo 3 de 2016).

Acá podemos apreciar cómo se replica el discurso oficial desde la forma narrativa convencional, situando fechas y actores, sin explicar el fenómeno en sí, pero vemos también un grado de agencia por parte del individuo quien desde su construcción subjetiva, atravesada por las violencias, plantea posturas personales e ideológicas que interpelan el discurso dominante. También vemos de manera indirecta como ese interlocutor tiene claro que no existe un “posconflicto” como período de paz, sino que es una forma de llamar a la violencia en un período de transición política.

Este capítulo puede ser condensado diciendo que la movilidad es una estrategia y una opción para afrontar una experiencia atravesada por la violencia, es así mismo la forma como los jóvenes y personas refugiadas viven la violencia posconflicto, que sigue dando hoy sentido a sus maneras de habitar el mundo y que toman la forma de subjetividades, las cuales narran y expresan de formas muy diferentes dependiendo de la confianza existente entre ellos y las personas con las cuales interactúan. En todo esto el cuerpo es el lugar de almacenamiento de todas las vivencias y la forma más subjetiva dentro de todas las formas existentes, por ello explorar las corporalidades, significó adentrarse en lo más profundo de sus experiencias, narrativas, silencios, emociones, agencias y apropiaciones.

Conclusiones

Los estudios de la violencia en Colombia se han encontrado con una dificultad para definirla, porque no se trata de un fenómeno estático, sino que por el contrario es huidizo y adopta múltiples formas de acuerdo al momento histórico y el contexto de generación de la misma. Como resultado de esas características y de la imposibilidad de llegar a un consenso, la gran mayoría de los autores que han trabajado el tema, han optado por recurrir a tipificaciones y subdivisiones conceptuales, que si bien no son suficientes para comprender el fenómeno, si delimitan las arenas de investigación, segmentan las expresiones violentas y hacen más concreto su análisis, lo que permite historiar el fenómeno, es por ello que los teóricos prefieren remitirse a las violencia en plural (violencias).

Una de esas violencias es lo que actualmente se conoce desde el discurso como “posconflicto”, que se refiere a un momento de transición política, basada en acuerdos, negociaciones, dejación de armas y cese de hostilidades entre actores previamente enfrentados, sin embargo este proceso y para el caso concreto de Colombia, no se da con todos los actores de forma simultánea, así, mientras dos partes acuerdan, las demás siguen en beligerancia y actores como los paramilitares siguen operando pese a su “reincorporación a la vida civil” pero bajo el nombre de BACRIMS.

Muchos de los trabajos sobre el tema de la violencia colombiana han sido de tipo descriptivo y lineal y no llegan a una aprehensión de los fenómenos violentos, esto se debe en gran parte a que se han desconocido los procesos subjetivos que se tejen alrededor, los cuales se vinculan directamente con las experiencias, mismas que a su vez están contenidas en los cuerpos de los individuos que han experimentado situaciones de violencia o que han construido parte de su ser y estar en el mundo, en contextos violentos. Los procesos de movilidad humana son con frecuencia propiciados por esas vivencias y tienen lugar, por lo menos inicialmente y en la gran mayoría de las veces, en países fronterizos (como Ecuador) con el país expulsor (Colombia). Esos procesos de inmigración internacional, tienden a ser progresivos en términos de distancia, es decir, inicialmente se dan en zonas de frontera, pero posteriormente los procesos de movilidad procuran un distanciamiento y una continuidad, conduciendo a un fenómeno que se conoce como la diáspora colombiana o presencia de colombianos en todos los lugares del mundo.

Esos desplazamientos geográficos, implican no sólo un movimiento físico, sino que también trasladan, las ideas, las expresiones, las tensiones, los miedos, las expectativas, las estrategias de afrontación, las formas de vivir, los hábitos, las estéticas de lo mórbido y la violencia misma y todo esto se alberga en las corporalidades, lo que hace que el cuerpo sea una memoria corporizada o el lugar de la memoria. Entender esto es entender el fenómeno concreto alrededor de la violencia ya que es ella la que dota de sentido las experiencias y la que da lugar a las subjetividades, que a su vez son las únicas capaces de dar bases explicativas para la comprensión de un fenómeno violento, que en este caso fue el “posconflicto”.

El cuerpo no solo es el lugar que alberga la experiencia, sino que también es productor de imágenes y una imagen en sí mismo. De este modo, al emplear a las imágenes como mediadoras del diálogo, se rompe con el discurso, se da paso a las palabras, expresiones y silencios y se activan las memorias que emanan de las subjetividades de los y las participantes.

Intentar analizar desde otra óptica que no tenga en cuenta las subjetividades corporizadas, es hablar desde el discurso y por ende desde el poder, que siempre está relacionado con la generación de expresiones violentas, de este modo se estaría incurriendo nuevamente en la generación de contextualizaciones y explicaciones basadas en criterios enunciativos y meramente nominales, donde se listan actores violentos y temporalidades, sin llegar al centro del problema, o a la comprensión de las problemáticas, recayendo en construcciones arquetípicas.

En cambio, al abordar el tema desde las subjetividades, queda claro que en primer lugar el “posconflicto” sigue siendo una forma de llamar a la violencia y en segundo lugar que la violencia sigue operando de manera transversal en los sujetos en todas y cada una de sus dimensiones: física, simbólica y cotidiana. Es así como la movilidad se deviene no solo como un problema, sino también como una solución y como la estrategia de afrontación de las violencias por excelencia, representó al mismo tiempo una capacidad de agencia que es portada en las corporalidades de los sujetos; es junto con el cuerpo la máquina y el motor, la memoria y la necesidad de olvido, el trauma y la elaboración, la muestra misma de un proceso de cicatrización que cura pero que deja huella, la vacuna que con una pequeña dosis de la enfermedad logra contrarrestar los efectos nocivos, es en suma la máxima expresión de los procesos de apropiación de los discursos, la resistencia y la transformación.

Para el caso de esta investigación, la etnografía se constituyó como un elemento de gran peso en la construcción de conocimiento, para la cual los procesos de establecimiento de lazos de confianza y las herramientas metodológicas utilizadas fueron cruciales, pues por medio de ellas se logró construir imagen permanentemente, siendo ella la que hizo de mediadora del diálogo y la que activo memorias. Así, la confianza permitió expresar silencios o romperlos, progresivamente se fue construyendo y elaborando colectivamente a través de la fotografía, el video y la interacción, pero sobre todo a través de nuestros cuerpos que son el lugar de la memoria y de almacenamiento de la experiencia. Del mismo modo el cuerpo se evidenciaba como imagen, o más bien la imagen se hacía nuestro cuerpo como resultado de la interacción de este con el medio, haciendo posible la cristalización de la experiencia.

Colectivamente fuimos hilvanando la corporalidad y entendiendo de forma individual para llegar a comprender, por lo menos en parte, ese gran cuerpo social del que hacemos parte, el cual se encuentra tan atravesado como nosotros por la violencia, quedó en evidencia que la violencia como constructora de sentidos siempre está presente, que aun con diálogos, acuerdos y negociaciones es una realidad que hará parte de las construcciones de todas las personas que se han visto sometidas a ella y por ello no es posible hablar de “posconflicto”, porque se trata de experiencias de afrontación que siempre están movilizadas por la violencia.

Todo esto quiere decir que no es posible concluir, que no es posible dar un cierre, porque seguimos en movimiento con un pasado siempre presente, seguimos elaborando, apropiando y viviendo desde la violencia pero no para ella, por eso se nos torna irrepresentable y solo podemos hablar desde el silencio y el cuerpo.

Seguimos rodando, como se titula el video que se desprendió del proceso investigativo. Así, como “rodando”, se referían las abuelas colombianas cuando alguien o algo no encontraba un “puesto” o un lugar fijo, esto no quiere decir que estuviera perdido, sino que estaba en movimiento, eso mismo es lo que expresa la diáspora, eso mismo refleja el video ante una violencia “posconflicto” que solo puede ser representada de esa manera, de una manera móvil y activada más eficazmente por la mediación de la imagen. En última instancia rodar o moverse ha sido la mayor estrategia de afrontación.

Lista de referencias

- AFP. 2016. “¿Cómo reparar a las víctimas del conflicto que salieron del país?”. *El Espectador*. 27 de junio de 2016.
<http://www.elespectador.com/noticias/judicial/reparar-victimas-del-conflicto-salieron-del-pais-articulo-640138>.
- Aquino Moreschi, Alejandra. 2013. “La subjetividad a debate”. *Sociológica* 28: 259-278.
- Barrero, Edgar. 2011. *De los pájaros azules a las águilas negras. Estética de lo atroz: psicohistoria de la violencia política en Colombia*. Bogotá: Ediciones Cátedra Libre.
- Benjamin, Walter. s/f. “Para una crítica de la violencia”. *Philosophia Escuela de Filosofía Universidad de ACRIS*. www.Philosophia.cl.
- Bermúdez, Diana Janneth, Diana Paola Parra Espejo, Laura Patarroyo Gómez y María Elena Peña Reyes. 2013. “Construcción de subjetividades en procesos de participación juvenil e incidencia en el desarrollo comunitario”. *Aletheia* Vol. 5 N1 (enero-junio): 33-67.
- Blair, Elsa. 1999. *Conflicto armado y militares en Colombia: cultos, símbolos e imaginarios*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Blair, Elsa. 2005. *Muertes Violentas: la teatralización del exceso*. Medellín: INER.
- Blair, Elsa. 2009. “aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición”. *Política y Cultura* 32: 9-33.
- Bourdieu, Pierre. 1999. *La miseria del mundo*, Madrid: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Bourgois, Philippe y Nancy Scheper-Hughes. 2003. *Violence in war and peace*. Malden: Blackwell publishing.
- Buttler, Judith. 2002. *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires. Ediciones Paidós.
- Cachorro, Gabriel. 2008. “Cuerpo y subjetividad: Rasgos configuraciones y proyecciones”. *Jornadas del cuerpo y la cultura de UNPL*. 15 al 17 de mayo de 2008. Universidad Nacional de la Plata.
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.697/ev.697.pdf.

- Camacho Álvaro, Duncan Gustavo, Steiner Claudia, Vargas Ricardo y Wills, María Emma 2009. *A la Sombra de la Guerra*. Universidad de los Andes. Bogotá.
- Castro, María Clemencia. 2002. “Investiduras, destrozos y cicatrices o del cuerpo en la guerra”. *Desde el Jardín de Freud*. Bogotá Universidad Nacional 2002 38-45.
- Chethuan, Giovvana. 2009. *El postconflicto en Colombia: Una realidad mediática*. Bogotá: Universidad javeriana de Colombia.
- Clifford, James. 2001. *Dilemas de la Cultura: Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, Barcelona: Editorial Gedisa.
- Corral Quintero, Raúl. 2004. “¿Qué es la subjetividad?”. *POLIS: Investigación y análisis sociopolítico y psicosocial* 1(4): 187-200.
- Da Silva Catela, Ludmila. “Presentación.” En *Memoria, Olvido, Silencio* de Michael Pollak. Traducido por Christian Oliveira Rufino. La Plata: Al Margen, 2006.
- Das, Veena. “Trauma y testimonio.” En: Veena Das: *Sujetos del dolor, Agentes de Dignidad*, coordinado por Francisco Ortega Martínez, Oscar Almario García y Guillermo Hoyos, 145-170, Bogotá: Ortega Editor, Universidad Nacional de Colombia-Facultad de Ciencias Humanas-Instituto CES-Sede Bogotá, Universidad Nacional de Colombia-Sede Medellín, Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar, 2008.
- Erazo, Edgar Diego. 2006. *Subjetividad juvenil y mediación tecnológica*. Pereira: Universidad Católica Popular de Risaralda.
- Ferrándiz, Francisco y Carles Feixa. 2004. “Una mirada antropológica sobre las violencias”. *Alteridades* 27: 159.174.
- Foucault, Michel. 1996. *La vida de los hombres infames: Ensayos sobre desviación y dominación*. La Plata: Editorial Altamira. Foucault, Michel. 1993. “Verdade e subjetividade (Howison Lectures)”. *Revista de Comunicação e linguagem* 19: 203-223.
- Galuska, John D. 2007. *Mapping creative interior: creative process narratives and individualized workscapes in the Jamaican dub poertry context*. Indianápolis. Indiana University.
- Girón, Claudia, Marcela Ceballos Medina, Yolanda Rodríguez Rincón, Angelica María Nieto García, Jeimy Lorena Luenaga y Liliana Andrea Silva Bello.

- “Prólogo.” En *De los pájaros azules a las águilas negras. Estética de lo atroz: psicohistoria de la violencia política en Colombia*. Bogotá: Ediciones Cátedra Libre. 2011
- Guerra, María del Rosario y Plata, Juan José. “Estado de la investigación sobre, conflicto, posconflicto, reconciliación y papel de la sociedad civil en Colombia”. *Revista de Estudios Sociales*. 2005 81-92.
- Gutiérrez de Angelis, Marina. “Antropología visual y medios digitales: nuevas perspectivas y experiencias metodológicas.” *Revista de Antropología Experimental* no 12, 2012:101-112.
- Heffes, Alejandra. 2013. “El cuerpo y la memoria como emblemas de participación juvenil”. *Altheia*. Vol 3 No6 julio. Buenos Aires: TANDIL. <http://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-6/articulos/el-cuerpo-y-la-memoria-como-emblemas-de-participacion-juvenil>.
- Hernández, Johandry y José Enrique Finol. “La naturalización de la violencia: una microsociología mediática frente al déficit del discurso político.” *Utopía y praxis latinoamericana*. N55 Octubre-diciembre 2011, *Revista internacional de filosofía iberoamericana y teoría social*. 89-108.
- Ibargüen, Maya. 2004. “Memoria, lugares y cuerpos”. *Athenea digital*. No6 otoño 1-15. <http://www.raco.cat/index.php/Athenea/article/viewFile/34160/33999>.
- Jiménez, Sandro. 2008. *Desplazados, Víctimas en permanente Transición*. Cartagena: Universidad san Buenaventura.
- Jimeno, Myriam. “Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia.” En: Veena Das: *Sujetos del dolor, Agentes de Dignidad*, coordinado por Francisco Ortega Martínez, Oscar Almario García y Guillermo Hoyos, 261-292, Bogotá: Ortega Editor, Universidad Nacional de Colombia-Facultad de Ciencias Humanas-Instituto CES-Sede Bogotá, Universidad Nacional de Colombia-Sede Medellín, Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar, 2008.
- Jonnas, Susane. 2007. “América Central en transición. Entre un pasado imperial y un futuro incierto”. En: *Nueva sociedad* No 118 Marzo-Abril 37-45.
- Koessler, Manfredo. 2015. *Violencia y habitus: paramilitarismo en Colombia*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

- Le Breton, David. 2002. *Antropología del cuerpo y la modernidad*. Buenos Aires. NUEVA VISIÓN.
- Lie, John. 1995. "From international Migration to Transnational Diaspora". En: *Contemporary Sociology* 24(4): 303-306.
- Londoño, Duvan. 2013. "Fotografías Familiares: Reconstrucción de las memorias alrededor de la violencia en el barrio Villa Niza en la ciudad de Medellín". Tesis de Maestría FLACSO-Ecuador.
- Lozano, Laura. 2016. "*Efectos y negociaciones en torno al sujeto refugiado/a a propósito de la población refugiada en Ecuador*". Tesis de Maestría. FLACSO Ecuador.
- Mairena, Héctor. 2015. *La izquierda en Centroamérica: de la Guerra a la Paz en la Desaparición del socialismo*. En Kersffeld, Daniel (editor) "Desde sus cenizas. Las izquierdas en América Latina a 25 años de la caída del Muro de Berlín". Universidad Andina.
- Martín Barbero, Jesus. "Jóvenes: comunicación e identidad." *Pensar Iberoamérica Revista de Cultura*. Febrero de 2002. Consultado 26 de marzo de 2016. <http://www.oei.es/pensariberoamerica/ric00a03.htm>.
- Melamed, Janiel David. "Del conflicto al posconflicto en el contexto colombiano". *Revista de la Universidad de la Salle*. No.63 2014 57-73.
- Min-ha, Trinh T. 1991. *When the Moon waxes Red. Representation, Gender and Cultural Politics*, Nueva York. Routledge: 29-154.
- Min-ha, Trinh T. 2011. *Elsewhere, Within here: Immigration, Refugeeism and the Boundary Event*, Abingdon. Routledge:52-122.
- Nasi, Carlo. 2007. *Cuando Callan los Fusiles, Impacto de la paz negociada en Colombia y en Centroamérica*. Bogotá. Editorial NORMA.
- Ortiz, Carlos Miguel. "Historiografía de la violencia". En: *La historia al final del milenio*. Universidad Nacional. Consultado 13 de marzo de 2016. <http://bdigital.unal.edu.co/1429/10/09CAPI08.pdf>.
- Pink, Sarah. 2012. "Visual Ethnography and the internet. Visuality and the spatial turn." En: *Advances in Visual Methodology*. Cristina Grasseni, 113-130. Londres: London Sage.
- Pink, Sarah. 1996. "Excursiones socio-visuales en el mundo del torero". En María Gracia Alonso. *Antropología de los sentidos*. Madrid. Celeste Ediciones: 125-138.

- Poliszuk, Sandra. "Ocupar otro lugar. Prácticas comunicacionales juveniles en las redes sociales digitales". *Revista Argentina de Estudios de Juventud*. N9 2015, Universidad nacional de Comahue. Consultado 25 de abril de 2016. <http://perio.unlpj.edu.ar/ojs/index.php/revistajuventud>.
- Pollak, Michel. *Memoria, Olvido, Silencio: la producción social de identidades frente a situaciones límite*. Traducido por Christian Oliveira Rufino. La Plata: Al Margen, 2006.
- Red Andina de Migraciones y OIM. 2011. *Conceptos básicos de movilidad humana*. Lima: Red Andina de Migraciones.
- Rouch, Jean. 1995. *El hombre y la cámara*, Granada: Imagen y cultura.
- Santos, Enrique. 2015. *Así empezó todo: El primer cara a cara secreto entre el gobierno y las FARC en la Habana*. Bogotá. Intermedio Editores.
- Scheper-Hughes, Nancy. 1997. *La muerte sin llanto: Violencia y vida cotidiana en Brasil*. Barcelona. Ariel editores.
- Torres, Arturo. 2016. "Cécile mouly: <<la sociedad debe apropiarse del acuerdo con las FARC>>". *El Comercio*. 26 de junio de 2016. <http://www.elcomercio.com/actualidad/entrevista-cecilemouly-farc-acuerdo-narcotrafico.html>.
- Torres, Edilberto. 1998. *Desde el Autoritarismo a la Paz*. FLACSO, Guatemala.
- Torrez, María. "Las mil muertes del cuerpo. Iconografías del crimen, estéticas del miedo en el México narco." *Revista Historia Autónoma. Universidad Autónoma de Madrid y Universidad de las Américas de Puebla*. 2013 157-179.
- Valencia, Paloma. "El problema de la restitución de las tierras". *El Espectador*. 13 de febrero de 2012. <http://www.elespectador.com/opinion/el-problema-de-restitucion-de-tierras>.
- Villa, Martha Inés, Luz Amparo Sánchez, Ana María Jaramillo, Pilar Riaño, Fredy Rivera, Orlando Ortega, Paulina Larreategui. 2007. *Migración forzada de colombianos: Colombia, Ecuador, Canadá*. Medellín: Región.
- Villaveces Izquierdo, Santiago. 1998. "Entre pliegues de ruinas y esperanzas. Viñetas sobre los estudios de violencias en el IEPRI". *Análisis político* 34:80-98.

- Wappenstein, Susana. 2012. “Un archivo sensorial sobre el conflicto colombiano”. *Hemispheric institute E-misférica* 9.1 y 9.2.
<http://hemisphericinstitute.org/hemi/es/e-misferica-91/wappenstein>.
- Yates, Pamela 2012. *Documental Granito*. Skylighth producciones.
- Zuluaga Nieto, Jaime. 2013. “Situación actual y perspectivas de guerra interna”. *Cahiers des Amériques Latines* 71: 169-191. <https://cal.revues.org/2704>.